



Los Clubes del Hogar Rural

Una política del INTA dirigida a las mujeres (1958-1974)

Joan Mecozzi

Los Clubes del Hogar Rural
Una política del INTA dirigida a las mujeres
(1958-1974)

Joan Mecozzi



(serie tesis grado)

Universidad Nacional de Quilmes

Rector

Alfredo Alfonso

Vicerrectora

María Alejandra Zinni

Departamento de Ciencias Sociales

Director

Néstor Daniel González

Vicedirectora

Cecilia Elizondo

Coordinadora de Gestión Académica

María Laura Finauri

Unidad de Publicaciones para la Comunicación Social de la Ciencia

Presidenta

Mónica Rubalcaba

Integrantes del Comité Editorial

Bruno De Angelis

María Eugenia Fazio

Karina Roberta Vasquez

Editora

Josefina López Mac Kenzie

Diseño gráfico

Julia Gouffier

Asistencia Técnica

Eleonora Anabel Benczearki

Hugo Pereira Noble

Los Clubes del Hogar Rural

Una política del INTA dirigida a las mujeres (1958-1974)

Joan Mecozzi

Mecozzi, Joan

Los Clubes del Hogar Rural : una política del INTA dirigida a las mujeres, 1958-1974 / Joan Mecozzi. - 1a ed. - Bernal : Universidad Nacional de Quilmes, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-558-802-8

1. Historia. 2. Historia Argentina. 3. Estudios de Género. I. Título.

CDD 305.43

Departamento de Ciencias Sociales

Unidad de Publicaciones para la Comunicación Social de la Ciencia

Serie Tesis Grado

<http://unidaddepublicaciones.web.unq.edu.ar/>

sociales_publicaciones@unq.edu.ar

Los capítulos publicados aquí han sido sometidos a evaluadores internos y externos de acuerdo con las normas de uso en el ámbito académico internacional.





-  Esta edición se realiza bajo licencia de uso creativo compartido o Creative Commons. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:
-  **Atribución:** se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor, editor, año).
-  **No comercial:** no se permite la utilización de esta obra con fines comerciales.
-  **Mantener estas condiciones para obras derivadas:** solo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan en la obra resultante.

Imagen de tapa

"Trabajo de campo de hogar rural. Villa Regina, Río Negro (s/f)". INTA.

| ÍNDICE |

AGRADECIMIENTOS.....	7
ÍNDICE DE SIGLAS.....	9
INTRODUCCIÓN.....	11
CAPÍTULO 1. INTA: investigación y extensión bajo un mismo techo.....	23
La filosofía de extensión del INTA.....	31
Planificación de un programa de Economía Doméstica en extensión agrícola.....	38
La investigación como fundamento de la extensión: los estudios de caso y el Seminario Nacional de Investigación en Hogar Rural.....	47
CAPÍTULO 2. El Programa Clubes del Hogar Rural entre 1958 y 1974.....	69
Objetivos y formación de los clubes.....	72
La metodología de trabajo y el rol de las extensionistas.....	83
“¿Sabe usted qué se hace en los Clubes del Hogar Rural?”: captación, formación y propuestas de trabajo.....	99
CAPÍTULO 3. Espacios de encuentro, intercambio y reflexión. Las Convenciones Nacionales de Clubes del Hogar Rural.....	111
REFLEXIONES FINALES.....	139
BIBLIOGRAFÍA.....	149

| AGRADECIMIENTOS |

A pesar de llevar mi nombre en la portada, este libro es el fruto de un esfuerzo colectivo y no individual, ya que de ninguna manera podría haberlo realizado sin el apoyo de la gente que me rodea. En primer lugar, agradezco a la doctora Alejandra de Arce por haber aceptado ser mi directora de tesis, por acompañarme en mis primeros pasos en la investigación y brindarme un espacio dentro del Centro de Estudios de la Argentina Rural. Su atenta dedicación, sus comentarios, sugerencias y palabras de ánimo fueron indispensables para que esta empresa llegara a buen puerto.

A las doctoras Carolina Biernat, Talía Gutiérrez y Alejandra Salomón, jurados de la defensa de la tesis en la que se basa este libro, por sus valiosos comentarios e indicaciones que, sin duda, enriquecieron, no sólo este trabajo, sino también mi camino en la investigación.

Agradezco también a la universidad pública, gratuita y de calidad, indispensable hoy y siempre. A los y las docentes, compañeros y compañeras que conocí en este trayecto y que, en mayor o menor medida, contribuyeron a mi formación. A las directoras de la Licenciatura en Historia de la Universidad de Quilmes (UNQ) desde su creación, Silvia Ratto y Patricia Berrotarán, por sus consejos y palabras de apoyo, y por el estímulo permanente a los estudiantes de la carrera. Al Consejo Interuniversitario Nacional y a la Secretaría de Investigación de la UNQ, por haber contribuido con becas y subsidios a la investigación que dio como fruto este libro. Y, por supuesto, a la Unidad de Publica-

ciones del Departamento de Ciencias Sociales de la UNQ por aceptar la publicación de esta investigación.

Este libro está dedicado a mi familia y amigos, por haber hecho de mí quien soy hoy. A mi mamá y a mi papá, por el amor incondicional, el apoyo eterno y el esfuerzo inagotable para darme siempre las herramientas para que sea mi mejor versión. A mi hermano, por la complicidad en la diferencia, y por hacerme padrino de Stéfano, a quien agradezco por alegrarme con su sonrisa pícara y su ingenio. A mis amigos y amigas de siempre, por haber compartido una vida juntos y más también.

Por último, y más importante, a mi compañera Rocío. Por el apoyo constante y las palabras de aliento, por escuchar mis ideas y mis quejas, por la paciencia y la compañía (sobre todo, en tiempos de pandemia y aislamiento). El camino transitado hubiera sido infinitamente más arduo sin ella.

Este libro lleva mi nombre, pero pertenece a todas y todos los aquí nombrados.

| ÍNDICE DE SIGLAS |

- AEA.** Agencia[s] de Extensión Agropecuaria
- AFAR.** Asociación Femenina de Acción Rural
- CEPAL.** Comisión Económica para América Latina
- CHR.** Clubes del Hogar Rural
- ECEEA.** Estación Cooperativa de Experimentación y Extensión Agropecuaria
- EEA.** Estación[es] Experimental[es] Agropecuaria[s]
- EERA.** Estación[es] Experimental[es] Regional[es] Agropecuaria[s]
- FAA.** Federación Agraria Argentina
- FAO.** Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura [*Food and Agriculture Organization*]
- IICA.** Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas
- INTA.** Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria
- MAN.** Ministerio de Agricultura de la Nación
- OEA.** Organización de los Estados Americanos
- ONU.** Organización de las Naciones Unidas
- SEC.** Servicio de Extensión Cooperativo de los Estados Unidos
- SNEA.** Servicio Nacional de Extensión Agropecuaria
- UCAR.** Unidad para el Cambio Rural

| INTRODUCCIÓN¹ |

En 2014, la Unidad para el Cambio Rural (UCAR) –un organismo dependiente del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca–² decide realizar un diagnóstico de la situación socioproductiva y educativa de las mujeres rurales jóvenes de la Argentina, con el fin de identificar prioridades y oportunidades que contribuyan al diseño de políticas territoriales con enfoque de género. Para ello se solicita al Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación de la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación la Ciencia y la Cultura) que lleve a cabo una investigación acerca del colectivo de las mujeres rurales jóvenes del país y de su relación con la educación, el acceso a las tecnologías, la salud, el trabajo y la producción, para dar visibilidad acerca de áreas de vacancia y nichos de oportunidad para el diseño de proyectos de intervención orientados al desarrollo integral de dichas mujeres. El

¹La tesis en la que se basa este libro fue presentada en julio de 2020 como trabajo final del Seminario de Investigación de la Licenciatura en Historia de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Entre las modificaciones que implica su transformación en un libro de la Unidad de Publicaciones para la Comunicación Social de la Ciencia cabe mencionar la supresión del capítulo 1 y de un apartado de la introducción donde realicé un estado de la cuestión y revisé los antecedentes de la extensión agrícola orientada hacia las mujeres antes de la creación del INTA. La tesis puede consultarse en el reservorio de tesis de la Licenciatura en Historia de la UNQ: <http://licenciaturahistoria.web.unq.edu.ar/tesis-de-grado/>

²En noviembre de 2017 se elimina por motivos presupuestarios la capacidad de gestión de las unidades ejecutoras de programas con financiamiento externo, entre las que se encuentra UCAR (decreto 945/2017). En 2018, esta unidad es reemplazada por la Dirección General de Programas y Proyectos Sectoriales y Especiales (DIPROSE).

estudio es realizado en la segunda mitad de 2014 y publicado al año siguiente con el título “Las nuevas generaciones de mujeres rurales como promotoras del cambio. Un estudio cuanti-cualitativo de la situación de las mujeres rurales jóvenes, de sus necesidades y oportunidades en Argentina” (Alegre, Brawerman y Lizárraga, 2015).

En el prólogo, escrito por el Coordinador Ejecutivo de la UCAR, Jorge Neme, se describe a las mujeres como “sujetos clave en la producción agropecuaria”, que a pesar de haber trabajado históricamente a la par de los hombres “continúan teniendo una menor participación en los espacios de decisión y en el acceso, el uso y el control de los recursos productivos” (Alegre, Brawerman y Lizárraga, 2015, p. 7). La residencia en el medio rural y el género configuran una acumulación de desventajas para las mujeres jóvenes e implican un mayor esfuerzo para lograr llevar adelante un proyecto de vida. En una situación de relativo aislamiento, deben enfrentar una intensa carga de trabajo para cumplir con un triple rol:

En primer lugar, el rol reproductivo, que comprende todas aquellas tareas domésticas y de cuidado necesarias para que se vean garantizadas la conservación y la reproducción biológica, así como la reproducción social de los miembros de la familia. En segundo lugar, el rol productivo, a través del cual se realiza todo el trabajo ejecutado de forma remunerada, ya sea en salario o en especies, producción de mercancías con valor de cambio, así como la producción de subsistencia o doméstica, con valor de uso y toda aquella que tenga un valor de cambio potencial. [...] Por último el rol socio-comunitario, que comprende todas las actividades que se realizan en la comunidad para asegurar la reproducción familiar, la defensa y mejora de las condiciones de vida de la comunidad y

de la organización comunitaria, incluidas la participación en actividades cívicas, religiosas, políticas y en las organizaciones sociales (Alegre, Brawerman y Lizárraga, 2015, p. 24-25).

En consideración de este triple rol de las mujeres, las autoras analizan su actividad laboral utilizando como herramienta metodológica al perfil de actividades, que se aplica para identificar las tareas que mujeres y varones realizan en su vida cotidiana (teniendo como base la división sexual del trabajo) y considerando también la cantidad de tiempo que se asigna a cada una, el momento del día y el lugar en el que se llevan a cabo. Durante el trabajo de campo realizado (grupos focales con mujeres y/o varones y entrevistas semiestructuradas a líderes de organizaciones de productores rurales, técnicos y técnicas de programas de desarrollo rural), las autoras encuentran una mirada patriarcal de las relaciones entre varones y mujeres en la división de tareas. El trabajo doméstico y de cuidado es identificado con las mujeres, mientras que la participación de los varones en la limpieza, la cocina o el cuidado de los hijos es vista como una “ayuda”, siempre supeditada a sus otras tareas.

Por el contrario, en el caso de las mujeres, lo que es considerado como “ayuda” es el trabajo productivo y los aportes que hacen a la economía doméstica, en lugar de ser pensados como “sostén” del hogar. Actividades como la huerta y la granja, llevadas adelante por las mujeres en la totalidad del ciclo productivo, se encuentran en la esfera privada y se las considera como tareas reproductivas, o como parte de la “ayuda” que ellas hacen en sus casas. La débil frontera que existe entre estas actividades productivas y las actividades reproductivas, puesto que se hallan entre los límites del espacio público y privado, repercute en una intensificación de la carga de trabajo

de las mujeres y genera largas jornadas en las que ellas no tienen tiempo disponible para sí mismas.

Una elección que aparece como una alternativa a la sobrecarga de trabajo, remunerado o no, es la de la migración a los pueblos y/o ciudades, asociados con una mejor calidad de vida. Sin embargo, muchas familias deciden quedarse y buscar alternativas para desarrollarse en el campo. En este sentido, el estudio resalta la importancia de las organizaciones como espacios de participación para generar iniciativas o ideas respecto a qué hacer para evitar la migración y promover el desarrollo de los territorios. De acuerdo con esta investigación, las mujeres participan de los espacios de organización y lo ven como una alternativa de arraigo al campo, en tanto contribuyen a generar proyectos concretos que permiten visualizar un futuro mejor para sus comunidades.

Una de las conclusiones a las que llegan las autoras es que la disposición a superar la adversidad que muestran las mujeres, su capacidad de proyectarse en otros y en el tiempo, junto con la mayor educación y el desarrollo de nuevas habilidades, las colocan en una posición inmejorable para desempeñar tareas vinculadas con la producción o externas a ella. Pese a la adversidad del contexto al que se enfrentan, se afirma que “la disposición de las jóvenes del campo a realizar el esfuerzo de trabajar, estudiar, cuidar el hogar y participar es lo que permite pensarlas como promotoras del cambio” (Alegre, Brawerman y Lizárraga, 2015, p. 251).

Esta concepción de las mujeres rurales como “promotoras del cambio” y destinatarias de políticas públicas por parte de organismos de gobierno no es novedosa. En este sentido, la realización del estudio encargado por la UCAR en 2014 puede ser vista como un eslabón más de una larga cadena, cuyo comienzo se ubica en las primeras décadas del siglo pasado, con la enseñanza del Hogar Agrícola, impulsada por

Tomás Amadeo³ desde la Dirección General de Enseñanza e Investigaciones Agrícolas del Ministerio de Agricultura de la Nación (MAN).

Las preocupaciones acerca de la distribución poblacional del país, el asentamiento de los productores y sus familias en el campo, y el crecimiento de la conflictividad social (sobre todo urbana, pero también en espacios rurales) son algunos de los motivos que llevan al surgimiento de proyectos y acciones dirigidas hacia las mujeres rurales desde principios del siglo XX. Estas propuestas se originan en distintos ámbitos (académicos, corporativos, políticos), principalmente ocupados y dirigidos por varones. Pero en muchas ocasiones son las propias mujeres, de extracción urbana y pertenecientes a la élite social y económica, las que se encargan de llevar a cabo estas acciones, que oscilan “entre la beneficencia y la capacitación de la mujer rural” y “habrían sido funcionales a los fines más amplios de los sectores dirigentes en torno de propiciar el arraigo a la tierra de la población rural” (Gutiérrez, 2007a, p. 186). En este sentido, a lo largo de la primera mitad del siglo se repiten los argumentos que sostienen la importancia del rol de las mujeres en el afincamiento de las familias y que al mismo tiempo las señalan como factores del éxodo rural (de Arce, 2009, 2016; Gutiérrez, 2007b, 2014).

³Jurista e ingeniero agrónomo graduado de la Universidad de La Plata en 1904, se destaca por haber difundido aspectos de las cuestiones agrarias en el ámbito académico, la función pública y espacios de gestión privada. Además de dirigir la sección de Enseñanza e Investigaciones Agrícolas del MAN, se desempeñó como profesor en las Universidades de Buenos Aires y La Plata. En 1911 fundó el Museo Social Argentino, inspirado en el Musée social de París, con el objetivo de estudiar los problemas sociales de la Argentina y ejercer influencia sobre las acciones estatales orientadas a solucionarlos. Véase <http://anav.org.ar/amadeo-tomas-aurelio-cj-ing-agrdr/>

En 1956, poco más de un año después del derrocamiento de Juan Domingo Perón, el gobierno de facto de Pedro Eugenio Aramburu decreta la creación del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) como un órgano autárquico del Estado que marca un nuevo punto en la larga tradición de la investigación y la extensión agrícola argentina. Como novedad, se reemplaza el concepto de “enseñanza agrícola extensiva” utilizado en la primera mitad del siglo XX y se actualizan los principios de la extensión rural⁴. Este tipo de trabajo, central en las políticas del INTA, pretende acortar la distancia entre los productores y el Estado con el objetivo de generar condiciones culturales, sociales y económicas que contribuyan al desarrollo de sus comunidades, “entendiéndose a estas últimas no como aglutinamientos territoriales sino en función de valores, intereses y deseos compartidos” (de Arce y Salomón, 2018, p. 9).

Es en este contexto que se desarrolla el programa Clubes del Hogar Rural (CHR), haciéndose eco de iniciativas gubernamentales anteriores como las Escuelas del Hogar Agrícola, y de agrupaciones privadas preexistentes como la Asociación Femenina de Acción Rural (AFAR). Entre la continuidad y la renovación, los CHR construyen percepciones acerca de las familias rurales y expectativas sobre las mujeres, expresadas en el diseño de la política por parte del INTA. Según se afirma en sus objetivos, el Programa busca capacitar a las mujeres rurales y generar un espacio de encuentro entre ellas, con el propósito

⁴El significado del concepto “extensión rural” es materia de largos debates que exceden esta introducción y este libro. Para quienes no estén familiarizados con el concepto, podemos definirlo brevemente como procesos o sistemas de educación no formal que buscan mejorar distintos aspectos de la vida rural, desde la producción agropecuaria hasta la organización de las comunidades.

de contribuir al desarrollo económico, social y cultural del agro, elevando el nivel de vida de los grupos familiares y de las comunidades en las que se establecen.

Los clubes son formados por mujeres mayores de 18 años que, sin necesidad de abonar cuota alguna, se reúnen una o dos veces por mes, por lo general en algún lugar prestado para tal fin (puede ser una escuela, una chacra, una casa, etc.). En estas reuniones asisten a demostraciones de las técnicas extensionistas del INTA –las asesoras de Hogar Rural–, discuten ideas y planes de trabajo, e informan a las demás asistentes acerca de los proyectos que están llevando a cabo. En un primer momento estos proyectos tienen un alcance limitado y están circunscriptos a la formación individual de las “socias” –las integrantes de los CHR–: preparación y conservación de alimentos, corte y confección, horticultura y primeros auxilios son algunos de los temas trabajados en los primeros años. Con el paso del tiempo la escala se amplía y los proyectos se complejizan: desde los CHR las socias impulsan el saneamiento y la electrificación rural, llevan adelante campañas de vacunación, construyen refugios peatonales y arreglan caminos, asisten en barrios de emergencia y propician la construcción y el mejoramiento de viviendas, entre otras actividades.

En este marco general, nuestro objetivo principal es describir y analizar la formulación y objetivos del programa Clubes del Hogar Rural, comprendido como una política social agraria, entre 1958 y 1974. Este programa se pone en marcha durante un período histórico en el cual se acentúa el proceso de disminución de la población rural absoluta y relativa debido a la importante migración hacia zonas urbanas⁵,

⁵Para conocer el porcentaje de población urbana y rural a nivel nacional y la migración

en consonancia con las transformaciones en los modelos productivos (Barsky y Gelman, 2009, pp. 401–417; Reboratti, 2007, p. 92). Al mismo tiempo, los roles de género y las expectativas en torno a ellos sufren alteraciones y, al menos en el ámbito urbano, es posible corroborar un aumento considerable de la participación femenina en el mercado de trabajo (Palomino, 1987, pp. 19-21. Citado por Lobato, 2007, p. 58).

El marco teórico propuesto para esta investigación se sustenta en el concepto de género definido por Joan Scott (2008, 2011), como una categoría útil para el análisis histórico. Según esta historiadora, el género es un campo primario por medio del cual se articulan las relaciones simbólicas de poder, y los conceptos sobre aquél estructuran la organización concreta del conjunto de la vida social. El género, en tanto “elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias percibidas entre los sexos [...], implica cuatro elementos interrelacionados”, ninguno de los cuales resulta operativo sin los demás (Scott, 2008, p. 66). En primer lugar, los símbolos y los mitos que evocan múltiples (y hasta contradictorias) representaciones. En segundo lugar, los conceptos normativos que intentan limitar y contener las posibilidades metafóricas de los símbolos, y que se presentan como el resultado de un consenso social cuando en realidad son el resultado del conflicto. En tercer lugar, las instituciones sociales y las organizaciones económicas y políticas, cuyos roles en el proceso de construcción del género son tan importantes como el del sistema de parentesco. Por último, el cuarto aspecto del género es la identidad subjetiva.

neta por regiones y provincias entre 1914 y 1970, véanse los cuadros 2 y 3 en de Arce, 2016, p. 74. Para la provincia de Buenos Aires, véase el cuadro 1 en Gutiérrez, 2014, p. 223.

Para poder reflexionar acerca de la concepción que se construye desde los lineamientos del programa Hogar Rural acerca de las mujeres y sus roles dentro de las familias rurales, consideramos que resulta pertinente retomar el concepto de “ideal de mujer doméstica”. Según Marcela Nari (2004), este “ideal” se consolida en la ciudad de Buenos Aires entre la última década del siglo XIX y la primera mitad del XX. En este período se puede apreciar la construcción y consolidación de un modelo de familia “nuclear, patriarcal, legitimado y legalizado por las leyes, cuyo padre detentaba el poder y era el proveedor material, vertebrado en la relación madre-niño, una madre-ama de la casa con poder moral sobre su esposo y su hijo “[...] a cuyo cuidado quedaba dedicada la vida de la madre” (Nari, 2004, pp. 62–63). Por supuesto, no todas las unidades domésticas son un ejemplo de este modelo, pero su éxito como tal radica en su aceptación como lo normal, lo natural y lo deseable.

Más allá de sus resultados, el “ideal de mujer doméstica” puede funcionar “tanto [como] una estrategia de control y disciplinamiento, como de promoción y emancipación de la mujer” (Nari, 2004, p. 71). Si bien limita sus posibilidades, subordinándolas social, jurídica y económicamente, quienes pretenden defender los derechos y la emancipación de las mujeres buscan construir, consolidar y extender un poder del ámbito doméstico al sociopolítico. En este sentido, las responsabilidades que se les asignan son mayúsculas, y es por eso que la relación mujer-hogar establecida por la división sexual del trabajo se ve reformulada en términos modernos, científicos y tecnológicos.

A pesar de la larga experiencia de saberes femeninos con respecto a los trabajos domésticos transmitidos de generación en generación, una batería cientificista produce manuales y cursos de economía doméstica que es necesario que las mujeres acaten (Caldo, 2013). El trabajo domés-

tico cambia de modo sustancial en Argentina lo largo del siglo XX en el marco de una transformación en las condiciones materiales en las que es realizado debido a la tecnificación del espacio doméstico (Pérez, 2011). En este sentido, los discursos vinculados a la racionalización del trabajo doméstico refuerzan la división sexual del trabajo, en la que las amas de casa son las únicas responsables de estas labores.

Según Pérez (2011), los intentos de “taylorización” de las tareas del hogar y de racionalización de la vivienda otorgan una nueva visibilidad al trabajo doméstico, pero lo hacen a partir de un intento de maximizar el control y la estandarización de los cuerpos femeninos. En este sentido, si una familia es una “célula” del tejido social, entonces es necesario que su funcionamiento sea el correcto; al ser las mujeres los seres “naturalmente dispuestos al hogar [...] el destino de las familias, sus éxitos y fracasos, aparecían dependiendo, entonces, enteramente de las mujeres” (Nari, 2004, p. 71). En este sentido, surge el interrogante acerca de las particularidades que adquiere este supuesto ideal en el ámbito rural, un espacio en el que las mujeres suelen ser señaladas como las culpables de la migración familiar hacia las ciudades.

Con estas herramientas teóricas como marco, a partir del análisis documental crítico de fuentes primarias (boletines y folletos informativos del INTA; estatutos, reglamentos, guías y folletos explicativos del programa y de los clubes; informes de trabajo, memorias técnicas y otros documentos provenientes de las agencias de extensión del INTA y del Servicio Nacional de Extensión) procuramos rastrear en los lineamientos y objetivos del programa la construcción y la reproducción de un “ideal” para las mujeres rurales. Esta documentación, como fuente de información histórica, nos permitirá conocer aspectos del programa a estudiar, necesarios para interpretar las concepciones

que sostiene esta agencia gubernamental acerca de las mujeres rurales y sus roles en la familia y en la producción agropecuaria nacional.

El recorrido propuesto para abordar las preguntas y los problemas planteados en esta introducción está organizado en tres capítulos. En el primero analizamos la importancia de la creación del INTA como un organismo que intenta aproximar a la investigación y a la extensión para obtener mejores resultados de ambas disciplinas. En este sentido, se destaca la influencia de distintas iniciativas de investigación en los lineamientos y en los modos de trabajo de los Clubes del Hogar Rural.

Los fundamentos y los objetivos de los clubes son estudiados en el segundo capítulo. Al mismo tiempo, revisamos la metodología de trabajo implementada por las extensionistas, así como su rol en el desarrollo del Programa y en la evaluación de los resultados obtenidos. También abordamos la comunicación entre el INTA y las “socias” del programa, las mujeres que forman parte de los CHR. Intentamos comprender las maneras en que el organismo intenta cooptar a las mujeres para que se integren a los clubes, y una vez que lo hacen, qué tipo de información se les entrega y cuáles son las actividades que se les propone realizar.

Por último, en el tercer capítulo examinamos las Convenciones Nacionales de Clubes del Hogar Rural, cuya importancia reside en que constituyen la única instancia de encuentro a nivel nacional para las socias. Si bien asiste a estas convenciones un número reducido de mujeres, es posible pensar en estas “delegadas” como aquellas que son elegidas por los clubes para representarlos, erigiéndose como líderes de sus grupos y sus comunidades.

En las reflexiones finales retomamos los objetivos, interrogantes e hipótesis para repensarlos a la luz del camino recorrido en los capítu-

los anteriores. Consideramos que este libro es un aporte a las miradas sobre las políticas agrarias en el siglo XX en nuestro país. En este sentido, buscamos contribuir al conocimiento de las concepciones del Estado de la vida rural y del lugar que se intenta atribuir a las mujeres en ese ideal, en un contexto histórico marcado por la inestabilidad y el cambio, a nivel social, político y económico. La hipótesis de esta investigación es que el programa Hogar Rural del INTA tiene en su primera etapa –la que aquí se analiza– una doble potencialidad. Por un lado, como un instrumento estatal para operar sobre el arraigo de las familias rurales, de forma similar a sus antecesores, de acuerdo con la percepción de las mujeres como factor clave del éxodo. Por otro lado, como herramienta de promoción de liderazgos entre las mujeres participantes, al constituir las como referentes en sus comunidades y contribuir a la realización de proyectos con impacto real en sus regiones de origen.

| CAPÍTULO 1 |

INTA: investigación y extensión bajo un mismo techo

La integración de investigación y extensión agropecuaria como instrumentos para la promoción de la tecnología y el mejoramiento de la vida rural definen el propósito y alcance de la creación del INTA.

(Reichart, 1982)

El Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) se creó el 4 de diciembre de 1956, durante el gobierno de facto de Pedro Eugenio Aramburu. La nueva institución es considerada un órgano autárquico del Estado, cuyos objetivos principales consisten en “impulsar, vigilar y coordinar el desarrollo de la investigación y extensión agropecuaria y acelerar con el beneficio de estas funciones fundamentales la tecnificación y el mejoramiento de la empresa agraria y de la vida rural” (decreto-ley 21.680, 1956, art. 1).

Sus motivaciones están en consonancia con las ideas de tecnificación, mecanización y aumento de la productividad en el agro promovidas desde la CEPAL y el IICA, organismos que desempeñan un papel central en el impulso a la institucionalización de los Servicios de Extensión Agropecuaria en toda América Latina en las décadas de los '40 y el '50 (Barrientos, 2008; Losada, 2003). Además, la creación del INTA se inscribe en un marco de surgimiento y consolidación de “instituciones estatales que garantizaron la continuidad del proceso desarrollista” (Ivickas Magallán, 2017, p. 94) impulsado por los gobiernos militares y radicales del período 1955-1966, como el Instituto Na-

cional de Tecnología Industrial (INTI), el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y el Consejo Nacional para el Desarrollo (CONADE), entre otros.

En la bibliografía acerca de la creación del organismo existe un reconocimiento casi unánime a la importancia que tiene en esta decisión el llamado “informe Prebisch”, producto de una solicitud de asistencia por parte del gobierno de facto de Argentina a la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en enero de 1956, como parte de sus esfuerzos por “desperonizar” la economía. El estudio de la situación es encargado por la ONU a la CEPAL y llevado a cabo por su secretario ejecutivo, el economista argentino Raúl Prebisch. Dicho informe se titula “Análisis y proyecciones del desarrollo económico. El desarrollo económico de la Argentina” y presenta un diagnóstico desolador sobre la economía argentina. Las soluciones propuestas ante este panorama están en sintonía con las ideas sobre la modernización y el desarrollo que Prebisch impulsa en su período al frente de la Secretaría Ejecutiva de la CEPAL (1950-1963).

Con respecto al agro, el informe hace hincapié en el atraso tecnológico del sector y en la creciente pérdida de competitividad frente a los países europeos, debido a la falta de incentivos y recursos para corregir deficiencias de inversión que se venían arrastrando desde la depresión mundial de los años treinta. Se sostiene que, con el fin de elevar el nivel de vida socioeconómico de la familia rural, el Estado debe promover el desarrollo agrario y la búsqueda de un aumento en la productividad (Losada, 2005). El informe plantea la necesidad de una revolución tecnológica en el campo argentino que incluya un estímulo permanente a la investigación agropecuaria, las tareas de extensión y la enseñanza.

Como resultado de las recomendaciones del informe, el gobierno argentino y la CEPAL crean una comisión conjunta que recomienda la creación de un instituto con misiones específicas orientadas al impulso del cambio tecnológico. Siguiendo esta recomendación se elabora el estatuto legal de un organismo apto para impulsar la tecnificación de la producción agropecuaria, diseñado como un ente autárquico dotado de amplios márgenes de acción para promover la modernización tecnológica del agro, al que se le asigna también una finalidad social (Albornoz, 2015).

Si bien la influencia del informe en la creación del INTA es innegable, puede actuar como un obstáculo para percibir el importante trabajo de investigación y extensión agrícolas desarrollado antes de la existencia del instituto, cuyos niveles se ven subvalorados por el estudio de Prebisch (León y Losada, 2002). Más allá de su novedad en términos institucionales, el INTA no carece de antecedentes. Desde comienzos del siglo XX se crean instituciones dedicadas a la investigación agropecuaria, no sólo en el ámbito del MAN, sino también de algunos gobiernos provinciales (Albornoz, 2015, p. 45). La enseñanza extensiva a todas aquellas personas que no pudieran acceder a cursos regulares es un antecedente de peso en lo que respecta a la extensión agrícola. Sin embargo, a partir de mediados de siglo la extensión adquiere un carácter más sistemático y cobra una mayor relevancia, en sintonía con las líneas de pensamiento de la sociología rural norteamericana, el Servicio de Extensión del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos y el IICA.

Este instituto es creado en 1942 con el objetivo de organizar la producción agrícola en el continente americano. Por intermedio de nuevas instituciones como el IICA y la Organización de las Naciones Uni-

das para la Alimentación y la Agricultura (FAO), la Secretaría de Agricultura y el Servicio de Extensión de Estados Unidos buscan impulsar en América Latina políticas agrarias de “desarrollo de la comunidad” en las que la extensión juega un papel crucial (Otero y Selis, 2016). Desde su concepción estos organismos se dedican a la promoción del concepto de “extensión agrícola” en todo el continente, como una forma de acercarle al productor avances tecnológicos para incrementar sus rendimientos, y así poder transformar al sector agropecuario en un área más productiva y completamente incorporada al mercado.

Como resultado de una serie de investigaciones de sociología rural dirigidas a propiciar la educación y a estimular el desarrollo socioeconómico de las comunidades, en 1950 el IICA aprueba el Proyecto 39 de “Enseñanza Técnica para el Mejoramiento de la Agricultura y de la Vida Rural”, en el marco del Programa de Cooperación Técnica, de la OEA. El Proyecto 39 tiene como objetivo capacitar profesionales en especialidades que no hayan sido debidamente consideradas en los planes de estudios de las universidades latinoamericanas y que tengan una importancia fundamental en el desarrollo económico de esos países. Se pone énfasis en la extensión agropecuaria por considerar que se trata, al mismo tiempo, del punto más débil de los programas de desarrollo de estos países y de una herramienta esencial para llegar hasta el agricultor y enseñarle métodos más eficaces de cultivar la tierra. En el marco del proyecto se implementa una estrategia que consiste en brindar capacitaciones a técnicos, y en 1952 se lleva a cabo en Uruguay el Primer curso Internacional de Extensión Agrícola, auspiciado por el IICA, en el que participan extensionistas de toda la región que luego actuarán como multiplicadores de la propuesta en sus respectivos países (Otero y Selis, 2016). Al regresar al país, los agrónomo-

mos regionales argentinos que participan de este curso desarrollan un ciclo de seminarios cortos para capacitar a otros técnicos.

Paralelamente, en esos años comienza a ganar terreno una nueva concepción de extensión rural que va desplazando a la tradicional y más estática concepción de “fomento rural” como mera difusión de tecnología (Barrientos, 2008; León y Losada, 2002). En este sentido, la nueva idea de extensión comprende la participación de los productores, y es entendida no sólo como un vehículo para el aumento de la productividad sino como forma de elevar las condiciones de vida de la familia rural. Si bien esta idea no es enteramente novedosa y presenta similitudes con los objetivos de la enseñanza extensiva de la primera mitad del siglo, recién a partir de este momento se sientan las bases para la formación de un Servicio Nacional de Extensión integral y orgánico que pretende otorgar a las iniciativas una sistematicidad de la que antes no gozaban.

En 1954 se pone en marcha el Plan de Agronomías Regionales Piloto para el Desarrollo Rural, en el marco del cual se crean por primera vez en el país tres experiencias de extensión rural radicadas en Pergamino, Mendoza y Concepción del Uruguay. En sintonía con la renovada concepción de extensión rural, el objetivo de estas iniciativas es tender a mejorar la vida del productor y su familia. No se busca sólo mejorar económicamente la productividad y la rentabilidad, sino que se considera que ese es el camino para lograr el mejoramiento de la vida de la familia rural. En este sentido, se procura trabajar con todos los miembros de la familia y no solamente con los productores varones. Las Agronomías Regionales Piloto son dotadas de un equipo técnico integrado por asesoras del Hogar Agrícola, asesores de Clubes

Juveniles⁶ y agrónomos regionales, un sistema de trabajo que el INTA luego replica en sus Agencias de Extensión (Anuch, 1981).

A pesar de no contar con una política científico-tecnológica explícita para el sector, durante estos años se va delineando una estructura de investigación agropecuaria que por primera vez introduce al menos algunos elementos de programación a nivel nacional, pone el acento en la descentralización de la generación de tecnología e introduce el embrión de la extensión rural, expresado de modo elocuente en las Agronomías Regionales Piloto. Todas estas acciones eventualmente sientan las bases sobre las cuales se organiza el Servicio Nacional de Extensión Agropecuaria (SNEA), cuya fundación se concreta en 1956, con la creación del INTA. Las experiencias y enseñanzas adquiridas en aquellos años se reflejan en las bases y objetivos institucionales de la ley de creación del instituto, con el que se intenta dotar a la investigación de una dinámica autónoma de las decisiones coyunturales de los ministerios de agricultura, superar la falta de coordinación entre los diferentes programas de investigación de las estaciones experimentales y el Centro Nacional de Investigaciones Agropecuarias ubicado en Castelar, y reducir la incertidumbre en torno al presupuesto de la estructura de investigación (León y Losada, 2002).

Un aspecto insoslayable del proceso que deriva en la creación del Instituto es su vinculación con una serie de circunstancias políticas,

⁶Los Clubes Juveniles Rurales son creados en 1954 a imagen y semejanza de los Clubes 4-H del sistema de extensión estadounidense. Tras la creación del INTA en 1956 son renombrados como Clubes 4-A: “Acción para el progreso rural, Adiestramiento para capacitarme, Amistad para el mejor entendimiento, Ayuda para el bien común” (INTA, 1969). Su objetivo es “capacitar a la juventud rural” y funcionan como un complemento de la asistencia técnica a los productores y los Clubes del Hogar Rural.

sociales, económicas e ideológicas, que no sólo permiten su nacimiento, sino que también le imprimen una marca de origen determinante. El derrocamiento de Juan Domingo Perón en septiembre de 1955, la agudización del éxodo rural y la crisis económica caracterizada por el estancamiento en los saldos exportables de los productos agropecuarios configuran una situación en la que una política más favorable para el sector agropecuario que incluya la difusión de tecnología no sólo es posible sino también deseable (de Arce y Salomón, 2018). En el plano ideológico, la orientación del INTA está influenciada por el pensamiento “cepalino” desarrollista al que suscribe Raúl Prebisch⁷.

Esta corriente de pensamiento concentra su análisis en la desigualdad de los términos del intercambio entre los países del centro y la periferia de acuerdo con la división internacional del trabajo, poniendo especial atención en los obstáculos estructurales para el desarrollo de los países periféricos. De acuerdo con la CEPAL, ante el alto grado de vulnerabilidad externa, los grandes desequilibrios en el ritmo de funcionamiento de la economía y las severas restricciones estructurales en la transferencia del progreso técnico de los países centrales a los periféricos, es necesario encarar un conjunto de reformas estructurales entre las cuales se destaca la industrialización como la más importante (Lázzaro, 2012). El papel reservado al sector agropecuario es el de convertirse en el generador de recursos externos para que el sector industrial pueda madurar y adquirir competitividad internacional, para lo cual es imprescindible incre-

⁷Para un análisis de la relación entre Prebisch, CEPAL y desarrollo, la llegada de las teorías desarrollistas al país y su aplicación práctica durante la presidencia de Arturo Frondizi, véase Altamirano, 1998.

mentar la productividad del sector agropecuario (Alemany, 2002). Debido a la importancia de la generación y transferencia de tecnología para desarrollar estos procesos, la organización de la investigación y la extensión rural a través del INTA adquiere un espacio privilegiado en esta etapa.

El nuevo organismo cuenta con una Comisión Asesora Nacional, presidida por el ministro de Agricultura y Ganadería de la Nación, que cuenta con “representación de la política, la ciencia, la técnica y los factores productivos”, ya que está conformado por un representante de cada una de las provincias que adhieren al régimen del decreto-ley 21.680/56, un representante de cada una de las Facultades de Agronomía y Veterinaria de las universidades nacionales, y dos representantes de los productores por cada una de las áreas de influencia de los Centros Regionales introducidos por el INTA (Ivickas Magallán, 2017, p. 100). A pesar de contar con una estructura directiva centralizada (a la Comisión Asesora se le suma el Consejo Directivo, y los miembros de ambas deben tener la aprobación del Poder Ejecutivo Nacional) para la ejecución de las políticas formuladas, rige un criterio de descentralización que se expresa en los siete centros regionales en los que se divide el país (chaqueño, noroeste, mesopotámico, pampeano, andino, rionegrino y patagónico) y en las Estaciones Experimentales Agropecuarias (EEA) que dependen de ellos (**ver organigrama**). Para el INTA, estas EEA, que se encuentran diseminadas por todo el país “constituyen las reales unidades de trabajo, integradas con sus servicios de investigación y de extensión” (INTA, 1960, p. 86), y cada una de ellas tiene como parte integrante un número de Agencias de Extensión Agropecuaria (AEA) que se encargan de desarrollar los programas de extensión en el terreno.



Organigrama del INTA en el ámbito nacional al momento de su creación (1956)

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de INTA, 1996.

Muchas de las EEA estaban en funcionamiento bajo la órbita del MAN desde antes de la creación del INTA, por lo que resulta lógica la decisión de tomarlas como las unidades básicas de trabajo. Por otra parte, el nuevo organismo también hereda un cuerpo de funcionarios que hacía años que venían trabajando en las direcciones de investigaciones, lo que les otorga una valiosa experiencia sobre la problemática agropecuaria y la manera de afrontarla (Losada, 2005).

La filosofía de extensión del INTA

El incremento de la productividad agropecuaria no es el único objetivo del nuevo organismo, sino que al mismo tiempo se persigue un

aumento en el bienestar de las familias rurales y sus comunidades. El desarrollo no debe ser comprendido únicamente desde una perspectiva económica-tecnológica; su impacto social también debe ser considerado. En este sentido, no alcanza con propiciar mejoras técnicas en las labores y una mayor eficiencia en la comercialización para lograr una mejor calidad de vida, sino que es necesario que la comunidad rural sea el centro de acción. Es por eso que el SNEA es organizado en el seno del INTA, para combinar la investigación y la extensión agropecuarias bajo una misma dirección, y así perseguir los objetivos principales del Instituto.

De acuerdo con los argumentos a favor de esta combinación de tareas, la extensión se vería claramente beneficiada. En un informe inédito de 1956, el ingeniero agrónomo Walter Kugler –director del Centro Regional Pampeano de Investigaciones Agrícolas del MAN, quien continúa en sus funciones tras la creación del INTA– sostiene que las relaciones entre investigación y extensión se nutren mutuamente, necesitan una fuerte interacción, y “más que una coordinación, debería llegarse a una verdadera integración entre ambas” (León y Losada, 2002, p. 79) para fortalecer el impacto de la transferencia de innovaciones tecnológicas a los productores agropecuarios. Kugler sostiene que la falta de resultados por parte de los técnicos de las Agronomías Regionales y Locales del MAN se debe a que apenas pueden dedicar un 10% de su tiempo a tareas de educación de los productores. En cambio, destaca lo realizado en las experiencias de las Agronomías Regionales Piloto inauguradas en 1954, donde se logra desarrollar verdaderos programas de extensión que involucran la educación de los agricultores, sus esposas y sus hijos en técnicas de producción más eficientes y mejores condiciones de vida.

En esta misma dirección se expresa uno de los propulsores de la nueva concepción de la extensión rural: el ingeniero agrónomo Norberto Reichart, Director General de Agricultura del Ministerio. Su trayectoria laboral y de vida ejemplifica, por un lado, las continuidades en la extensión antes y después de la creación del INTA; y, por otro lado, la influencia de los organismos internacionales y las ideas de la sociología rural norteamericana con respecto al agro. Además del cargo que ostenta en el MAN, entre 1943 y 1953 Reichart se desempeña como representante de Argentina ante la FAO, al mismo tiempo que mantiene estrechos contactos con los servicios de extensión agrícola de los Estados Unidos y con las experiencias y resultados obtenidos en aquel país, difundidos en el continente a través del IICA. Tras la creación del INTA en 1956, de la cual participa activamente, es elegido como el primer Director Nacional Asistente de Extensión y Fomento Agropecuario del Instituto (INTA, 1960).⁸

Desde ese puesto, Reichart establece los lineamientos de lo que debe ser el trabajo de extensión del INTA. El principal objetivo es el mejoramiento de la comunidad rural, desde las bases de la doctrina del desarrollo de la comunidad y la búsqueda del bienestar rural como correlato necesario del desarrollo económico, impulsado éste por una progresiva y constante tecnificación de los medios de producción. Al mismo tiempo es necesario llevar adelante un proceso educacional que permita a los agricultores determinar sus propios problemas y que los ayude a adquirir conocimientos e inspirarlos a tomar acción como el resultado de sus propios esfuerzos, capacidades y convicciones. En sintonía con la definición de la FAO desde mediados de los

⁸Véase <http://anav.org.ar/reichart-norberto-a-ring-agr/>

‘50, el bienestar rural incluye tanto elementos materiales (salud, nutrición, educación, vivienda, etc.) como intangibles (códigos morales, creencias religiosas, reglas de conducta) y es pensado principalmente en términos subjetivos (FAO, 1954. Citado por de Arce y Salomón, 2018, p. 185).

¿Qué entiende el INTA por “comunidad”? No se trata de un distrito o un municipio, sino de “un grupo, grande o pequeño, de personas unidas por acuerdo, respecto de las cosas que aman” cuya cualidad dinámica reside en los intereses, deseos y propósitos de las personas que la forman. “Para tener o formar una comunidad es necesario que las personas trabajen juntas; para tener una mejor comunidad ellas deben tener principios comunes”, afirma Reichart (1962).

En cuanto al concepto de “desarrollo de la comunidad”, según una definición de la ONU, éste designa aquellos procesos en los cuales “los esfuerzos de una población se suman a los de su gobierno para mejorar las condiciones económicas, sociales y culturales de las comunidades, integrar a éstas en la vida del país y permitirles contribuir plenamente al progreso nacional” (Reichart, 1962). Dos elementos son esenciales en estos procesos: la participación de la población misma en los esfuerzos para mejorar su nivel de vida, en lo posible a partir de su propia iniciativa, y el suministro de servicios técnicos en formas que estimulen la iniciativa, el esfuerzo propio y la ayuda mutua y aumenten su eficacia. La importancia del primero de estos elementos es insoslayable para Reichart. Las utilidades abundantes no son garantía por sí mismas de un mejor vivir, no basta tener los medios para lograr una agricultura eficiente y una buena vida si el productor no tiene la capacidad para aprovechar esos medios. Además, las novedades tecnológicas no son aceptadas por la gente si su significado en términos

de bienestar propio no puede ser captado; todo programa de gobierno será ineficaz en la medida en que la gente no logre comprenderlo ni identificarse con él.

La tarea fundamental de difundir entre los productores los resultados de la investigación y experimentación que resultasen ventajosos para la producción recae en los y las extensionistas, quienes se ocupan de divulgar conocimientos desde las Agencias de Extensión ubicadas a lo largo y a lo ancho de todo el país. Sin embargo, la asistencia ofrecida no se limita a la aplicación de la técnica en el aprovechamiento de las parcelas, sino que cada agencia complementa el asesoramiento técnico con la asistencia cultural y social de las mujeres y los jóvenes rurales, como se había empezado a hacer en las Agronomías Regionales Piloto del MAN. En este sentido, la función de los extensionistas está vinculada a la familia rural entendida como una célula social agraria (Losada, 2003, p. 32) que debe funcionar correctamente, para que así lo haga el conjunto de la comunidad. Los problemas en diferentes planos de la vida cotidiana rural que conciernen a todos los integrantes de la familia (la vivienda, el trabajo, la producción, la comunicación, la salud) inciden, en mayor o menor medida, en la existencia y calidad de vida. Cualquier inconveniente en estos niveles “altera el equilibrio de la familia rural y pone serias restricciones, en última instancia, a la función productiva”, y es por eso que la extensión rural debe buscar soluciones a aquellos problemas que comprendan a toda la familia rural (Anuch, 1981, p. 4).

Para alcanzar el desarrollo de la comunidad es necesario formar hogares rurales atractivos que permitan mejorar el nivel de vida familiar. En extensión no se puede prestar atención únicamente al desarrollo productivo pensando que a través de él aumentará automática-

mente el nivel de vida de las familias rurales, ya que los patrones de vida pueden ser tan tradicionales como los métodos de cultivo. En la visión de Reichart (1971), las familias rurales no sólo necesitan demostraciones de métodos mejorados de producción, sino también de mejores formas de vida. Para que el hogar cumpla su función como factor contribuyente a la unidad familiar y al mejoramiento de la vida, cada uno de sus miembros deberá encontrar en él -como en tiempos anteriores- las satisfacciones materiales y espirituales propias del cumplimiento de sus respectivos deberes. En este sentido, “la educación y preparación de la mujer resulta factor básico y esencial” (Reichart, 1962). Las mujeres tienen una “importante misión en el hogar rural y en la vida del hombre de campo” de la que deben ser conscientes; a ellas les corresponde la responsabilidad de mantener el hogar propicio a la unidad familiar, mejorando su confort, “participando en las tareas y actividades *menores* del campo, así como en su organización y administración, contribuyendo a la economía general de la empresa y creando y manteniendo siempre despierto el interés de los hijos en actividades útiles”.⁹

Es preciso destacar que Reichart desarrolla y enuncia estas ideas en un periodo en el que se profundiza el éxodo del campo a las ciudades y se registran cambios llamativos en el mercado laboral en términos de género. En este contexto, sobre todo en el ámbito urbano -desde el cual se pronuncia el Director de Extensión del INTA-, algunos cuestionamientos a ciertas prácticas y valores que rodean la vida cotidiana y familiar amenazan con producir importantes cambios dentro de las relaciones de género. En sintonía con el renacer público del feminismo y el desarrollo de otros movimientos sociales a nivel internacio-

⁹El resaltado es siempre nuestro, excepto que se indique lo contrario.

nal, en Argentina se produce una “explosión callejera” que se traduce en una incipiente revolución sexual, en parte debido a la difusión de los anticonceptivos orales –sobre todo, entre las clases alta y media de la sociedad–, aunque luego se ve limitada por el contexto político y económico de la década de los '60 y el creciente autoritarismo de la sociedad (Felitti, 2000, pp. 155–160).

Los cuestionamientos al modelo de familia nuclear y las transformaciones que se dan en lo referente al mundo de la sexualidad y sus prácticas tienen como protagonistas a los y las jóvenes de clase media, principalmente urbana. Estos cambios se dan de manera lenta, con marchas y contramarchas, como parte de un proceso de modernización cultural más problemático que lineal (Cosse, 2008). Sin embargo, a pesar del carácter moderado y la limitada influencia de la ruptura en la moral sexual, se desarrolla “un núcleo primario de ansiedades vinculado a la percepción de una creciente ‘movilidad’ por parte de las adolescentes de clase media” según el cual las acciones de las jóvenes ponen en riesgo la estabilidad familiar y el proyecto futuro de país (Manzano, 2007, pp. 2-3). Al mismo tiempo, al compás del aumento de la participación femenina en el mercado laboral, el ideal de mujer doméstica consolidado en la primera mitad del siglo XX comienza a recibir cuestionamientos, mientras que los medios de comunicación “modernizantes” valorizan la realización personal extra doméstica “en el marco de un modelo de mujer ‘moderna’, ‘independiente’, ‘liberada’, [...] asociada con las nuevas generaciones y el prestigio cultural de las carreras profesionales, intelectuales y artísticas” (Cosse, 2014, pp. 48-49).

En este contexto, Reichart (1962) admite que la evolución de la sociedad moderna demanda que las mujeres participen activamente en la vida económica, social y política, pero sostiene que deben hacerlo

sin abandonar su “función natural esencial de madre y ama de casa”. Para poder desempeñar este múltiple rol, el auxilio de mayores comodidades en el manejo del hogar y su capacitación para una organización del trabajo más adecuada resulta esencial. Debido a las grandes responsabilidades que se asigna a las mujeres rurales, su preparación constante se transforma en un requisito para que las familias gocen de todas las ventajas de la vida social moderna. Desde la Dirección de Extensión del INTA, esta preparación es encarada a través de un programa orientado hacia las mujeres que comprenda, entre otras cuestiones, las principales nociones de economía doméstica y manejo del hogar.

Planificación de un programa de Economía Doméstica en extensión agrícola

La capacitación de mujeres en cuestiones de granja y de cuidado del hogar no es una completa novedad a fines de los años cincuenta. Como hemos visto, desde principios de siglo se viene impulsando desde el MAN la enseñanza extensiva del “hogar agrícola”, y en las décadas anteriores a la creación del INTA surgen iniciativas de gestión privada, tales como AFAR, y cursos dictados por la Federación Agraria Argentina (FAA), entre otras. La idea de formar “clubes” de encuentro y trabajo entre mujeres aparece por primera vez en la década de los ‘40, y desde 1948 existe el Instituto de Formación de Profesoras del Hogar Agrícola, ubicado en la ciudad de Bolívar. Estos antecedentes constituyen la base sobre la cual se planifica el programa de extensión orientado hacia las mujeres del INTA. Por otra parte, es insoslayable la influencia de organismos internacionales como IICA y FAO, y del Servicio de Extensión Cooperativo (SEC) de los Estados Unidos.

Esta influencia se verifica principalmente en la similitud que adquieren las estructuras de los servicios de extensión de los distintos países latinoamericanos, creados en las décadas de los '40 y '50,¹⁰ entre sí y respecto a la organización del propio SEC estadounidense. En este marco, las acciones de extensión se destinan al conjunto de las familias rurales y en casi todos los servicios instalados en ese período se dividen en tres componentes principales: asistencia técnica en producción agropecuaria (orientada a los varones adultos), clubes juveniles y programas para el mejoramiento del hogar rural (orientados a las mujeres). En este sentido, en otros países latinoamericanos surgen iniciativas análogas al Programa Hogar Rural desarrollado por el INTA: el programa Mujer Campesina, en Ecuador; la sección de Demostración en el Hogar, en Honduras; los servicios de Mejoramiento del Hogar, en Nicaragua, entre otros (Otero y Selis, 2016, p. 53).

Por otro lado, en el marco del Proyecto 39 el IICA continúa la estrategia de formación de recursos humanos iniciada en 1952 con el Primer curso Internacional de Extensión Agrícola, en Uruguay. Esta estrategia incluye capacitaciones de técnicos en diferentes países de la región por medio de cursos dictados por profesores de universidades de Estados Unidos, visitas de funcionarios latinoamericanos al SEC, investigaciones, cursos de posgrado, traducciones de libros y materiales de difusión destinados a extensionistas. Entre 1956 y 1958, el IICA envía a sus técnicos a participar de los cursos “*Train the trainer*” (adiestrar al adiestrador) en Estados Unidos, y desde 1959 se adapta este programa de comunicaciones a las condiciones latinoamericanas. También se avanza en la formación de especialistas en extensión a tra-

¹⁰Ver Cuadro 1 en Otero y Selis, 2016, p. 48.

vés del dictado de la Maestría en Extensión Rural en 1964 en Turrialba, Costa Rica, donde se encuentra la sede central del IICA (INTA, 1996; Otero y Selis, 2016). Con respecto al Programa Hogar Rural, el Instituto colabora con el INTA en la realización de cursos de perfeccionamiento para asesoras, y otorga becas para una mayor capacitación en el Área Demostrativa de San Ramón, Uruguay. Si bien el número de becas es reducido con respecto a las necesidades del programa (INTA, 1960, p. 89), le permiten al INTA contar con personal experimentado que contribuya en el desarrollo de los planes y en la supervisión de equipos de asesoras.

La influencia del SEC y de las universidades estadounidenses también se refleja en un informe publicado por el INTA en 1962, titulado “Promoción de un programa de Economía Doméstica en Extensión”. Se trata de la traducción de unas sugerencias escritas por la especialista estadounidense en economía doméstica y extensión Genevieve Feagin de Kallander,¹¹ dirigidas a quienes deseen emprender un programa de trabajo en estas áreas. Según la autora, un programa de este tipo consiste en un plan de educación informal para familias con el objetivo principal de mejorar su nivel de vida. La familia debe ser el foco principal de este tipo de programas. En este sentido, los objetivos específicos deben variar, no solamente dependiendo del país y de la comunidad en la que se desarrolle el programa, sino también de la familia con la que se trabaje (Feagin de Kallander, 1962).

¹¹Nacida en Texas, Feagin de Kallander es graduada en Economía Doméstica y MSc. (*Master of Science*) en Educación en Extensión por la Universidad de Cornell. A mediados de la década de los '40 se incorpora al Servicio de Extensión Agrícola de Hawaii como supervisora de demostraciones del hogar, cargo que ocupa durante trece años. En este período también realiza consultorías en economía doméstica en distintos puntos de Europa, el sudeste asiático y el Pacífico (Islas Marianas y Ryūkyū).

Algunos de los argumentos principales de la autora son absorbidos y replicados por los encargados de llevar adelante el Programa Hogar Rural. Según Feagin de Kallander, lo que diferencia a la extensión de otros programas educativos en economía doméstica, es que el extensionista “no busca hacer cosas para la gente, sino [que] trata de inspirar a los mismos interesados [a] que obren en su propio beneficio”, ayudándolos a que perfeccionen sus conocimientos y adquieran la capacidad necesaria para cumplir por sí mismos su labor (Feagin de Kallander, 1962, p. 7). Otra característica singular de estos programas es la promoción y el uso de líderes locales para expandir su influencia. La capacidad de estas líderes de transmitir a otros lo aprendido es la mejor prueba del propio aprendizaje, y al mismo tiempo, al enseñar a otros se perfeccionan las habilidades y conocimientos adquiridos. En cuanto a la metodología, es variada y queda a criterio de la asesora del hogar, lo importante es encontrar los medios para “ayuda[r] a la gente para que se ayude a sí misma en buena medida para mejorar su nivel de vida” (Feagin de Kallander, 1962, p. 9).

Si bien las actividades del Programa Hogar Rural comienzan a desarrollarse en 1958 –poco tiempo después de la creación del INTA, aprovechando el trabajo realizado en años anteriores desde el MAN–, la planificación del programa es simultánea a su funcionamiento. Las reflexiones acerca de cómo llevar adelante las tareas de extensión orientadas hacia las mujeres son constantes en los primeros años de la década de los ‘60. Además de la utilización de bibliografía proveniente de otros países, como el informe de Feagin de Kallander, se realizan seminarios en los que se discuten los propósitos de la extensión, la metodología más adecuada, el trabajo en conjunto con las otras ramas de extensión del INTA (asesoramiento técnico y clubes juveniles 4-A), y los obstáculos que se deben superar, entre otros temas.

En marzo de 1960, con el auspicio de FAO y la colaboración de la OEA, el INTA organiza el Seminario de Economía Doméstica en Extensión Agrícola, primer encuentro nacional de su tipo. Los objetivos propuestos incluyen estudiar diversos aspectos de la vida familiar rural en diferentes regiones del país para proporcionar una base sólida a los servicios de extensión, analizar el progreso conseguido por el Programa Hogar Rural en sus primeros dos años y determinar en qué medida esa política se basa en las necesidades de la familia rural, y establecer bases sólidas para la capacitación del personal de extensión, sobre todo en materia de economía doméstica. En un sentido más amplio, el seminario busca lograr “la coordinación y unión de esfuerzos de las personas e instituciones de todo el país, que sienten una preocupación y una responsabilidad común en el mejoramiento de las condiciones de vida del campo y de la comunidad rural en general”, en palabras del director de extensión del INTA, Norberto Reichart (INTA, 1960, p. 5). Por esta razón, además del personal del SNEA participan del seminario representantes de numerosas instituciones y organizaciones, estatales y privadas, vinculadas al mejoramiento de la vida rural. Entre ellas se encuentran la FAO, el IICA, la Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación, los Ministerios de Asistencia Social y Salud Pública, y de Educación y Justicia de la Nación, las universidades nacionales de Buenos Aires y del Litoral, el Consejo Nacional de Educación, el Instituto Superior del Hogar Agrícola de Bolívar (representado por su directora, la Ingeniera Agrónoma Haydée Bidigorri¹²), la

¹²Egresada de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Universidad de Buenos Aires en 1944, Bidigorri se hace cargo de la dirección del Instituto Superior del Hogar Agrícola desde su fundación, en 1948, hasta 1973. En 1961 obtiene el título de *Magister Agriculturae* de parte del Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA) gracias a

Federación Agraria Argentina, el Movimiento Rural Femenino Acción Católica y el Instituto de Cultura Religiosa Superior. También es extendida una invitación a la Asociación Femenina de Acción Rural, pero desisten de participar debido al poco tiempo disponible para preparar una presentación acerca del trabajo realizado por la institución.

Desde la Dirección de Extensión se considera al seminario como un “jalón fundamental en el largo camino recorrido por todos aquellos que [...] se han ocupado de la mujer y de la familia rural”, entre quienes se reconoce a Tomás Amadeo y a las primeras maestras egresadas del Hogar Agrícola Dr. Ramón Santamarina, de Tandil. En este largo proceso, la creación y organización del SNEA en el marco del INTA señala el comienzo de una nueva etapa, transformando “la acción, hasta entonces, esporádica o temporaria de la economía doméstica rural en una labor permanente, orgánica y sistemática” (INTA, 1960, p. 6). Por supuesto, la extensión agrícola no puede concentrar todos los esfuerzos en pos de un mayor bienestar rural, sino que debe complementarse con otras políticas como la enseñanza formal, la educación sanitaria, la construcción de obras públicas, el otorgamiento de créditos, la legislación social y actividades referentes a la reestructuración de la propiedad. La propuesta del seminario es contribuir a crear un “estado espiritual y mental” común entre los funcionarios presentes para lograr la coordinación de estas actividades concurrentes en beneficio del desarrollo y mejoramiento de la comunidad rural (INTA, 1960, pp. 7-8).

De acuerdo con la modalidad elegida para el seminario, los representantes de las distintas instituciones invitadas realizan una serie de ex-

una investigación iniciada en 1953 como becaria de la OEA en el marco del Proyecto 39 (de Arce, 2017, p. 16).

posiciones sobre diversos temas que luego son discutidos por grupos de trabajo formados por todos los presentes. En una de esas exposiciones, Frances MacKinnon, Asesora Regional de Economía Doméstica para América Latina de la FAO, sostiene que no ha existido un interés de parte de las estaciones experimentales o las universidades latinoamericanas por la realización de estudios acerca del hogar y la familia campesina. En este sentido, se lamenta por los pocos datos de los que disponen las asesoras del hogar para fundamentar sus programas. El resultado es que, en los planes de estudio y entrenamiento en servicio para asesoras del hogar, casi todo el material es idéntico y no se tienen en cuenta las diferencias considerables en las condiciones climáticas, geográficas y demográficas entre los distintos países del continente. Sin embargo, MacKinnon nota una tendencia en algunos de los cursos ofrecidos por el IICA que puede ofrecer una solución: mientras trabajan en el terreno, algunas asesoras aprovechan para realizar pequeñas encuestas a las familias campesinas y discuten los resultados para alcanzar un mejor planeamiento de los programas de extensión. Si bien es necesario llevar a cabo estudios más profundos y de más largo plazo, estas encuestas sencillas pueden echar luz sobre lo que esperan las familias rurales de los servicios de extensión, y los datos y opiniones obtenidos pueden ser utilizados como una base para planear el futuro de los programas (INTA, 1960, p. 12).

La importancia de trabajar con las familias se deriva de su conceptualización como unidades socio-económicas que “condiciona[n] todo el mecanismo de la vida agropecuaria del país”, según la ingeniera agrónoma María Enriqueta Piangiarelli de Vicién,¹³ quien se desempe-

¹³Nacida en 1916, egresa de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en 1943 y a lo largo de su vida desempeña una extensa labor en el medio rural

ña como Asesora Nacional de Clubes del Hogar Rural (es decir, dirige el Programa Hogar Rural) entre 1958 y 1974 (INTA, 1960, p. 16). En sintonía con lo expresado por otros, como Tomás Amadeo y José Rivas,¹⁴ la familia es descrita como la “célula natural y primera de toda sociedad”, la base que mantiene firme el poder de la nación y por consiguiente a sus instituciones políticas y sociales. Indefectiblemente, el centro de todo programa de extensión agrícola y de mejoramiento del hogar debe ser entonces la familia; la “transformación total de la vida agrícola” sólo se puede lograr si primero se estudia a las familias y se conocen sus necesidades y sus problemas. El estudio de las situaciones concretas puede revelar estos problemas y contribuir al desarrollo de la economía doméstica en el marco del Programa Hogar Rural.

Según el ingeniero agrónomo Luis Castelli, los estudios realizados en materia técnica, social y cultural, deben tener un sentido eminentemente práctico. En este sentido, “las investigaciones que realizan las distintas entidades oficiales y privadas, entre ellas el INTA, deben conducir a la realización de programas de acción en los que coordinadamente se contemplen los distintos aspectos como integrantes de un todo” (INTA, 1960, p. 86). La colaboración entre instituciones es primordial: los Consejos de productores (para varones), los Clubes 4-A y los del Hogar Rural no pueden ser los únicos medios para mejorar la comunidad, sino que es necesario aprovechar la ayuda de las demás organizaciones que trabajan en ese mismo sentido.

desde diversos ámbitos. Desde la creación del INTA dirige el Programa Hogar Rural y lleva adelante el liderazgo de los Clubes 4-A, posicionándose como una referente regional en lo que respecta a la extensión rural dirigida a mujeres y jóvenes de América Latina (de Arce, 2017, p. 18).

¹⁴Jefe de la División de Enseñanza Extensiva del MAN en la década de los '40.

Quizás para congraciarse con los presentes, o a modo de agradecimiento por su concurrencia al seminario, Castelli (representante del INTA) sostiene que la realización del encuentro y la colaboración prestada por las entidades invitadas son pruebas del deseo de trabajo común, y de que se están superando el individualismo y los resquemores entre las instituciones (INTA, 1960, p. 89). Sus palabras resultan significativas en tiempos en que la legitimidad de las reparticiones gubernamentales es cuanto menos endeble, como resultado de la inestabilidad democrática y la proscripción del peronismo –la fuerza política mayoritaria– tras el golpe de Estado de 1955.

De todas formas, para asegurar que el trabajo en pos del desarrollo de la comunidad sea efectivo, lo más importante es tener un conocimiento previo de la situación de aquellas personas a las que apunta la política. Sin una investigación exhaustiva como base, la extensión no tiene una dirección clara, y puede redundar en esfuerzos innecesarios que no provean los resultados esperados. En este sentido, el Dr. Francisco Suárez, de la Dirección de Sociología Rural de la Secretaría de Estado de Agricultura y Ganadería de la Nación, sostiene que el estudio de las condiciones de vida rural no sólo “representa una inquietud de orden especulativo, [sino que] supone una intervención posterior a la investigación con el objeto de elevar el nivel de vida” (INTA, 1960, p. 19).

Este tipo de estudios permiten cotejar los componentes del nivel de vida entre distintas zonas y hacia el interior de las mismas, dejando al descubierto los desniveles existentes a lo largo y ancho del país. A partir de estas comparaciones se puede establecer una política de prioridades en la intervención y se pueden modificar aspectos del trabajo de extensión de acuerdo con la comunidad con la que se interactúa. Con estos objetivos en mente, a lo largo de la década de

los '60 se llevan a cabo una serie de estudios para conocer la realidad de las condiciones de vida en diferentes espacios rurales. Estas investigaciones se desarrollan principalmente en la región pampeana, lo que revela tanto la importancia de esta zona agroexportadora en la matriz económica y productiva como los desequilibrios regionales en materia social. De esta manera, se busca contribuir al planeamiento de actividades en el marco del Programa Hogar Rural.

La investigación como fundamento de la extensión: los estudios de caso y el Seminario Nacional de Investigación en Hogar Rural

Los estudios realizados por el SNEA con los que contamos para el período del que se ocupa este libro (1958-1974) son fuentes heterogéneas; se diferencian entre sí en más de un aspecto. El área geográfica que buscan analizar puede abarcar una provincia entera o una pequeña localidad de apenas 750 habitantes. En algunos casos se cuenta para su desarrollo con la asistencia de asesoras del IICA, y en otros casos, por la falta de presupuesto las propias extensionistas tienen que realizar actividades que originalmente pensaban tercerizar. Los temas varían ampliamente: mientras que estudios más abarcativos se proponen conocer el “estado de las familias” o la “situación de los hogares rurales” (y cuentan, por lo tanto, con personal capacitado en diferentes áreas), otros se preocupan por cuestiones más puntuales, como el estado de nutrición o las condiciones de un ambiente de la casa en particular. La población estudiada puede no tener relación alguna con el INTA, o puede tratarse exclusivamente de miembros de Clubes del Hogar Rural. Sin embargo, todas las investigaciones tienen el mismo propósito: proveer información confiable y actualizada al Servicio de Extensión para colaborar en el planeamiento de actividades del Programa Hogar Rural.

Uno de los primeros trabajos de investigación se lleva a cabo en 1964 en la localidad de Ibarra, partido de Bolívar (Buenos Aires). Se trata de un estudio descriptivo de las características de la vivienda rural, realizado con la orientación técnica de Virginia Lattes Deik, educadora del hogar del IICA, y la cooperación de una economista del hogar del IICA, una estadística-matemática de la EEA de Pergamino, y el personal de la AEA de Bolívar. El interés por el estado de las viviendas rurales se debe a la falta de información confiable sobre las mismas, a diferencia de las viviendas urbanas, de las que se poseen datos (aunque insuficientes) que permiten realizar una estimación de las condiciones en las que se encuentran y planificar en consecuencia. La obligación de “conocer por investigaciones objetivas las condiciones y características” está relacionada con “la función social que deben cumplir” (Berry et al., 1964, p. 1). Este estudio, considerado el primero de una serie, se centra en las características físicas de la vivienda, sin descuidar cuestiones como la relación entre la vivienda y la satisfacción de las funciones familiares, las características del vecindario y las formas de interacción, y la consideración de los valores y las normas de las familias que hacen a la vivienda. El objetivo es que estos primeros datos permitan formular recomendaciones a ser consideradas por el equipo de extensión en sus planificaciones.

A pesar de que el Programa Hogar Rural se dirige a todas las mujeres del agro argentino sin distinción de etnia o de clase, la selección del área en la que se realiza este estudio puede darnos un indicio de la población con la que efectivamente se interactúa en la práctica. La zona de Ibarra es elegida porque, según el criterio del personal de la AEA de Bolívar, es el espacio más apto para realizar las mejoras que se consideran necesarias: existe una mayoría de productores de situa-

ción económica favorable, con una “composición étnica homogénea”, receptivos para el cambio, y que pueden tomar decisiones con respecto a su vivienda (Berry et al., 1964, p. 3). De todas formas, el estudio no abarca la localidad entera, sino que se limita al radio de acción del Club del Hogar Rural Siempre Unidas, que funciona desde principios de 1963. Al no contar con datos sobre la población que permitieran la formación de estratos, se decide efectuar un muestreo simple y al azar. Mientras que la información de las características demográficas y económicas, y de las aspiraciones de las familias con respecto a la vivienda es obtenida mediante el uso de un cuestionario (que incluye como ítems importantes el sistema de tenencia y la superficie del predio), los datos sobre el aspecto físico de la construcción se recogen mediante un registro de observación.

Además de contribuir a “fundamentar los futuros programas de economía del hogar que desarrollan las Agencias del INTA” (Berry et al., 1964, p. 2), el estudio busca adiestrar al personal del Programa Hogar Rural en técnicas de investigación en economía doméstica y probar un método de investigación para el estudio de la vivienda rural que pueda ser aplicado en otras áreas con características similares si resulta adecuado. En este sentido, en las conclusiones del informe se realizan recomendaciones para la implementación del Programa Hogar Rural por parte de la AEA de Bolívar, y también para futuras investigaciones sobre vivienda rural en zonas de características similares a la de este estudio. En cuanto a las recomendaciones para extensión, se sostiene que es necesario “elevar las aspiraciones, en cuanto hace al mejoramiento de la vivienda y a las funciones que ésta debe cumplir”. Ante la manifestación del 57% de las familias encuestadas de querer introducir cambios en sus casas, las extensionistas podrían facilitar

material informativo con ideas prácticas, orientando a las familias para un mejor empleo de sus recursos naturales y económicos en la construcción de sus viviendas, indicándoles buenas técnicas y el uso de materiales de construcción adecuados (Berry et al., 1964, p. 44).

Una investigación realizada dos años más tarde en el área de Pergamino, cuyo énfasis no está puesto en la vivienda, comparte el propósito general y los objetivos más específicos con el estudio de Ibarra. La finalidad principal de este trabajo es “recopilar la información necesaria para planear y ejecutar un programa de extensión referente al mantenimiento del hogar, que permitiese elevar el nivel de vida de las familias rurales”, utilizando los datos obtenidos como una base para la identificación de problemas y la planificación de futuros programas por parte del SNEA (De Baca, 1966, p. 1). Al igual que en el estudio anterior, otros de los objetivos perseguidos son la capacitación del personal de extensión en el reconocimiento de las condiciones existentes en su área geográfica de trabajo (es decir, en investigación), y la utilización de este trabajo “como un ejemplo de método científico de investigación, relacionado con la vida familiar” (De Baca, 1966, p. 3).

En este caso, el foco no está puesto en la vivienda, sino que para conocer las condiciones socio-económicas y la vida familiar rural en el área de Pergamino se indaga acerca de las amas de casa. Más específicamente, se busca conocer cuáles son las actividades que llevan a cabo, la cantidad de tiempo destinado a cada una de ellas, y cuál es la relación entre ese uso del tiempo y ciertos factores como las condiciones socio-económicas de la familia y las características de la casa o “chacra”. El estudio está pensado para representar a las amas de casa, a las que define como “una mujer que hace el principal trabajo y toma la mayoría de las decisiones sobre el quehacer doméstico” (De Baca,

1966, p. 4). La metodología utilizada es la entrevista, que se realiza a 123 mujeres, siendo el único requisito para participar del estudio la residencia permanente en la chacra. No se impone ninguna restricción en cuanto a la tenencia de la tierra (un 35% de las entrevistadas no son propietarias de la chacra que habitan) ni en cuanto al tamaño de las chacras, que oscila entre 1 y 1.200 hectáreas.

Las tareas llevadas a cabo por las amas de casa son clasificadas en ocho rubros: dormir y descansar; preparación de la comida para la familia; limpieza diaria y semanal; cuidado de la ropa; atención personal y de la familia; ayuda en las tareas de la chacra; contabilidad y planificación; y recreación. El rubro de preparación de la comida, que incluye otras actividades como poner la mesa, lavar los platos, el trabajo en la huerta, la conservación de alimentos y la compra de vegetales, es el que más tiempo consume por varios factores. Entre ellos se encuentran la importancia que se le da a la comida, la falta de ciertos alimentos en el mercado, el uso de pocos elementos que permitan ahorrar tiempo, y la poca participación de los varones de la familia en estas tareas, sobre todo en la preparación de las comidas y el lavado de platos, actividades que desempeñan en menos del 10% de los casos (De Baca, 1966, p. 27).

Con respecto a las tareas de la chacra, en ningún momento se hace referencia en el informe a que éstas constituyan algún tipo de “trabajo”: cuando las realizan las mujeres se las considera una “ayuda”, que consiste principalmente en el cuidado de gallinas y pollos (**Tabla 1**). En este rubro, sólo se nombra al trabajo cuando se hace referencia al arado y sembrado, tareas más ligadas a los varones, y aun así se reemplaza su uso por el de “ayuda” cuando se habla de las mujeres: “Muy pocas amas de casa realizaban *trabajo* de arado

y sembrado; 21 amas de casa *ayudaban* en las cosechas de verano y 14 en las de invierno” (De Baca, 1966, p. 32). De todas formas, queda claro que el trabajo (ya sea denominado como tal o como “ayuda”) es lo que predomina en la vida de las amas de casa: en un día normal ocupan, en promedio, 12,5 horas en trabajar y apenas 0,6 en ocio, y casi dos tercios de las entrevistadas manifiestan un claro deseo de aumentar su tiempo de esparcimiento.

Tabla 1. Cantidad de amas de casa que ayudan en el cuidado de animales de granja y el tiempo (promedio) que utilizan para ese fin durante el invierno y el verano.

Animales de granja	Verano		Invierno	
	Cantidad de amas de casa	Tiempo promedio en horas	Cantidad de amas de casa	Tiempo promedio en horas
Gallinas	80	0,57	78	0,79
Pollos	80	0,84	72	0,82
Abejas	3	1,70	2	0,60
Cerdos	15	0,59	16	0,48
Vacas	9	0,95	9	0,62
Caballos	1	0,02	1	0,02
Otros	16	0,20	16	0,20

Fuente: De Baca, 1966, p. 32.

En este caso, una vez finalizado el estudio las recomendaciones se dirigen principalmente a la preparación del personal que lleva adelante el Programa Hogar Rural, ya que se percibe una falta de instrucción en nociones de economía del hogar que limita las posibilidades de apreciar las necesidades reales de las familias rurales. En este sentido, se proponen medidas como el establecimiento de un curso uni-

versitario de grado en Ciencias en Economía del Hogar, la expansión de los programas de entrenamiento en economía del hogar existentes (como los del Instituto de Bolívar), y el desarrollo de un servicio de información que publique trabajos acerca de economía del hogar dirigidos especialmente a extensionistas, para que puedan estar al corriente y en coordinación con las necesidades del programa.

El Secretario de Agricultura y Ganadería de la Nación, ingeniero agrónomo Walter Kugler (ex director del Centro Regional Pampeano entre 1949 y 1963, bajo la órbita del MAN primero y del INTA después), destaca la importancia del estudio y de sus conclusiones en el marco de la Cuarta Convención Nacional de Clubes del Hogar Rural de 1965. Kugler valora las herramientas que brinda este trabajo

[...] para que la acción de los clubes responda en relación al enorme esfuerzo que cuesta promoverlos y mantenerlos para que se multipliquen y cumplan con su finalidad, de coadyuvar en la tarea de crear mayor riqueza y lograr su justa distribución, motivando consecuentemente el interés para mejorar las condiciones de vida en el hogar rural. (INTA, 1965, p. 11)

Si bien la experiencia de extensión hasta el momento da un sentido de independencia a las mujeres rurales al participar en actividades fuera de su casa, promueve la interacción entre ellas y las capacita en algunas fases del manejo del hogar, es un problema que la programación disponible esté limitada a la experiencia y formación de cada extensionista. Es por ello que la capacitación de las asesoras del Hogar Rural es un área en la que se debe seguir trabajando. Este hincapié destaca el rol fundamental del trabajo de campo de las extensionistas, al mismo tiempo que supone una subordinación de las socias ante los

niveles de conocimiento o capacitación de las técnicas, cuya formación –de todos modos– se considera insuficiente.

Otros estudios son presentados en el marco del Primer Seminario Nacional de Investigación en Hogar Rural, organizado en conjunto por el INTA y el IICA en la ciudad de Buenos Aires del 16 al 28 de octubre de 1966, cuyo tema principal es la investigación en economía del hogar. Los objetivos principales del seminario son coordinar los trabajos iniciados en los distintos centros para unificar criterios y fijar los alcances de los estudios e investigaciones que se realizan en el INTA; utilizar de manera práctica la información sobre los estudios e investigaciones que se llevan a cabo; fijar los métodos adaptados al trabajo y que respondan a la política de la institución; considerar y preparar proyectos sobre vivienda y finanzas; y planear el trabajo de investigación para el año siguiente. Según la coordinadora general, Enriqueta P. de Vicién, el Seminario es organizado por la Asesoría Nacional de Clubes que ella dirige, pero responde al deseo expresado reiteradamente por las supervisoras, asesoras y especialistas que forman parte del Programa Hogar Rural (INTA, 1966, p. 10). En esta dirección, el foco está puesto en los problemas de vivienda y finanzas debido a que las posibles participantes habían manifestado que eran los temas de mayor interés.

Las principales directrices acerca de cómo, por qué y hacia dónde se debe dirigir la investigación en economía doméstica son expresadas por la directora del seminario, la Dra. Linda Nelson, educadora del hogar y adjunta de economía y ciencias sociales del IICA. La investigación debe estar necesariamente orientada a su implementación práctica, ya que una de las razones principales por las que se lleva a cabo es para poder programar mejor en extensión y así poder resolver problemas y ayudar a la gente. Desde el planteamiento de un estudio determina-

do los investigadores “debe[n] poder indicar cómo va[n] a utilizar los resultados de un estudio para guiar la programación o fijar los problemas que requieren mayor estudio, pero la cadena de estudios no debe ser demasiado larga antes de llegar a la acción” (INTA, 1966, p. 29). Según Nelson, es necesario poner más atención en el planeamiento de los trabajos y orientarlos a resolver problemas: en América Latina no se deberían iniciar estudios para los cuales no se puedan señalar frutos prácticos para un programa de acción. En este sentido, antes de iniciar un estudio se debe tener seguridad de que se contará con los recursos financieros, de personal y de conocimientos para llevar a cabo el programa de acción planeado al finalizar la investigación. Pronunciadas apenas cuatro meses después de un golpe de estado –el tercero en once años en Argentina–, las palabras de la asesora internacional pecan de ingenuidad: la situación política y económica nacional no permite garantizar esas seguridades que Nelson exige.

En cuanto a los temas de investigación, es necesario que los investigadores establezcan contacto estrecho con las asesoras y frecuenten el medio rural para estar al tanto de los problemas de la gente. Sin embargo, también deben poder mirar hacia el futuro y buscar “posibles soluciones a problemas que la gente no reconoce aún” (INTA, 1966, p. 30). Con respecto a la metodología, no hay “un” método que permita resolver todos los problemas: incluso la encuesta, el más utilizado, no proporciona toda la información necesaria, aunque esté bien hecha. Nelson se lamenta del (demasiado) rápido avance en el entrenamiento de personal en la aplicación de técnicas sueltas sin que puedan comprender la utilidad y los peligros que acarrear dichas técnicas. Otro problema recurrente, que marca la jerarquización de los conocimientos de los investigadores por sobre los de los extensionistas, es la pre-

sentación únicamente de datos crudos por parte de los primeros, ya que la preparación de los segundos no necesariamente incluye entrenamiento en el análisis e interpretación de esos datos, con lo cual el aporte de la investigación no es aprovechado del todo.

Las asistentes al seminario, entre las que se encuentran supervisoras de los diferentes Centros Regionales del INTA, cuatro asesoras de Hogar Rural, y especialistas en numerosas disciplinas (nutrición humana, educación sanitaria, estadística, investigación en economía del hogar, administración del hogar, etc.), son sometidas a un cuestionario para evaluar cuáles consideran que son las razones más importantes para hacer investigación. A cada una de las razones postuladas por el cuestionario, las asistentes deben asignarle uno de los cinco valores siguientes: Indispensable; Muy importante; Importancia regular; Poca importancia; Ninguna importancia. En este sentido, razones como “planear o programar en extensión”, “resolver problemas” y “ayudar a la gente” son señaladas por un alto porcentaje de respuestas como Indispensables o Muy importantes. Por otro lado, razones como “formular teoría”, “aprender algo (personalmente)” y “mostrar creatividad” son consideradas importantes por las asesoras y las especialistas, pero no así por las supervisoras del Programa. En cambio, ganar prestigio y/o dinero no son razones apropiadas para desarrollar la investigación: un 80% de las asistentes le asigna poca importancia o ninguna (INTA, 1966, pp. 25-28). A partir de estas respuestas puede conjeturarse que se espera un cierto nivel de altruismo de parte de las extensionistas, y que por ese motivo ellas opinan que es más importante investigar para resolver problemas y ayudar a la gente que para obtener prestigio y dinero.

En este marco, se presentan estudios realizados por algunas de las asistentes en sus zonas de origen. La nutricionista Neide Cetera, del

Centro Regional Santafesino, a partir de una investigación desarrollada en cinco distritos del Departamento Castellanos (del área de influencia de la AEA Rafaela) expone acerca de su experiencia en cuanto al trabajo de las asesoras de Hogar Rural como encuestadoras. Si bien un único estudio no permite formular generalizaciones acerca de este tema, puede servir para orientar la discusión en el seminario.

El objetivo general del estudio es conocer el estado de nutrición de la población rural y los factores que lo determinan, para orientar los planes de educación nutricional a ser desarrollados por el SNEA. La metodología utilizada incluye encuestas familiares estructuradas, entrevistas a informantes de la comunidad, aplicación de cuestionarios a escolares y observación estructurada, para conocer índices directos (antropometría y frecuencia de enfermedades de nutrición) e indirectos (consumo de alimentos), considerando que esta situación está determinada por muchos factores: la disponibilidad de alimentos a nivel comunal, la producción familiar de alimentos, el nivel económico, la cultura alimentaria, y aspectos sanitarios, entre otros.

En un primer momento se había solicitado la contratación de siete encuestadoras por el término de un mes, pero esta petición fue declinada por el Centro Regional Santafesino, por lo que se decidió que esos lugares sean ocupados por siete asesoras en Hogar Rural. Los motivos del rechazo de este pedido habrían sido el impacto que tendría en el desarrollo de habilidades en el relevamiento de información y en la creación de actitudes favorables hacia la investigación sistemática, y principalmente el ahorro de dinero que significaría. Las siete asesoras seleccionadas, todas ellas maestras con entre 1 y 6 años de experiencia, reciben material de referencia sobre técnicas de la entrevista y sobre la encuesta, y forman parte de un curso de 18 horas en la EEA

Rafaela con el objetivo de “favorecer la capacitación de las encuestadoras para el relevamiento de información, con el objeto de lograr mayor validez de la misma y mayor eficiencia” (INTA, 1966, p. 47).

En este caso, se elige no entrevistar a familias que tengan relación directa con los Clubes para no hacer peligrar la confiabilidad de la información. De todas formas, la recolección de datos llevada a cabo mediante un registro de actividades y un formulario de actitud del encuestado debe enfrentarse a problemas como la barrera del idioma, la enfermedad del ama de casa y el rechazo. Según el informe, estos porcentajes son mayores que los encontrados en estudios similares en la provincia de Buenos Aires, pero se trata de condiciones fundamentalmente distintas, por lo que es difícil establecer comparaciones.

La conclusión general es que el trabajo de las asesoras de Hogar Rural como entrevistadoras es altamente satisfactorio, por lo cual se detallan los factores que contribuyen a alcanzar este resultado, y que por eso deben ser tenidos en cuenta: la interiorización de los objetivos del estudio y la toma de conciencia de su responsabilidad como participantes; la oportunidad de un “adiestramiento lo más completo posible” (INTA, 1966, p. 54); la dedicación de tiempo completo a la investigación; la organización previa de todos los detalles logísticos; la supervisión constante; y el compañerismo y buen clima de trabajo.

Otro estudio es presentado por Inés Berry, asesora del Hogar Rural de la AEA Resistencia. Se trata del “Informe de la investigación social a nivel de Clubes del Hogar Rural. Características del ambiente cocina”, basado en una investigación realizada en las viviendas de las socias de distintos clubes de la provincia de Chaco. El objetivo de la investigación es disponer de información objetiva que permita conocer las condiciones de la cocina y la actitud de las socias frente a la

misma, para poder establecer algunas líneas de trabajo en lo referente a su mejoramiento. A partir de una guía y mediante la observación, las asesoras buscan registrar algunos datos sobre la vivienda y, más específicamente, la cocina.

Se trata del “centro de la actividad hogareña, y el hecho de haber tomado la cocina como unidad de estudio, se debió a los siguientes motivos, que se conocen a través de la observación”: es el lugar de la casa donde la higiene y la conservación son más deficientes; es un ambiente que suele estar mal iluminado, donde las áreas de trabajo están mal distribuidas y los techos, paredes y aberturas evidencian la falta de reparación y pintura; en su gran mayoría no cuentan con una instalación adecuada para efectuar la tarea de lavado ni tienen depósitos de agua cercanos; y sobre todo, se constituyen en ambientes antihigiénicos con incidencia en la salud, comodidad y bienestar de las amas de casa, quienes pasan gran parte del día o de sus horas de trabajo en estos espacios (INTA, 1966, p. 57).

Mediante un registro de observación, el levantamiento del plano de la vivienda y la cocina, y un cuestionario llenado en el transcurso de las entrevistas con las socias, se relevan los datos de 72 hogares rurales. En la exposición se realiza un análisis de la distribución y el uso de las habitaciones, y se describen los materiales de construcción y el equipamiento de las cocinas. De las entrevistas surge que dos tercios de las socias no están satisfechas con la cocina que tienen, y las que sí lo están, en algunos casos es por conformismo. Una amplia mayoría (88%) manifiesta el deseo de realizar mejoras en el ambiente (construcción, instalaciones, renovación de muebles), y el resto (12%) no lo hace por no disponer del dinero para comprar los materiales necesarios. En cuanto a las expectativas con respecto a la ayuda que podrían

recibir del Club del Hogar Rural del que forman parte, el 33% considera que el club podría facilitarles un préstamo, el 21% espera que contribuya con ideas o sugerencias, el 18% manifiesta no necesitar ayuda del club y un 5% espera recibir colaboración de sus compañeras para la ejecución del trabajo. De acuerdo con Inés Berry, estas opiniones deben ser consideradas importantes porque indican la actitud de las socias y las expectativas que tienen con respecto a la relación de dependencia con su club.

A partir de los problemas puestos en evidencia por la investigación, se formulan recomendaciones que puedan ser consideradas en los programas de las AEA en las que se llevó a cabo el estudio. Algunas de las recomendaciones más destacadas son convencer a las socias para que interesen a sus maridos en la refacción de la cocina, facilitar a las familias material informativo con ideas prácticas para proyectar mejoras adecuadas al medio rural y las necesidades de la familia, y realizar los trabajos por etapas para que las primeras mejoras estimulen el interés en otras más importantes. Como los problemas encontrados “configuran una situación bastante similar para todas las agencias, estas recomendaciones si bien de tipo general, se aplican –con ciertas adecuaciones– a todas las zonas” (INTA, 1966, p. 66).

Algunas asistentes al seminario presentan estudios actualmente en curso. Es el caso de Elba Rossi, especialista en economía del hogar del Centro Regional Pampeano, quien expone la necesidad de realizar estudios sobre la estructura dinámica del grupo familiar, ya que todo aporte al conocimiento del sistema de relaciones de este grupo contribuye a la realización del bienestar de la familia rural, que es el objetivo final del INTA. De todas las unidades de relación que se encuentran en una familia, “grupo social primario por excelencia”, para este estudio

se decide tomar la de padres e hijos, con el objetivo fundamental de “suministrar datos concretos acerca de las formas de educación de los hijos de la familia rural, para basar los planes de Relaciones Familiares en Hogar Rural” (INTA, 1966, p. 87). Otras metas incluyen conocer los principios y procedimientos educativos de las familias, e indagar acerca de las aspiraciones de los padres con respecto a la instrucción, ocupación y personalidad de sus hijos. Posiblemente detrás de estos objetivos subyace una preocupación por el éxodo rural-urbano, ya que la educación de los hijos es uno de sus factores esenciales.

Resulta curioso que dentro de los objetivos específicos se busca conocer la conducta de las madres en referencia a una serie de actitudes y actividades de los niños (decisiones en cuanto a vestimenta y juegos, asunción de responsabilidades, agresividad, educación social y sexual), pero no así la de los padres. Es cierto que, por razones prácticas ligadas al costo de viáticos y pasajes, se considera que no será posible la participación de los padres varones, por lo que la información únicamente será recabada de las madres. Pero otros objetivos específicos que se relacionan con las aspiraciones y expectativas respecto de los niños, están orientados tanto a los padres como a las madres, con lo cual la omisión de los primeros en algunas de las metas resulta significativa. De todas formas, únicamente se consideran para el estudio aquellas familias que están “completas”, es decir, que tengan padre y madre. Para llevar a cabo el estudio se elige una comunidad de trabajo del radio de acción de distintas AEA de Buenos Aires y Santa Fe (Lincoln, Junín, 9 de Julio, Vedia, 25 de Mayo, Chivilcoy y Rufino) y se entrevista a las madres de los niños de 6 a 10 años de una o más escuelas. Una vez obtenida la información se prevén dos instancias de análisis: primero se realizará un análisis descriptivo en términos estadísticos y se emplean medidas de

asociación o correlación para los objetivos correspondientes; después, se hará un análisis comparativo de los datos, de acuerdo a grupos diferenciados por un índice de status socio-económico.

Por su parte, la señorita María Estela Defagot, especialista en investigación en economía del hogar, presenta una investigación acerca de las posibles relaciones existentes entre la evolución de las etapas del ciclo de vida familiar y la toma de decisiones financieras por parte de familias rurales de propietarios. Este estudio se encuentra en curso en distintos distritos del Departamento Castellanos, que pertenece al área de influencia de la EEA Rafaela. Los objetivos son explorar el proceso de toma de decisiones financieras de las familias rurales en diferentes etapas del ciclo de vida familiar, averiguar el grado de participación de la familia en el proceso de toma de decisiones financieras de la chacra y el hogar, buscar patrones relacionados con las etapas del ciclo de vida familiar, el sexo, y los rubros de la administración del hogar y la chacra en los que se realizan inversiones, ensayar la aplicación de métodos para verificar su confiabilidad, validez y aplicación futura, y desarrollar un estudio que sirva como base para otros posteriores sobre aspectos relacionados. La investigación se encuentra en el proceso de prueba de los instrumentos diseñados, con el fin de verificar su confiabilidad y validez, y de efectuar los ajustes que sean necesarios.

Todas estas exposiciones son presenciadas por el resto de las asistentes al seminario, quienes luego son divididas en cuatro grupos de trabajo en los cuales discuten acerca de las conferencias y los temas planteados. En un plenario, realizado el último día del Seminario, se presentan las conclusiones finales de cada grupo con respecto a los distintos temas tratados. En cuanto al alcance de las investigaciones en Hogar Rural, una de las recomendaciones principales es que los estudios de situación sean,

en la medida de lo posible, integrales, abarcando administración rural y economía del hogar. Para esto sería ideal equiparar al Programa Hogar Rural a las ramas agropecuarias de la extensión (un reclamo que se repite a lo largo de los años), integrando equipos de especialistas que respalden la labor de las asesoras, quienes a su vez deben ser entrenadas en técnicas de observación. Otra propuesta es la realización, en primera instancia, de “estudios de situación” o estudios básicos de corta duración que no sólo permitan fundamentar el trabajo de extensión, sino también la selección de los temas de investigación a largo plazo.

Con respecto a la coordinación en investigación para extensión en Hogar Rural, se recomienda la realización de reuniones de especialistas e investigadoras previas a las de programación, y posteriores, durante la marcha de los planes, para conocer progresos, inconvenientes y problemas. El planeamiento debe hacerse en equipo y deben participar todos los que formen parte del estudio en cualquiera de sus etapas: especialistas, investigadoras y extensionistas. Cada una de ellas debería poder colaborar cuando las circunstancias lo requieran a lo largo del estudio. También sería importante la participación de instituciones u organismos específicos en el planeamiento de estudios, y/o en la realización de los mismos. Por otra parte, los planes de investigación deberían coordinarse entre distintas AEA (de un mismo Centro Regional, o de distintos centros, pero cercanas en el espacio) que se encuentren en situaciones similares o tengan características y problemas semejantes, ya que podrían producirse planes de acción comunes.

Asimismo, en las conclusiones se realiza una serie de demandas al SNEA para asegurar el correcto funcionamiento de la investigación para extensión en Hogar Rural. En este sentido, se considera necesario “que se aseguren y concreten los recursos humanos y materiales para la rea-

lización de estudios”; que se integre un equipo asesor constituido por especialistas e investigadores a nivel nacional y otros a nivel de Centro Regional y/o EEA, y que se definan sus roles y responsabilidades para facilitar la coordinación en los distintos niveles; que se complete a nivel nacional el equipo de especialistas con las áreas de administración del hogar, vivienda y relaciones familiares; que se trabaje continua y sistemáticamente en la capacitación del personal especializado en investigación para extensión en Hogar Rural, que a su vez debe estar actualizado en cuanto a la realidad del país; y que se disponga por lo menos de un estadístico dedicado a investigación para extensión en Hogar Rural.

Es difícil conocer el verdadero impacto de las investigaciones presentadas en el seminario, tanto en la aplicación práctica del programa como en la realización de nuevos estudios más adelante. Lo que sí sabemos es que la preocupación por parte del SNEA por mejorar la práctica de extensión sigue estando presente en los años siguientes, ejemplificada en la realización del Seminario de Extensión en Hogar Rural en noviembre de 1971, que analizaremos en el próximo capítulo. También persiste el interés por el conocimiento de las comunidades rurales para un mejor planeamiento en materia de extensión, como lo demuestra el estudio de la comunidad de Los Médanos realizado entre 1972 y 1973 por Elena Hidalgo de Ávila, asesora de Hogar Rural de la AEA Caucete (San Juan), con el objetivo de obtener información sobre la realidad socio-económica y cultural de las familias de la región para fundamentar y orientar planes de acción. Además de interesarse por la estructura demográfica y ocupacional de la comunidad, el nivel real de ingresos y las características que adquieren las relaciones sociales, cabe destacar que uno de los objetivos específicos de la investigación es conocer cuál es la percepción sobre la situación social de la mujer (Hidalgo de Ávila, 1974, p. 4).

El universo de investigación comprende a la totalidad de las familias residentes en Los Médanos, entendiéndose como “familia” a la pareja con o sin descendientes –lo que implica un cambio en la concepción de años anteriores–, que habita en forma estable bajo el mismo techo, con una convivencia mayor a los dos años. Para recolectar los datos se efectúan entrevistas personales a la totalidad de las familias del área, en las cuales se realiza una encuesta con preguntas abiertas y cerradas, intentando encuestar simultáneamente a ambos miembros de la pareja con el objeto de eliminar, dentro de lo posible, la influencia recíproca. Un dato llamativo que surge de las entrevistas es el limitado alcance de la educación formal. En el caso de las mujeres se destaca el alto grado de analfabetismo (alcanza al 70,7%), y entre los varones, la dificultad para terminar los estudios: apenas el 3,5% tiene la primaria completa y ninguno tiene estudios secundarios, contra porcentajes del 10,3 y el 3,5 respectivamente para las mujeres. Ante este panorama es necesario adecuar la metodología en situaciones educativas: el empleo de folletos, hojas informativas y cualquier otro recurso escrito pierde toda su utilidad, y es necesario recurrir a “comparaciones o asociaciones simples de la vida cotidiana que no exijan abstracciones, incrementando el uso de audiovisuales y la enseñanza directa y personal” (Hidalgo de Ávila, 1974, p. 10).

Las respuestas a otra de las preguntas contradicen una afirmación que se sostiene desde principios de siglo, ligada a la emigración rural y al papel cumplido por las mujeres en este proceso. Ante la pregunta acerca de la predisposición al abandono del lugar de residencia como una oportunidad para alcanzar el nivel de ingresos deseados, la respuesta de varones y mujeres no varía significativamente: el 60,6% de los jefes de familia y el 63,8% de sus esposas es-

tarían dispuestos a alejarse de Los Médanos, ante la perspectiva de mejorar su nivel de vida actual. De todas formas, en el informe de la investigación se sostiene un argumento similar al esgrimido desde la época de Tomás Amadeo, responsabilizando a las mujeres del éxodo rural: al coincidir las respuestas de varones y mujeres, “hay una doble predisposición como factor positivo para el éxodo. Cabe pensar que, ante la posibilidad de abandonar la zona, las mujeres alentarán a sus esposos para hacerlo en más de la mitad de los casos” (Hidalgo de Ávila, 1974, pp. 13-14).

Una novedad de este estudio es que, a diferencia de los anteriores, se problematiza el lugar de las mujeres en las familias rurales, en términos del proceso de toma de decisiones y de la percepción que los propios miembros de la familia tienen sobre ellas. En cuanto a las decisiones sociales y económicas relacionadas con la familia y la empresa agropecuaria, en el marco del estudio se presentaron situaciones hipotéticas (diecisiete en total) ante las cuales debían elegir entre cuatro alternativas: decisiones tomadas sólo por el varón adulto, sólo por la mujer adulta, por la pareja en conjunto, y por la pareja con los hijos. Las respuestas son contundentes: los varones afirman tener el poder de decisión en soledad en todos los escenarios y las mujeres reconocen este poder, apenas buscando compartir la responsabilidad en cuanto a la partida de los hijos por motivos laborales, la participación de las propias mujeres en agrupaciones (como los Clubes del Hogar Rural), y el manejo de los ingresos producidos por la finca. Ante este dominio casi total de los varones, se postula la necesidad de interesarlos e involucrarlos en aquellas actividades realizadas por sus esposas y sus hijos, y al mismo tiempo el imperativo de capacitar a estos últimos para que puedan tomar sus propias decisiones.

Con respecto a la percepción del lugar de las mujeres dentro de las familias, un alto porcentaje de los entrevistados y las entrevistadas considera que se encuentran en un plano de igualdad con respecto a los varones. Curiosamente, es mayor el porcentaje de mujeres que considera que ocupan un lugar inferior al de sus maridos (32,8%, contra un 25,9% de hombres), pero también el de aquellas que se perciben en un lugar superior (17,2%, contra un 6,9% de hombres). Ante la pregunta acerca del salario que deberían recibir mujeres y varones por igual trabajo, una cuestión que sigue sin saldarse en la actualidad,¹⁵ la mayoría de las parejas consideran que el salario debe ser igual, pero un 12% de varones y un 20% de mujeres sostienen que las mujeres deben ganar algo menos; “para explicar estas últimas opiniones, llaman la atención comentarios tales como ‘por ser mujer’” (Hidalgo de Ávila, 1974, p. 46). En este mismo sentido, es prácticamente nula la competencia que ambos miembros de la pareja asignan a las mujeres para opinar en temas relacionados con política, manejo de la chacra y problemas comunitarios. Es por eso que las recomendaciones en esta área están dirigidas a crear conciencia sobre la importancia de la participación activa de las mujeres a nivel social, sobre todo en proyectos de promoción de la comunidad.

Más de tres lustros después de iniciado el Programa Hogar Rural, no sólo se sigue intentando mejorar el trabajo de extensión, sino que se discuten permanentemente las características que debería tener de acuerdo con la zona en la que se aplica. En este caso, las conclusiones van más lejos que en años anteriores en lo relativo al bajo nivel de

¹⁵Ver Paz (2019), Carranza y Alderete (2014), e INDEC y Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (2014).

ingreso de las familias, al notar que se encuentran en una situación de subsistencia y se ven obligadas a destinar la mayor parte de sus ingresos a la alimentación. Esta situación –posiblemente producto de un contexto nacional y regional de fragilidad económica e inestabilidad política– no puede ser revertida si la parte del ingreso que corresponde a las familias no sigue el ritmo de incremento que obtienen los precios del producto generado con su trabajo. En este sentido, es necesario corregir cuestiones estructurales a nivel socio-económico:

Urge analizar en profundidad la economía provincial y la estructura ocupacional agrícola, desde el punto de vista obrero y sus agremiaciones, del sector patronal y de los entes estatales competentes. La inercia ante la situación económica que revela el presente informe, contribuye a la despoblación paulatina y definitiva de vastas áreas de nuestro territorio (Hidalgo de Ávila, 1974, p. 50).

De todos modos, las iniciativas de extensión basadas en la investigación previa tienen una gran utilidad, siempre y cuando no se conciben como una mera difusión de tecnología o prácticas de economía doméstica, sino que tengan en cuenta e involucren al público al que van dirigidas. Si bien en el informe del estudio llevado a cabo en Los Médanos no se hace referencia al “desarrollo de la comunidad” y sí a la “organización” de la misma (una de las bases filosóficas del pensamiento peronista, nuevamente en el poder tras dieciocho años de proscripción), lo cierto es que ambas se logran únicamente “cuando el hombre no es un mero instrumento de una acción determinada, sino una persona que conociendo múltiples alternativas se torna capaz de optar y decidir, ejerciendo así mejor su libertad” (Hidalgo de Ávila, 1974, p. 1). Este es el objetivo del Programa Hogar Rural, y por extensión de los Clubes, que deben funcionar como espacios de desarrollo personal y comunitario.

| CAPÍTULO 2 |

El Programa Clubes del Hogar Rural entre 1958 y 1974

En su exposición en el Seminario de Economía Doméstica en Extensión Agrícola de 1960 acerca de la organización de un programa a nivel nacional, María Enriqueta Piangiarelli de Vicién (la Asesora Nacional de Clubes del Hogar Rural) sostiene que una de las principales necesidades de las familias para cumplir con su “misión en el medio rural” es la de una mejor instrucción, sobre todo en el caso de las mujeres. Las características del trabajo agrícola y el planeamiento de las tareas de manera ordenada requieren un determinado nivel de capacitación. Ya no alcanza con ser “una buena ama de casa”; las mujeres deben acompañar y aconsejar a los varones, y para ello es necesario “interesarla[s] en los trabajos de la explotación rural en general y en particular en los trabajos apropiados a su físico”, que participen en la dirección de la explotación, que conozcan el valor y manejo del dinero, teniendo una idea exacta del valor social del mismo, contabilizando gastos y formando fondos de previsión y ahorro. Las bases del Programa Hogar Rural, en funcionamiento desde 1958, deben contemplar estas necesidades para difundir y dar a conocer “a la[s] mujer[es] cuál puede ser su función en el hogar y en la explotación” (INTA, 1960, p. 93).

Como hemos visto, las políticas de extensión del INTA no se limitan a perseguir un aumento de la productividad de las explotaciones agropecuarias, sino que pretenden tener un impacto a nivel sociocultural, incluyendo en sus programas a sujetos relevantes del mundo

rural como las mujeres y las juventudes, con los que se trabaja de manera especializada por intermedio de los Clubes del Hogar Rural y 4-A respectivamente (Gárgano, 2017a; Gutiérrez, 2014). En el caso de los Clubes del Hogar Rural, el propósito es “establecer, a través del Servicio Nacional de Extensión Agropecuaria, una estructura nacional que permita la creación de espacios de socialización y debate para las mujeres del agro” (Ivickas Magallán, 2017). En sintonía con los objetivos generales de la extensión del INTA, el Programa Hogar Rural busca capacitar de manera integral a las mujeres “para la vida familiar y comunitaria, colaborando directamente en la tecnificación del agro, para el aumento del nivel de vida por una mayor producción, que se traduce en bienes económicos y sociales” (INTA, 1965, Prefacio). A lo largo de los años de duración del programa, distintas autoridades del INTA (los presidentes René Delpuch y Gastón P. Bordelois) y la Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación (el ingeniero agrónomo Walter Kugler) se encargan de reforzar el vínculo entre sus objetivos y las metas establecidas por el decreto-ley de creación del organismo (INTA, 1961a, p. 6, 1965, p. 10, 1967, p. 11), sosteniendo la búsqueda de “llevar al agro beneficios económicos y sociales”, “elevar eficientemente el nivel de vida de la población agraria” y que “en un futuro no lejano lleguen allí todos los beneficios” del progreso técnico-científico.

La idea no es crear “simples grupos de mujeres que por cualquier motivo esporádico se han reunido”, sino que se busca un desenvolvimiento de la personalidad de esas mujeres, a través del intercambio de experiencias vividas y compartidas, en el cual cada una trata de ir forjando un liderazgo para que haya una dinámica continua de superación (INTA, 1965, p. 8). La capacitación de las mujeres rurales es considerada imprescindible: sus beneficios superan ampliamente a

sus costos, ya que los esfuerzos orientados en este sentido tienen un impacto directo sobre el total del grupo familiar y comunitario. Si las mujeres están capacitadas, podrán ayudar a acrecentar los recursos, serán más eficientes en la administración de los bienes disponibles, podrán formar mejor a las nuevas generaciones, y descubrirán mayores alternativas en la toma de decisiones. Enfocado en el desarrollo sociocultural de las familias rurales, el programa busca transformar a cada lugar del país donde actúen los clubes en “centros que posibiliten a los miembros de la familia en el ejercicio de sus derechos, asumir sus propias responsabilidades y unirse a otros para lograr cooperativamente la concreción de sus aspiraciones” (INTA, 1970b, p. 8).

Más allá de la retórica modernizadora y el énfasis en el desarrollo personal y comunitario, los contenidos del Programa y la modalidad del trabajo de extensión del INTA (asistencia técnica para los varones, Hogar Rural para las mujeres) evidencian el objetivo de reafirmar la estructuración de género vigente en los ámbitos rurales. En un período marcado por el aumento de las migraciones a las ciudades (Recchini de Lattes y Lattes, 1969, 1975) y un creciente acceso de las mujeres urbanas al mercado de trabajo (Lobato, 2007), el interés por capacitar a las mujeres rurales no responde a una demostración de altruismo por parte de las autoridades gubernamentales (al menos no totalmente), sino más bien a la intención de sostener el orden jerárquico que caracteriza a las relaciones de género (Stølen, 2004), en un contexto en el que puede verse severamente cuestionado.

Los Clubes del Hogar Rural no son concebidos como una imposición por parte del INTA. La participación del organismo pretende ser exclusivamente orientadora: uno de los objetivos de esta política es que los clubes sean formados como consecuencia de un deseo de las

personas que sienten la necesidad de agruparse. En este sentido, son creados por las comunidades y pertenecen a ellas, no al INTA, y para que resulten realmente útiles es necesario que se desenvuelvan de manera independiente. Si bien es lógico que en sus comienzos reciban un apoyo mayor por parte de la institución, la idea es que con el correr del tiempo se desarrollen sin la tutela permanente del Instituto. En otras palabras, el deber del organismo es orientar a los grupos de mujeres, “pero no hacer lo que a ellos les corresponde, digamos ayudarlos a que se ayuden a sí mismos” (INTA, 1960, p. 90). En sintonía con las recomendaciones de Genevieve Feagin de Kallander (1962) en su informe traducido y publicado por el INTA que hemos analizado en el primer capítulo, y de manera novedosa con respecto a las iniciativas anteriores destinadas a las mujeres rurales, para que los clubes se desempeñen de manera autónoma es necesario descubrir los líderes en cada comunidad, aunque lo sean potencialmente. La independencia de los clubes (o al menos su pretensión) es fundamental para aumentar su número y expandirlos a todo el país, integrándolos a sus comunidades y tendiendo al desarrollo de las mismas.

Objetivos y formación de los clubes

En el acto de clausura de la Cuarta Convención Nacional de Clubes del Hogar Rural en 1965, la Asesora Nacional sostiene que la finalidad del Programa es lograr la elevación de la familia rural mediante una formación integral de las mujeres que incluya conocimientos económicos, sociales y culturales. El desarrollo de proyectos individuales y colectivos en los clubes es el vehículo para forjar esos elementos que se traducirán en un mayor bienestar y un nivel de vida digno.

En línea con los preceptos de la extensión del INTA elaborados por el ingeniero agrónomo Norberto Reichart (ver capítulo 1), Piangiarelli de Vicién plantea la importancia de no contemplar sólo el nivel de vida desde lo económico, ya que así no se alcanzará el verdadero desarrollo: “para que la humanidad en su conjunto sea mejor, debemos fijarnos como meta el desarrollo integral de los seres humanos. Progresar en lo físico, y en lo espiritual, en lo económico y lo cultural, crecer en todo sentido” (INTA, 1965, p. 83). De esta manera, la extensión no puede limitarse a la transferencia de tecnología y al contacto entre técnicos y productores, sino que es necesario promover la formación de lazos comunitarios. En el caso del Programa Hogar Rural, se postula que gracias al encuentro con otras mujeres es posible superar las deficiencias que se sufren en el campo, incentivando la gestión de los propios sujetos de sus (pobres) condiciones de vida. Estas deficiencias no pueden ser vencidas con esfuerzos aislados: según la Asesora Nacional, “cada una sola puede poco, todas unidas podemos muchísimo” (INTA, 1965, p. 83).

Algunos años más tarde, en una exposición realizada en la Reunión de Extensión Rural de junio de 1971 en la Estación Experimental Regional Agropecuaria (EERA) de Paraná, Piangiarelli de Vicién reafirma que el desarrollo agropecuario del país no depende exclusivamente de factores económicos como el aumento de la producción agropecuaria y el incremento de los ingresos, sino que debe alcanzarse también un desarrollo a nivel social y cultural. “Si la filosofía del trabajo de extensión, es el mejoramiento del productor, su familia y la comunidad, es necesario dar igual importancia a la tecnificación del campo y a la promoción del individuo: hombres, mujeres y jóvenes” (Piangiarelli de Vicién, 1972b, p. 2). El desarrollo económico no puede ser alcanzado únicamente enseñando cómo producir más, debido a que un pro-

ductor no puede ser eficiente si sufre problemas de bienestar que no están siendo considerados.

Para comprender la relevancia que se le otorga a la extensión orientada hacia las mujeres debemos retomar la idea de “conceptos normativos” formulada por Scott (2008) para referirse a uno de los elementos que implica la noción de género. Estos conceptos, expresados en las doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas, adquieren la forma de oposiciones binarias fijas y “afirman de forma categórica e inequívoca el sentido de hombre y mujer, de lo masculino y lo femenino” (Scott, 2008, p. 66). Estos juicios normativos dependen del rechazo o de la represión de otras posibilidades alternativas, pero para que funcionen adecuadamente la posición dominante debe quedar establecida como la única posible. En este sentido, cuando se afirma que “la mujer es el eje en torno al cual se mueve la familia: [...] es la educadora natural de los hijos; es la que conduce el hogar y le da fuerzas para renovar aptitudes positivas hacia la familia y la comunidad” (Piangiarelli de Vicién, 1972b, p. 1), no sólo se busca construir sentidos acerca del lugar de las mujeres en las familias rurales, sino que al mismo tiempo se clausuran otras posibilidades y se oculta la disputa en torno a los conceptos normativos.

Los clubes proveen a las mujeres de un bien considerado escaso en el medio rural: un espacio de capacitación y formación para que puedan “desenvolverse al máximo y en forma eficaz en la vida del hogar y la comunidad” (Piangiarelli de Vicién, 1972b, p. 3). Se busca de esta manera paliar las deficiencias culturales y sociales que impiden alcanzar un nivel aceptable de bienestar en el campo, al entender que éste es uno de los principales motivos por el cual las mujeres tienden a migrar hacia centros urbanos (DPE, s/f; Holubica, 1988;

Recchini de Lattes y Lattes, 1969, 1975; Rothman, 1967). De acuerdo con Piangiarelli de Vicién, la participación de las mujeres en los Clubes del Hogar Rural, la solución de problemas fundamentales de las familias y la capacitación en diversos temas con un fuerte acento en lo agrario son elementos que promueven el arraigo de las mujeres y sus familias en el campo.

Para evitar el éxodo, el INTA busca transformar cada rincón del país estimulando la participación femenina en el desarrollo de las comunidades, promoviendo la agrupación de mujeres que tratan de buscar soluciones a sus problemas (y los de su entorno) con la asesoría de los extensionistas, cuya labor analizaremos más adelante en este capítulo. El ámbito elegido para la realización de este ideal es el de los Clubes del Hogar Rural, que de acuerdo con su estatuto agrupan a “señoras y señoras mayores de 18 años con el objeto de intercambiar ideas sobre actividades comunitarias y de la familia en todos sus aspectos, y capacitarse como participantes activos del proceso de desarrollo del país” (INTA, 1970c, p. 3). En última instancia se busca que las socias “sean útiles a su hogar y en consecuencia al país”, pero en sintonía con las declaraciones de Piangiarelli de Vicién el foco no está puesto en el aspecto económico del desarrollo, sino más bien en un tipo de crecimiento menos tangible. Se busca “despertar sus inquietudes y fomentar la vocación por la vida rural”, impulsar “reuniones de carácter cultural y social que permitan el acercamiento espiritual, el estrechamiento de vínculos amistosos y el mejoramiento de la comunidad rural”, y “promover y alentar toda iniciativa que tienda a elevar los conocimientos de [las] asociadas en procura de su perfeccionamiento” (INTA, 1970c, pp. 3-4), intentando superar el aislamiento característico de la vida rural debido a deficiencias en transporte y comunicación.

Poco tiempo después de su asunción como Presidente del INTA, el ingeniero agrónomo René Delpech¹⁶ reafirma uno de los conceptos fundamentales del trabajo de extensión, que marca el desarrollo del Programa Hogar Rural y el proceso de formación de los clubes. En su intervención en la Segunda Convención Nacional de Clubes del Hogar Rural, uno de sus primeros actos públicos como presidente de la institución, Delpech sostiene que, si bien el Estado debe promover el desarrollo económico, “no es quien debe hacer, sino facilitar que se haga”; en este sentido, desde el INTA se busca “desarrollar el espíritu de comunidad, para que los grupos de personas hallen ellos mismos la solución de sus problemas, y trabajen eficientemente para ello” (INTA, 1961a, p. 6). En el marco del Programa, esta visión del rol del Estado se traduce en una advertencia a las extensionistas, quienes trabajan en el terreno: los clubes no son una creación del INTA, sino que deben surgir necesariamente de un deseo de las mujeres de solucionar sus problemas mediante el encuentro y la asociación.

Las recomendaciones básicas de la Asesoría Nacional de Hogar Rural a las extensionistas con respecto a la formación de grupos de mujeres se encuentran en un folleto titulado “Plan de formación de Clubes del Hogar Rural” (INTA, 1962). En estas páginas destinadas a las asesoras se detallan seis pasos a seguir para la creación de un nuevo club en aquellas zonas en las que aún no exista uno. En cada uno de estos pasos se repite enfáticamente la misma indicación: la función de la asesora no es promocionar a los clubes ni sugerir la

¹⁶*Master of Science* en Economía Agrícola por la Universidad de Cornell (Estados Unidos), Delpech ocupa la presidencia del INTA desde el 6 de septiembre de 1961 hasta el 20 de octubre de 1963.

fundación de uno, sino que la iniciativa siempre debe surgir de las propias mujeres.

En primer lugar, se sugiere la realización de una recorrida de la comunidad para tomar contacto con las potenciales socias y con organizaciones locales, con el objetivo de conocer la ubicación de los distintos predios, obtener una idea de los principales problemas de la comunidad, y conocer qué medios utiliza la comunidad para informarse. Se destaca en mayúsculas que la asesora no debe hacer mención alguna a las vecinas sobre la formación de un Club, únicamente debe preocuparse por los problemas de las familias rurales. Tampoco debe hacerlo en el segundo paso, que consiste en una nueva recorrida por la comunidad, una vez determinados los problemas que la aquejan. Lo que sí puede hacer es sugerir que una solución posible a esos problemas es la asociación entre mujeres. En estas visitas las extensionistas deben reconocer a las “líderes en potencia”, aquellas vecinas que gozan de mejor reputación, tienen más amistades o son más respetadas por la comunidad.

Una vez establecida la lista de líderes potenciales, el tercer paso consiste en hablar con ellas respecto del resultado que los CHR han tenido en otros lugares, y observar si hay interés en formar uno en la zona. En el caso de que sea así, la asesora debe ser cuidadosa. Ante los ojos de la comunidad no debe ser ella la responsable de la organización del club, sino que este papel les corresponde a las líderes potenciales; “así estará deseosa la comunidad y se sentirá orgullosa de cualquier éxito” (INTA, 1962). A continuación, la extensionista debe realizar una reunión con las líderes en la que se las instruye acerca del modo de impulsar a la comunidad a asociarse, y se realiza una demostración para que “las líderes tengan oportunidad de esparcir en la comunidad la idea de que la asesora ‘sabe’ algo nuevo para ellas”. De esta manera, las autoridades

del Programa buscan crear en las potenciales socias el deseo de formación de un club, sin tener que realizar la propuesta de manera explícita. En este sentido, se afirma que las mujeres deben quedar convencidas de que “el resultado de la formación o no de un club depende de ellas y no de la asesora”, que “la asesora les presta a ellas un servicio y no ellas a la asesora”, y que “la asesora trabaja con ellas y no para ellas”.

La misma intención se ve reflejada en la descripción del paso siguiente, que consiste en una nueva demostración por parte de la asesora, esta vez abierta a toda la comunidad. Allí se afirma que la extensionista debe intentar “indirectamente, [que] las asistentes se den cuenta de que hay organizaciones denominadas clubes que están funcionando en beneficio de las comunidades”. Si el número de asistentes es representativo de la zona de trabajo, la asesora “creará ambiente” para la formación del club en una próxima reunión. En consonancia con lo expresado anteriormente, las citaciones para esa nueva reunión las debe realizar un comité provisorio y no la asesora, para no dar la impresión de que ella está formando el club. En el folleto se afirma que la extensionista sólo presta apoyo a la idea de la comunidad, que, al conocer las ventajas de asociarse, determina la fundación de un nuevo club. En este sentido podemos marcar un contraste entre los dos tipos de extensión del INTA: la rama “técnica” orientada al trabajo con los varones adultos, y la rama más “social” orientada al trabajo con mujeres y jóvenes (Club del Hogar Rural y 4-A). Mientras que la primera se basa en la legitimidad del saber de los ingenieros agrónomos como expertos en su campo (aunque su transferencia no siempre sea directa ni unidireccional), en la segunda existe un margen mayor de negociación entre los saberes de las técnicas y de las socias. Si bien persiguen objetivos divergentes, es difícil afirmar con certeza cuál de los dos enfoques resulta más exitoso.

De todas formas, es muy probable que estas recomendaciones no siempre hayan sido acatadas al pie de la letra por las asesoras del Hogar Rural, pero no caben dudas de que su espíritu está en sintonía con la idea de ayudar a la comunidad a ayudarse a sí misma, presente en los principios de extensión del Instituto. Una vez creados, los clubes deben ajustarse al estatuto y reglamento definido por el INTA, aunque parcialmente consensuado con las socias asistentes a la Segunda Convención Nacional de Clubes del Hogar Rural, en la que se discuten las funciones y deberes de la Comisión Directiva y otros temas relativos al funcionamiento de los grupos. De acuerdo con el estatuto, pueden ser socias “todas las señoras y señoritas mayores de 18 años que expresen sus deseos de llevar a cabo trabajos relacionados con el hogar y actividades agrarias y de la comunidad” (INTA, 1970c, p. 4). No deben abonar cuota alguna para asociarse, pero su permanencia en el Club es condicional durante el primer año. Si cumplen con los requisitos establecidos, al finalizar ese año se les entrega un diploma que las acredita como socias plenas. Todas las socias deben concurrir a las reuniones demostrativas que se realizan de manera quincenal o mensual, para informar sobre la marcha de los trabajos que llevan adelante y recibir instrucciones; quienes no puedan concurrir deben informar a la presidenta del club el motivo de su ausencia, pudiendo quedar excluidas del mismo las socias que no justifiquen cinco faltas consecutivas.

La Comisión Directiva de los clubes, formada por seis miembros (presidenta, secretaria, tesorera y tres vocales), es elegida por voto secreto y es renovada por mitades anualmente en la asamblea general, en la que también se tratan el informe anual y los planes de trabajos para el año siguiente. En el caso de que un club deje de funcionar, sus bienes pasan a otro club del Hogar Rural o 4-A de la zona. Si éstos no

existieran, obedeciendo a la lógica del cuidado como responsabilidad femenina, se distribuyen los bienes en espacios generalmente manejados por mujeres: “las Sociedades Cooperadoras de las escuelas de la localidad, Sala de Maternidad y Sala de Primeros Auxilios” (INTA, 1970c, p. 7). El estatuto descrito debe ser aplicado sin distinción en todo el país, pero los clubes pueden realizarle modificaciones, siempre y cuando tengan la aprobación de la AEA que los asesora, y la conformidad de las tres cuartas partes de sus asociadas. En el mismo sentido, cualquier situación no prevista en el estatuto puede ser elevada para su consideración y solución a la AEA, por lo que en última instancia el poder reside en el INTA, más allá de la pretendida independencia de los CHR.

En cuanto al reglamento establecido por el Instituto, principalmente se encarga de delimitar las funciones de la Comisión Directiva y sus integrantes. En este sentido plantea una jerarquía bien delimitada, que está en consonancia con la intención de fomentar los liderazgos locales de las mujeres que conforman los clubes. La presidenta debe representar al CHR en todos los actos, presidir las reuniones, preparar el informe anual (junto a la secretaria) y el balance (junto a la tesorera), e informar a la asesora sobre la marcha del club y los proyectos sugeridos por las socias. La secretaria es la encargada de llevar al día el registro de socias y el libro de actas, avisar a las socias sobre los días y horas de las reuniones, llevar la correspondencia del club, y reemplazar a la presidenta en su ausencia con los mismos deberes y atribuciones. La tesorera es responsable de custodiar todos los fondos que ingresen al club, y de presentar mensualmente una relación de los ingresos y gastos generados.

En conjunto, los miembros de la comisión tienen la responsabilidad de dirigir y orientar las actividades del club (con la colaboración de la

asesora), realizar las reuniones mensuales, preparar la exposición anual y redactar el informe anual y el balance de actividades. Con respecto a las socias, los únicos deberes que les son asignados por el reglamento son la realización de un trabajo de mejoramiento del Hogar Rural (sin especificar en qué consiste ese trabajo), la asistencia a las reuniones para recibir las indicaciones necesarias y la participación activa en esas reuniones.

La valoración del programa en los distintos informes del INTA es positiva desde los inicios del mismo. Aunque admite no estar “en condiciones de ofrecer [...] una verdadera evaluación de resultados demostrativa del progreso logrado” (INTA, 1960, p. 91), el ingeniero agrónomo Luis Castelli¹⁷ afirma que la acción es muy bien recibida por las amas de casa. En algunas zonas la aceptación supera a la asistencia técnica a los productores, lo que Castelli considera “inexplicable” ya que se trata de un terreno nuevo de acción: “A la mujer de campo prácticamente nunca se había llegado en forma continuada, es más, posiblemente sea una de las primeras veces que se van a escuchar sus problemas y sus deseos, y se le abre un panorama de mejoramiento”. Si bien el técnico omite las políticas de enseñanza agrícola extensiva para mujeres desarrolladas en la primera mitad del siglo XX, es cierto que la metodología de trabajo es innovadora con respecto a las iniciativas pasadas. Por supuesto, la novedad metodológica no implica que la propuesta sea necesariamente superadora: los presupuestos de género que orientan los lineamientos de esta política y las actividades ofrecidas a las mujeres no difieren sustancialmente, más allá de la promoción de liderazgos.

¹⁷En el informe citado no se aclara la función que cumple Castelli dentro del organigrama del Instituto cuando se celebra el seminario. Posteriormente, luego de graduarse como *Master of Science* en la Universidad de Cornell, desde mediados de la década de los '60 se desempeña como Director Asistente en Extensión y Fomento Agropecuario del INTA.

En cuanto al éxito del programa, el aumento continuo y sostenido en el número de CHR y de socias parece justificar la afirmación y el optimismo de Castelli (**Tabla 2**).

Tabla 2. Evolución del número de asesoras de Hogar Rural, CHR y socias, 1958-1972

Año	Asesoras HR	Clubes HR	Socias
1958	20	18	677
1959	52	23	1.097
1960	64	34	2.500
1961	87	66	2.570
1962	115	212	4.500
1963	109	310	4.970
1964	127	362	5.620
1965	136	386	6.557
1966	171	439	8.570
1967	184	500	11.000
1968	128	562	10.605
1969	130	522	10.345
1970	141	597	10.800
1971	134	569	10.172
1972 (1° semestre)	129	622	10.600

Fuente: Piangiarelli de Vicién, 1972a, pp. 8-9.

La promoción de los clubes desde la Asesoría Nacional de Hogar Rural, comandada por Piangiarelli de Vicién, es constante. En el marco de la Cuarta Convención Nacional de 1965, la ingeniera agrónoma sostiene que “siempre hay motivos fundamentales para que las mujeres, sea cual fuere su situación económica o social, se reúnan en los Clubes del Hogar

Rural para resolver problemas propios y problemas de los demás” (INTA, 1965, p. 8). Los clubes existentes deben tener continuidad, y en todos los rincones del área rural deben promoverse y constituirse “grupos de mujeres que quieran tomar sobre sí esta magnífica oportunidad de ayudarse y ayudar”. En este sentido, el mejoramiento de la comunidad se convierte en una nueva responsabilidad que deben atender las mujeres, y que se suma a la reproducción biológica, cotidiana y social de la familia, y al trabajo extra-doméstico o en la propia producción. Este triple rol, que se traduce en una triple jornada laboral, no sólo no se cuestiona, sino que es activamente promovido desde la Jefatura del Programa.

La metodología de trabajo y el rol de las extensionistas

En el desarrollo de los clubes es muy importante el trabajo llevado a cabo por las extensionistas o asesoras del Hogar Rural. Como señala Talía Gutiérrez (2014), la tarea realizada por estas mujeres tiene muchas aristas docentes; la formación básica requerida es el magisterio, y en los primeros años la mayoría de las asesoras de los clubes tienen el título de maestras normales. En este período no se les exige un alto grado de capacitación técnica. Sin embargo, con el transcurso del tiempo las extensionistas comienzan a temer que las socias requieran una formación mayor que la que ellas puedan suministrarles. En el marco de un estudio de evaluación del Programa Hogar Rural desarrollado por la consultora técnica Aleta McDowell Crawford, las asesoras indican que necesitan “perfeccionar sus conocimientos científicos para solucionar las dificultades suscitadas en los hogares” (INTA, 1964, p. 16).

Los resultados de la encuesta realizada a 55 asesoras refuerzan esta noción, ya que si bien cuentan con una buena preparación en filosofía de

extensión y métodos de enseñanza, muchas carecen de una capacitación adecuada en economía doméstica.¹⁸ Una de las conclusiones de la realizadora del estudio es que el progreso de las familias rurales podría acelerarse si el personal del INTA estuviera mejor preparado técnicamente desde antes de ingresar al Instituto, y si fuera permanentemente capacitado para diseminar enseñanzas de un modo más directo y en relación con las necesidades de las familias rurales. En este sentido, en los años siguientes se incorporan al Programa Hogar Rural extensionistas con otras profesiones: durante el primer trimestre de 1971 el programa cuenta con licenciadas en ciencia política, asistentes y trabajadoras sociales, educadoras sanitarias, una médica veterinaria, y numerosas profesoras y asistentes del Hogar Agrícola egresadas del Instituto Superior Tomás Amadeo, inaugurado en 1948 en Bolívar, dependiente de la Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación (Piangiarelli de Vicién, 1972b, p. 5).

Alejandra de Arce (2017) sostiene que, a lo largo del siglo XX, son pocas las mujeres que logran integrarse entre los expertos y técnicos estatales en los proyectos de extensión agropecuaria. Sin embargo, “en algunos casos, las mismas concepciones de género permiten el desarrollo profesional de las ingenieras agrónomas en espacios ‘pensados como femeninos’, como lo son la educación y la economía doméstica” (de Arce, 2017, p. 13). En este sentido, el caso del INTA es paradigmático: mientras que las autoridades del organismo y la mayoría de los ingenieros y técnicos ligados a la generación y difusión de tecnología son hombres, la única dirección que está a cargo de una mujer es la de Hogar Rural (la mencionada María Enriqueta P. de Vicién) y las asesoras que se desempeñan bajo su mando son todas mujeres. Son

¹⁸Ver Cuadros I y II en INTA, 1964, pp. 17-18.

ellas las encargadas de la asistencia social y cultural de sus congéneres, a quienes deben movilizar para que formen a los CHR.

Según los lineamientos del Servicio Nacional de Extensión, en cada una de las Agencias de Extensión Agropecuaria (AEA) debe trabajar, al menos, un asesor técnico, una asesora del Hogar Rural y un asesor de Juventud Rural (encargado de los Clubes 4-A). Sin embargo, como detallan de Arce y Salomón, “uno de los primeros problemas que enfrentó el Instituto para cumplir con estos lineamientos es la escasez de personal formado para atender todos los requerimientos regionales” (2018, pp. 13-14), por lo que la capacitación del personal se convierte en una de las principales líneas de acción. De todos modos, una década y media después de la creación del INTA ese problema todavía no alcanza una solución, ya que en el primer trimestre de 1971 el organismo cuenta con 134 asesoras del Hogar Rural distribuidas en 199 AEA (Piangiarelli de Vicién, 1972b, p. 9). Al año siguiente la situación empeora: para el primer semestre de 1972 el número de asesoras se reduce a 129, mientras aumentan la cantidad de Clubes del Hogar Rural (de 569 a 622) y de socias (de 10.172 a 10.600) (Piangiarelli de Vicién, 1972a, p. 8). El contraste entre este déficit y el crecimiento sostenido del personal de planta del INTA (entre 1958 y 1974 hay un incremento neto de 181 trabajadores por año (Pellegrini, 2014, p. 108) parece indicar que el Programa no era una prioridad para la Dirección Nacional, al menos en términos de recursos humanos.

De acuerdo con sus principios y objetivos, la modalidad de trabajo de los CHR y 4-A no tiene en cuenta las particularidades de la estructura social agraria, ya que “presupone una homogénea factibilidad de aplicación de las políticas para todas las regiones y producciones” (de Arce y Salomón, 2018, p. 11). Sin embargo, el trabajo llevado a cabo en el terre-

no y la capacidad de adaptación de los y las extensionistas a la realidad que los rodea, les permite trascender los lineamientos del programa y establecer importantes vínculos comunitarios con sus interlocutores. Los testimonios de algunas asesoras de Hogar Rural nos permiten conocer más de cerca el funcionamiento efectivo de los clubes.

Marta Rossini, quien inicia su labor en el INTA en 1966 como asesora de Hogar Rural en Santa Fe, sostiene que la idea del trabajo de extensión es mejorar la calidad de vida de la familia rural. Hasta principios de la década de los '70 la estrategia utilizada apunta a la promoción del arraigo de la familia a la tierra. En las reuniones de los clubes, realizadas una vez por mes, Rossini destaca “el clima de interés que se llegaba a generar en las familias que integran los diferentes grupos cuando comprendían la importancia de lo que podían hacer” (Moscatelli y Tomino, 2006, pp. 190–191), por ejemplo, en cuanto a la conservación de alimentos, la utilización de los excedentes de la huerta, o lo que pasa con los productos que se le entregan a un acopiador.

Por su parte, Beti Braicovich, una maestra que se incorpora al Programa como asesora a mediados de los años sesenta, describe las reuniones de los clubes dependientes de la EEA Bordenave (sudoeste de la provincia de Buenos Aires). En ellas “las actividades domésticas se alternaban con charlas, proyecciones de películas con consejos para el chacarero y la chacarera, discusiones y reuniones de trabajo. Desde el INTA se cumplían funciones muy variadas, como acercar informaciones” hasta aportar la camioneta para pasar a buscar a las socias (Gutiérrez, 2014, p. 233). Algunos temas técnicos se combinan con conversaciones informales, ya que para las mujeres se trata de un momento de sociabilidad muy esperado. De todas formas, según Braicovich la división de género que caracteriza a las actividades es muy marcada: aunque ella intenta-

ra encarar iniciativas que mejoraran la vida rural y la comunidad, “sin someterse tanto al determinante de género, la formación misma de las mujeres las llevaba a proponer actividades atribuidas tradicionalmente al sector femenino” (Gutiérrez, 2014, p. 234).

El desarrollo del programa no está exento de obstáculos cuya diversidad es comprensible si tenemos en cuenta la amplia variedad de territorios en los cuales surgen los clubes, una característica que excede el marco de la iniciativa y que atraviesa a toda la configuración de actividades del INTA. Ante estas dificultades cobra una relevancia aún mayor la labor de las extensionistas, cuya cercanía con el territorio y las interacciones sociales en los ámbitos familiar y comunitario, les provee de información vital para fijar los objetivos de su propio accionar. Como sostienen de Arce y Salomón (2018), los informes y seminarios son algunos de los mecanismos mediante los cuales los y las extensionistas del INTA mantienen informados a sus superiores acerca de sus actividades operativas. El balance de las actividades suele ser ampliamente positivo, como es de prever, pero esto no implica que se oculten o ignoren las dificultades que se plantean en el trabajo diario en el terreno, en un contexto de recuperación del agro pampeano (la producción cerealera aumenta en términos de superficie y mejora sus rendimientos), disparidad regional, y una marcada disminución de la población rural, en términos absolutos y relativos (Barsky y Gelman, 2009).

A fines de la década de los '60, después de más de diez años de desarrollo del Programa Hogar Rural, las asesoras comienzan a manifestar su interés por la realización de una reunión a nivel nacional para discutir algunas cuestiones relacionadas con la conceptualización de los clubes y la función de las extensionistas. Esta inquietud alcanza a

las supervisoras de las nuevas Estaciones Experimentales Regionales Agropecuarias,¹⁹ quienes en la Reunión de Supervisión de 1970 acuerdan la realización de un Seminario Nacional de Extensión en Hogar Rural al año siguiente. Por cuestiones operativas, no es posible realizar un encuentro a nivel nacional con todas las extensionistas; en cambio, éstas participan en encuentros regionales en cada una de las EERA, cuyas conclusiones son luego utilizadas para confeccionar los documentos de trabajo del Seminario Nacional. En este evento se discuten los obstáculos a los cuales deben enfrentarse las extensionistas, y se vislumbra cómo entienden su propio trabajo las encargadas de llevar el Programa a la práctica.

La Jefa de Extensión en Hogar Rural, la Ing. Agr. María Enriqueta Piangiarelli de Vicién, destaca la participación de las asesoras en las reuniones realizadas a nivel regional, tanto por su gran número como por el entusiasmo demostrado. Sin embargo, al mismo tiempo que elogia a las extensionistas por su “deseo de aportar experiencias para mejorar en todos los aspectos este trabajo [...] que llevan a cabo en las comunidades rurales” (INTA, 1972, p. 5), realiza una velada crítica por la falta de reconocimiento de dicha labor, al sugerir que muchas veces es poco valorada y en ocasiones directamente desconocida (sin mencionarlo directamente, parece aludir a la propia Dirección del INTA). A continuación, refuerza el engrandecimiento de la misión de “ese grupo de mujeres

¹⁹A fines de la década de los '60 se modifica el organigrama del INTA: los Centros Regionales son eliminados y sus funciones son absorbidas por las EEA más importantes de cada territorio, que pasan a ser denominadas Estaciones Experimentales Regionales Agropecuarias (EERA). Debido al aumento de Clubes, socias y asesoras del Hogar Rural, cada una de estas EERA cuenta con una o más supervisoras, encargadas de coordinar el funcionamiento del Programa en su región.

que tienen grabado en su espíritu la certeza de que, mejorando las condiciones de la mujer rural y su familia, están construyendo las bases que llevarán al país al pleno desarrollo” (INTA, 1972, p. 5).

El Seminario de Extensión en Hogar Rural se lleva a cabo en la ciudad de Buenos Aires el 17 y 18 de noviembre de 1971, en un contexto signado por el aumento de la conflictividad social y de los reclamos por la apertura democrática, tras más de cinco años de gobierno militar. Los temas que se tratan son los objetivos de los CHR y la función de las extensionistas en su promoción. Además de Piangiarelli de Vicién, quien coordina el encuentro, participan del Seminario representantes de casi todas las EERA (Mendoza, Paraná y San Carlos de Bariloche no envían delegadas al seminario, aunque no se deja constancia del motivo de las ausencias), especialistas en nutrición humana, educación sanitaria y administración del hogar, y tres observadoras. En consonancia con la división sexual del extensionismo del INTA, no sólo en términos de los destinatarios de la política sino también de los propios extensionistas, 19 de las 20 participantes son mujeres.

Los participantes son divididos en dos grupos de trabajo en los que se discuten los documentos elaborados a partir de las conclusiones de las reuniones regionales. En éstos se hace referencia a diferentes temas, como la conceptualización y las problemáticas de los Clubes, su integración en el desarrollo de las comunidades, la revisión de la metodología de Hogar Rural, y algunas consideraciones generales de las extensionistas sobre su propio trabajo. Los documentos de trabajo y las conclusiones de los grupos acerca de ellos se ven plasmados en un informe publicado por el INTA en abril de 1972.

En este sentido, comprendemos que no estamos escuchando directamente las voces de las asesoras, sino que éstas nos llegan después

de haber transitado un largo camino en el que pueden haber sufrido alteraciones y reescrituras por parte de las autoridades del Programa. De todos modos, consideramos que en los documentos de trabajo podemos encontrar indicios acerca de las preocupaciones de las extensionistas, de las dificultades a las cuales deben enfrentarse, y de sus reflexiones acerca de su propio accionar y de cómo mejorarlo.

En los documentos, elaborados por el Servicio Nacional de Hogar Rural, los clubes son definidos como grupos voluntarios que actúan como agentes educativos que participan en la formación integral de las mujeres en las áreas rurales y las capacitan para un desempeño eficaz de sus actividades (tanto en el hogar como en la explotación y en su comunidad), fomentando la idea del trabajo mancomunado para lograr cambios que se traduzcan en un mayor bienestar general. Los clubes son bien recibidos por las socias, quienes no sólo aprovechan los elementos que reciben para actuar en forma más abierta y decidida, sino que comienzan a generar expectativas en torno al Programa y a realizar exigencias al mismo. Además de promover y estimular el desarrollo de la personalidad de sus miembros, los clubes ofrecen a las mujeres del agro la oportunidad de reunirse y actuar en conjunto en procura de objetivos comunes.

Es posible que las extensionistas se encuentren con grupos femeninos ya formados en las comunidades a las que se dirigen, aunque estos son definidos como “vacíos de contenido y de objetivos precisos” (INTA, 1972, p. 15). Si bien en la mayor parte de las EERA se establece como norma dar apoyo y asesoramiento a estos grupos cuando lo requieran, aunque no formen parte del Programa, las extensionistas consideran que el trabajo con los clubes como grupos organizados y formales ofrece múltiples ventajas sobre el asesoramiento esporádico.

Por esta razón el énfasis debe estar puesto en la promoción, organización y formalización de los clubes como ejes de la capacitación de la mujer rural y germen del desarrollo comunitario, ya que su existencia

[...] facilita la concentración de las actividades de la extensionista, favorece la difusión de la imagen del INTA como institución al servicio de la familia rural, y da lugar a proyectar a las comunidades rurales, la materialización de los esfuerzos en procura de la elevación de su nivel de vida (INTA, 1972, p. 14).

Una de las dificultades que pueden afectar el desarrollo de un club es el estancamiento debido a la falta de perspectivas futuras y de un estímulo concreto para las socias, lo que genera un debilitamiento de su interés y de su participación. Para evitar este problema, las extensionistas sugieren no enfocarse únicamente en las prácticas manuales, ya que los clubes que priorizan estas actividades por sobre otras suelen decaer después de dos o tres años de funcionamiento. En cambio, es necesario promover acciones grupales que permitan satisfacer una necesidad manifiesta, lograr un impacto social y medir rápidamente los resultados. En este sentido, con la realización de proyectos comunitarios “cada socia puede tomar conciencia de su propio valor, confianza en los esfuerzos compartidos y seguridad en sus propias fuerzas y las de los demás”, lo que inevitablemente conduce a un fortalecimiento de las integrantes y, por extensión, del propio club.

Otros problemas a los que se refieren las extensionistas son aquellos que no acontecen a nivel de los clubes, sino que tienen que ver con cuestiones institucionales y estructurales que están fuera de su control. Sin embargo, esto no impide que hagan un reclamo con la esperanza de modificar estas situaciones, sobre todo aquellas relativas al INTA y a la dirección del programa. Con respecto a los problemas

estructurales, se hace referencia a la crisis del sistema político-económico, el régimen de tenencia de la tierra y el difícil acceso al crédito, el éxodo y movilidad de la población rural, y la carestía de la vida “que crea a la mujer la necesidad de aportar cada vez más su mano de obra en tareas rurales” (INTA, 1972, p. 21). Ante estas dificultades, el documento concluye que las extensionistas pueden crear conciencia de la situación, interesar a los sectores competentes en la búsqueda de soluciones, y disponer a quienes padecen el problema hacia la acción individual y cooperativa. Si bien no se incentiva de manera explícita la militancia política, sí se fomenta el involucramiento en la realidad del país y la posibilidad de cambiarlo, aunque la magnitud de algunos problemas exceda el marco de acción del Programa.

En cuanto a los problemas institucionales, es probable que estos reclamos sean compartidos tanto por las asesoras del Hogar Rural, como por las autoridades del programa reunidas en el seminario. Las cuestiones que se denuncian tienen que ver con la falta de información proveniente de investigaciones que avalen los programas; la inexistencia de un adecuado servicio de evaluación, de acuerdo con los objetivos de programación vigente, que refleje el grado de eficiencia del Servicio de Extensión, no sólo en cuanto a los métodos utilizados sino principalmente a los cambios logrados y los recursos invertidos; y los pedidos de capacitación adecuada a los programas en ejecución, y de apoyo de especialistas para encarar planes referidos a problemas específicos de cada realidad local.

El énfasis puesto en la solución de problemas locales no es casual. El trabajo de extensión en Hogar Rural tiene como objetivo producir cambios en las mujeres rurales en su “triple faz”: como persona, como miembro de una familia, y como integrante de una comunidad. “En el desarrollo de toda comunidad local, cabe un gran papel a la familia

y por ello a la mujer, pues siendo ésta factor fundamental en la vida familiar, también lo es en la comunidad” (INTA, 1972, p. 27). Podemos interpretar estas palabras como una utilización del “ideal de mujer doméstica” como estrategia de promoción de la mujer, de acuerdo con lo postulado por Nari (2004, p. 71), quien afirma que lo “doméstico” puede entenderse como un espacio de acción extensible a la sociedad, ya que la familia es su base. Mientras tanto, en el ámbito urbano las mujeres continúan incorporándose al mercado de trabajo remunerado; quizás uno de los motivos del ensayo de esta estrategia por parte del INTA.

La labor de las extensionistas consiste en lograr que las mujeres rurales valoricen su capacidad para descubrir y plantear problemas, y que formen un juicio crítico para una mejor resolución de los mismos, priorizando la acción colectiva. De esta manera, no sólo logran tomar conciencia de sus responsabilidades, sino que uniéndose a otros grupos organizados pueden incorporarse al desarrollo de la comunidad en pos del mejoramiento de las condiciones económicas, sociales, culturales y humanas de la misma. Como grupos formales de la comunidad, los clubes pueden coordinar acciones con otros grupos y organizaciones para elaborar en común planes de gran envergadura. Si bien se pueden presentar dificultades y su realización no siempre es rápida, los programas integrados permiten aumentar los recursos y utilizarlos más racionalmente. De esta manera es posible planear y ejecutar obras de mayor proyección,²⁰ que contribuyen al

²⁰Entre las obras realizadas se citan las siguientes: “proyectos de alumbrado público y domiciliario; provisión de agua potable a nivel familiar y comunitario; creación de cooperativas de trabajo y consumo; vivienda, obras y servicios públicos; mutuales farmacéuticas; instalación y atención de guarderías infantiles; salas de primeros auxilios y estafetas postales; mejoramiento de caminos; construcción de refugios peatonales;

desarrollo de la comunidad y al mismo tiempo les otorgan prestigio a los clubes.

La metodología del trabajo de extensión es otro de los temas discutidos en el seminario. La importancia de la revisión de la metodología utilizada hasta la fecha reside en la posibilidad de hacer una elección inteligente y un uso eficaz de los métodos a disposición, una vez exploradas sus posibilidades y limitaciones. Los distintos métodos y la intensidad con la que son aplicados sufren variaciones a lo largo del tiempo, y se ven afectados también por la comunidad con la que se trabaja. De acuerdo con la información extraída de los documentos de trabajo de las EERA, los métodos aplicados se pueden dividir en tres grandes grupos: individuales, grupales y “masales” o de masas.

Dentro del primer grupo, las visitas a las “fincas” implican una serie de dificultades (insumen mucho tiempo y dinero, en algunas regiones pocas técnicas deben hacerse cargo de muchas tareas) pero resultan imprescindibles, sobre todo cuando la actividad está comenzando, para que las extensionistas puedan conocer mejor a las personas con las que van a trabajar y a su situación. Otro motivo por el cual estas visitas son útiles en los primeros años es que el trato personal resulta beneficioso para la capacitación de “líderes”, quienes después pueden convocar a más mujeres. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo se pueden reemplazar por visitas de estas líderes a las asesoras en las AEA y EERA,

señalización de calles; gestiones para la instalación de teléfonos públicos; creación, mantenimiento y atención de roperos escolares y comunitarios; organización y asesoramiento de uniones vecinales y centros comunales; preparación y construcción de juegos e instalaciones de parques infantiles; construcción y mejoramiento de viviendas; construcción de capillas; creación de una escuela técnica; ayuda a barrios de emergencia” (INTA, 1972, pp. 29-30).

para que la relación crezca y las extensionistas puedan evaluar el desarrollo de los objetivos en marcha sin tener que desplazarse tanto.

Las reuniones y cursos son los métodos grupales por excelencia, ya que mediante una amplia variedad de técnicas (charlas, grupos de discusión, demostraciones) se logra una mayor interacción y se “propician los cuatro mejores medios del aprendizaje: VER - OIR - DISCUTIR y ACTUAR”²¹ (INTA, 1972, p. 37). También se realizan cursos acelerados para impartir conocimientos y enseñar habilidades y destrezas que permitan a las mujeres satisfacer necesidades personales y del hogar. Estos métodos no deberían limitarse al trabajo con las socias de los clubes, sino que deberían ser abiertos a otras mujeres de la comunidad que deseen participar.

Por último, se entiende por métodos “masales” a la difusión de las actividades de los clubes por medio de la prensa, la radio y la televisión. En este sentido, se señala la necesidad de que el INTA cuente a nivel nacional y regional con un servicio de comunicaciones y relaciones públicas eficiente para realizar una coordinación y un aprovechamiento adecuado de estos medios, en apoyo del trabajo de extensión.

Debido a la mencionada falta de un sistema de evaluación adecuado, es imposible determinar exactamente qué método resulta más eficiente. Sin embargo, las autoridades participantes del Seminario llegan a la conclusión de que los mejores resultados se obtienen utilizando los distintos métodos de manera conjunta: ninguno constituye por sí mismo la solución integral para los problemas de extensión en Hogar Rural, pero si se planifica y se los combina entre sí, cada método puede prestar una ayuda significativa. De todas formas, los métodos grupales parecen

²¹Las mayúsculas son del original.

propicios para aumentar el alcance de la labor extensionista y la profundidad en términos de los contenidos educativos.

Otras sugerencias para obtener mejores resultados son: propiciar un mayor intercambio de socias a nivel nacional, entre AEA dependientes de diferentes EERA; promover actividades de carácter regional y nacional en las que participen socias de todos los clubes y otras personas de la comunidad; incrementar la capacitación de las extensionistas; establecer un sistema de evaluación de métodos en extensión; y contar con fondos oficiales o privados que respalden la concreción de estas actividades. Por último, se destaca la necesidad de trabajar de manera conjunta con el resto de las iniciativas de extensión del INTA, ya que en

[...] las comunidades en las que las tres ramas del Servicio de Extensión trabajan coordinadamente, la labor de educación para el hogar logra mejores resultados, ya que la acción no se dirige sólo a la mujer, sino que se toma a la familia como una unidad (INTA, 1972, p. 42).

Las “tres ramas” a las que se hace referencia en el fragmento citado son las de Asesoramiento Técnico, Hogar Rural y Juventudes (Clubes 4-A). Esta diferenciación obedece exclusivamente a cuestiones de funcionamiento, pero se relaciona estrechamente con la división sexual del extensionismo en el INTA; mientras que los asesores técnicos (varones) trabajan con los productores (en su gran mayoría, si no totalmente, varones), las asesoras de Hogar Rural se ocupan de las mujeres, y los y las extensionistas de los Clubes 4-A se hacen cargo del trabajo con los jóvenes. El problema es que en la práctica esta separación se va convirtiendo en una brecha que separa caminos con objeti-

vos, audiencias, formas de trabajo y hasta prioridades distintas. Según las asesoras, la falta de integración y la desconexión del resto del Servicio de Extensión constituyen graves limitaciones al trabajo de Hogar Rural, en tanto las obliga a considerar a las mujeres en forma aislada, abordando los problemas que sufren de forma parcial. Además, las extensionistas consideran que “como consecuencia de la insuficiente integración de las tres ramas en todos los niveles, y de las prioridades otorgadas a mejoramiento agropecuario, algunas veces se ha subestimado el trabajo con respecto a Hogar Rural” (INTA, 1972, p. 45).

La organización del trabajo en las AEA (al menos un asistente técnico, una asesora de Hogar Rural y un/a asesor/a de Clubes 4-A), considerada “la célula mínima en la estructuración del INTA” (INTA, 1961b, p. 6), tiene como objetivo posibilitar una coordinación ágil del trabajo de extensión, que permita llegar a la familia rural y al mismo tiempo signifique “una economía en el presupuesto del Instituto”. Sin embargo, las limitaciones del INTA en cuanto a recursos humanos dificultan el cumplimiento de esta regulación. Por otra parte, aún en aquellos casos en los que se logra reunir representantes de las tres ramas de extensión en una misma AEA, ello no implica la integración exitosa de sus labores. Estos problemas son abordados en el seminario de 1961 acerca de la coordinación de actividades en el trabajo de Economía Doméstica y Asistencia Técnica al productor.

Los participantes de este seminario incluyen al Jefe del SNEA, Mario Griot; a la Asesora Nacional de Hogar Rural, Enriqueta Piangiarelli de Vicién; a las supervisoras del Programa Hogar Rural de los Centros Regionales Pampeano, Andino y Mesopotámico; a los jefes de siete AEA; y a doce asesoras del Hogar Rural y de Clubes 4-A. Entre los temas tratados se incluyen reflexiones y recomendaciones

sobre la coordinación de actividades entre las diferentes áreas de la extensión, se presentan los inconvenientes más comunes demostrados por la experiencia personal o colectiva, y se realizan aportes y recomendaciones para un mejor trabajo en equipo. Se plantea la necesidad de trabajar con la familia rural como un todo debido a su carácter dual de unidad productiva/familiar, integrando los esfuerzos realizados por los y las extensionistas. De acuerdo con lo expresado en el seminario, esta unidad debe tener una estructuración de género con una clara jerarquía, que podríamos asimilar al concepto de “sistemas de género” propuesto por Stølen (2004). En este sentido, las mujeres rurales se ven limitadas a un rol subordinado, obligadas a cumplir con “su misión femenina y hogareña, compenetrada de los problemas del momento y capacitada para contribuir a la felicidad de los suyos dentro y fuera de la órbita familiar”. Por otra parte, “la finca y el hogar no pueden tratarse separadamente puesto que se complementan” (INTA, 1961b, p. 23), lo que implica que el trabajo de extensión realizado por los técnicos y las asesoras debe estar en permanente coordinación.

Una década más tarde esta pretendida integración sigue siendo motivo de reclamos por su inexistencia: la experiencia demuestra que se trata de un ideal difícil de alcanzar. La necesidad de integrar la acción de las tres ramas del SNEA a partir de sus objetivos comunes se considera impostergable, ya que permitiría al Programa dirigir la acción hacia la familia en su totalidad, abarcando problemas que no afecten sólo a las mujeres sino a todos sus miembros. De esta manera se estaría contribuyendo con la adaptación de las mujeres a las situaciones que viven, y con su proyección e integración a la comunidad. Estos cambios son necesarios porque la “transformación de la vida ac-

tual” o “los efectos del cambio” modifican la visión del mundo de las mujeres, según las extensionistas en 1971.

La mayor participación social formal e informal, el aumento en la disponibilidad de la información y las facilidades de comunicación “[han] creado nuevos intereses, necesidades y expectativas que van más allá de su desenvolvimiento como ama de casa. Ya no desea sólo aprender prácticas y técnicas domésticas” (INTA, 1972, p. 47). Es probable que este deseo de otros conocimientos no relacionados a los quehaceres domésticos estuviera presente en las socias (al menos, en algunas de ellas) desde los inicios del Programa. De cualquier manera, lo que resulta interesante es que las asesoras recogen los reclamos de las socias, quienes buscan “mejorar las condiciones de vida y de trabajo, participando activamente en la transformación del mundo” que las rodea (INTA, 1972, p. 47). En este sentido, además de manifestar la necesidad de tener en cuenta esas nuevas metas y expectativas, y abogar por una ampliación del abanico de actividades disponibles en los clubes, también reclaman por la participación representativa de las mujeres en los distintos niveles de los Consejos Asesores del INTA. Sin embargo, no existen indicios de que este reclamo haya sido escuchado.

“¿Sabe usted qué se hace en los Clubes del Hogar Rural?”: captación, formación y propuestas de trabajo

Además del contacto a través de las extensionistas, otra manera de comunicarse con las socias utilizada por la Asesoría Nacional de Hogar Rural es la impresión y distribución de folletos que buscan captar a las mujeres rurales, incentivándolas a formar nuevos clubes o a sumarse a los que ya existan en su zona. Estos volantes cubren distintos temas que incluyen los objetivos del programa, la descripción

de las tareas llevadas a cabo por las socias, propuestas de actividades para mejorar el hogar rural, y consejos de alimentación y saneamiento ambiental, entre otros.

Uno de los folletos más tempranos, publicado por primera vez en agosto de 1958, lleva en su portada la pregunta que se replica entrecomillada en el título de este apartado. Junto a esta interrogación se pueden ver algunos dibujos que parecen ensayar una respuesta a esa pregunta: una mujer que atiende una huerta, un proyector o cinematógrafo con una pantalla, y un conjunto de utensilios de cocina (una sartén, un palo de amasar y una olla o caldero). En la contratapa podemos ver otra ilustración que muestra a una mujer trabajando con una máquina de coser ante la atenta mirada de otras cuatro mujeres (**Figura 1**), y una breve lista de tareas desarrolladas en los clubes: “Mejoramiento del hogar”, “Administración del hogar”, “Conservación de alimentos” y “Cuidado del vestido” (INTA, 1958).

En el interior del folleto se precisa a quiénes está dirigido el programa, es decir, quiénes pueden formar parte (“ser socias”) de los CHR. En este sentido, se revelan las limitaciones de la concepción del INTA en cuanto a los roles que desempeñan las mujeres rurales. De acuerdo con el volante, las mujeres pueden ser socias de un club si son “ama[s] de casa con inquietudes por su hogar”, o jóvenes “que tienen interés en ser buenas amas de casa” (**Figura 2**). El destino de las mujeres como amas de casa se da por sentado, tanto para las adultas como para las jóvenes, y no se concibe la posibilidad de que estén interesadas en explorar otro tipo de actividades o en alcanzar un desarrollo personal independiente de la formación de una familia.

En cuanto a los beneficios de formar parte de un club, se apuntan sus tres funciones principales: ayudan a mejorar el hogar, dando a



Figura 1. Contratapa del folleto “¿Sabe usted qué se hace en los Clubes del Hogar Rural?”
Fuente: INTA, 1958.

conocer a las socias técnicas modernas que permiten ahorrar tiempo, dinero y energía; facilitan la recreación, mediante la asistencia a “reuniones entretenidas” en las cuales se puede intercambiar ideas con las vecinas y planear salidas interesantes; y orientan la economía de las amas de casa, colaborando con la comunidad y ayudando a comprender y mejorar los problemas de los que viven en el área rural. Esta forma de promocionar a los clubes parece apuntar a mujeres de las clases media o media-alta rurales: no precisan del trabajo extra doméstico, cuentan con movilidad para asistir a las reuniones y el problema con el dinero no es la completa escasez del mismo, sino la posibilidad de ahorrarlo.



Figura 2. Interior del folleto “¿Sabe usted qué se hace en los Clubes del Hogar Rural?”
Fuente: INTA, 1958.

Es probable que este folleto esté dirigido a las mujeres rurales de manera individual y no colectiva, ya que se les recomienda asociarse al club más cercano a sus casas y no se menciona la posibilidad de crear uno nuevo. La formación de nuevos grupos es incentivada unos años más tarde en el marco de un Plan de Promoción de Clubes Hogar Rural, por medio de una publicación destinada a mujeres interesadas

que, además de contener el estatuto y el reglamento de los clubes, incluye un modelo de acta de fundación (INTA, 1970c).

Otro folleto de ese mismo plan apunta nuevamente a las mujeres de manera individual, buscando que se unan al programa asociándose a un club existente. En este caso, la página central consiste en un plano medio corto de una mujer que se señala a sí misma, mientras expresa, en forma de pregunta, un silogismo cuya conclusión claramente no se deduce de las premisas (**Figura 3**). Luego de infantilizar a la potencial socia, la narrativa continúa en las páginas interiores del folleto con una serie de fotografías y textos que ilustran una conversación entre ella y otra mujer, que representa a una asesora del Hogar Rural. La extensionista le explica a su interlocutora en qué consisten los CHR, cuáles son las tareas que se llevan a cabo en el seno de los mismos, y cuáles son los requisitos para formar parte de ellos.

Para determinar si la futura socia tendría interés en formar parte de un club, la asesora le pregunta si le gusta reunirse con amigas, aprender cosas nuevas y colaborar con su comunidad. La futura socia responde que le gustan esas cosas, y no se opondría a que “alguien [la] guiara para hacer cosas con otras”, en clara referencia a la extensionista. También afirma que se siente responsable de su familia y, en parte, de la comunidad en la que vive, pero subraya la dificultad que implica la falta de tiempo debido a que tiene “esposo”, “tres hijos”, “la quinta” y “algunas flores”. La asesora sostiene que su caso es común y que les “pasa a todas”, pero que al mismo tiempo cree que es “la persona más indicada para ser una socia más del Club Hogar Rural” y que “le encantará” (INTA, 1970a). Allí la futura socia se reunirá una o dos veces por mes para tratar temas diversos y asistirá a charlas de personas especializadas “sobre temas como la alimentación del niño,



Figura 3. Interior del folleto "¿Está usted enterada?"

Fuente: INTA, 1970a.

conservación de frutas y hortalizas, primeros auxilios...". Pero lo más importante es que aprenderá a ahorrar tiempo, dinero y energías, lo que le permitirá "beneficiar a su esposo, hijos, hermanos y a su comunidad". Es decir, las reuniones entre mujeres tienen como objetivo que

estén preparadas para asistir mejor a los varones que forman parte de sus vidas. En este sentido, el “ideal de mujer doméstica” consolidado entre fines del siglo XIX y principios del XX sigue vigente, y se lo considera aplicable al ámbito rural aún en 1970. El rol de las mujeres en sus comunidades viene a sumarse a sus responsabilidades productivas y reproductivas para configurar una triple labor, que deben realizar con entrega y abnegación (y sin esperar una remuneración).

Al comprender que “debe colaborar” y que “la necesitan”, la potencial socia decide sumarse al Programa Hogar Rural con una reflexión que reafirma la centralidad de los varones como motivación: “Ayudaré a mi esposo e hijos pensando con ellos... Ayudaré a mi comunidad pensando para ellos...” (INTA, 1970a). En la parte posterior del folleto se aclaran algunas cuestiones que quedan fuera del diálogo entre ambas mujeres. Allí se afirma que los clubes “capacita[n] a la mujer para cumplir su función en el núcleo familiar y en la comunidad”, las reuniones se hacen una o dos veces por mes, las socias deben ser mayores de dieciocho años, y gracias a su participación en el programa reciben información técnica que las ayuda a perfeccionar sus conocimientos en tareas del hogar.

Esta información llega a los clubes por medio de las asesoras, y puede consistir en videos explicativos, demostraciones de las propias extensionistas, o folletos acerca de los proyectos que pueden llevar a cabo las socias de manera individual o colectiva. Un ejemplo de este último formato de divulgación es la “Guía de proyectos para mejorar el hogar rural” (INTA, s/f), un compendio de propuestas de trabajo para las socias. Si bien el listado de actividades que se ofrecen es amplio, resulta llamativo que en ningún caso se detallan los pasos a seguir, sino que simplemente se sugieren tareas en distintos rubros. No queda claro si se

trata de un volante dirigido a las extensionistas o a las socias, y tampoco se especifica si los clubes y/o sus integrantes, en el caso de querer llevar a cabo alguno de estos proyectos, pueden solicitar ayuda o instrucción de parte de la asesora o la AEA en la que ella trabaja.

Las propuestas en el área de la construcción y equipamiento del hogar incluyen la nivelación y construcción de pisos, abertura y construcción de ventanas, pintura y decoración de la cocina, construcción de muebles, y un ordenamiento adecuado de los mismos de acuerdo al tamaño de la pieza y el número de personas que la ocupan. También se incluyen sugerencias relativas a primeros auxilios, como aplicación de inyecciones, construcción y equipamiento de un botiquín, cuidados e higiene de la habitación del enfermo, interpretación de las indicaciones médicas, síntomas de las enfermedades más corrientes, y combate de insectos, ratas y ratones; nociones de puericultura, como los cuidados del niño pre y posnatal, la alimentación en las distintas épocas, la dentición y el destete; cuestiones de administración del hogar, como la contabilización de gastos del hogar y la explotación, y nociones de contabilidad sencilla; y los servicios sanitarios (conveniencia de su uso, enfermedades que pueden evitarse, higiene del agua, apertura del pozo negro).

Se abordan temas tales como la costura (incluyen corte, preparación de ropa, labores y manualidades, y confección de pequeñas labores), el arreglo de alrededores (patios y jardines, trazados de caminos y canteros, arreglo y construcción de cercas, cultivo de plantas de adorno, conservación de la casa, pintura y exteriores, conservación del camino de acceso a la chacra, arreglo y construcción de desagües), y la granja (implantación y manejo de gallinero, apiario y conejeras). Además, pueden encontrarse sugerencias relativas a la alimentación, separadas en seis grupos distintos: industrialización (uso de olla a pre-

sión, envasado, esterilización, fabricación de dulces y conservas); producción (frutas, hortalizas, proyectos de huerta familiar y monte frutal); preparación de comidas balanceadas (confección de menú para quince días de acuerdo a los productos de estación); alimentación adecuada a los grupos vulnerables (bebés, niños, madres embarazadas, enfermos y ancianos); preparación de platos a base de granos (trigo, maíz, avena y arroz, en forma de sopas, papillas, postres, comidas y panes); y proteínas en la alimentación (huevo, leche, pescado, aves y carne). El amplio abanico de actividades propuestas demuestra las múltiples responsabilidades que les son asignadas a las mujeres, de las que deben hacerse cargo en su actividad diaria. Por otra parte, el carácter de algunos de los trabajos deja en evidencia la precariedad de las condiciones de vida, al menos en algunas zonas rurales, como se comprueba más tarde en algunos de los estudios de caso desarrollados por el propio Programa (Anuch, 1964; Berry et al., 1964; INTA, 1966).

La alimentación es abordada con mayor profundidad en otros folletos, preparados por la Asesora Nacional de Hogar Rural utilizando bibliografía de la FAO y el Departamento de Agricultura de Estados Unidos, dedicados a distintos grupos de alimentos como las hortalizas y frutas (INTA, 1961c), el pescado (INTA, 1963a) y el arroz (INTA, 1963b). En estas publicaciones se destaca la importancia de cada uno de los alimentos, el papel que desempeñan en la alimentación humana, se detalla su información nutricional, se dan instrucciones y pasos a seguir para prepararlos de manera correcta y aprovecharlos al máximo, y se presentan recetas para combinarlos con otros alimentos. En el caso de las hortalizas, se sugiere la siembra en la huerta de vegetales de estación, y el consumo de frutas y verduras de estación debido a que son más baratas y contienen mayores propiedades nutritivas.

Mediante la divulgación de recetas y otras informaciones acerca de diversos alimentos, el INTA retoma una actividad llevada a cabo por el MAN durante la década de los '40. En este sentido, podemos mencionar la publicación de varios folletos por parte de la Sección Hogar Agrícola del MAN sobre distintos temas de economía doméstica, entre los cuales se encuentran los de “Aprovechamiento de los citrus en el hogar” y “50 recetas a base de maíz”, ambos muy solicitados por las mujeres rurales (MAN, 1942a, p. 56). Estos y otros folletos, como los de “Indicaciones útiles para la conservación de frutas y legumbres y algunas recetas de cocina sencilla y económica para el hogar campesino” y “Recetas varias de cocina sencilla y otras consideraciones útiles”, forman parte de un “plan de divulgación de recetas y procedimientos útiles, convenientes para ser aplicados por la mujer del campo, en beneficio de la economía y mayor comodidad de su hogar” (MAN, 1942b, p. 50). Además, en la revista *Anales de Enseñanza Agrícola* se incluye una sección titulada “Consultas”, en la cual distintos especialistas evacúan dudas postuladas por productores con respecto a procedimientos de los más variados. Entre los procesos detallados en esta sección se pueden encontrar la fabricación del vino de naranja, el secado de higos, la elaboración de licor o caña de duraznos (MAN, 1942a, pp. 56-57), el envasado de jugo de limones, y la preparación y el envasado del dátil (MAN, 1942b, p. 51).

En este capítulo hemos analizado los objetivos del Programa Hogar Rural, la metodología de trabajo de las técnicas extensionistas y el funcionamiento de los clubes, luego de conocer la filosofía de extensión del INTA y los antecedentes de la primera mitad del siglo XX. Además, examinamos la folletería producida por la Asesoría Nacional de CHR para atraer a las mujeres, presentarles propuestas de trabajo,

brindarles información relevante en materia de alimentación y reglamentar la formación de nuevos clubes. De todas formas, el contacto entre el INTA y las socias no se limita al trabajo de las asesoras en el terreno o a las publicaciones impresas. Un ámbito muy importante para la puesta en común de experiencias, el conocimiento de otras realidades y la adquisición de nuevos conocimientos son las Convenciones Nacionales de CHR llevadas a cabo entre 1960 y 1973, cuyo desarrollo observaremos a continuación.

| CAPÍTULO 3 |

Espacios de encuentro, intercambio y reflexión. Las Convenciones Nacionales de Clubes del Hogar Rural

Los beneficios y la importancia de agruparse para las mujeres rurales son señalados continuamente a través de los años por las autoridades del Programa. Los clubes son presentados como un paliativo a las dificultades ocasionadas por las largas distancias que implica la vida en el ámbito rural, a las que se suma la escasez de medios de transporte. En este sentido, se sostiene que la regularidad de las reuniones en los CHR permite la formación de espacios de sociabilidad, aprendizaje e intercambio de conocimientos entre las socias a nivel local. Con el propósito de generar ámbitos similares con un alcance mayor, el INTA dispone la organización de una serie de encuentros que congregan a mujeres de todo el país: las Convenciones Nacionales de CHR.

Entre 1960 y 1973 se llevan a cabo, en intervalos irregulares, siete Convenciones Nacionales. Estos encuentros duran entre cuatro y cinco días y son realizados siempre en la ciudad de Buenos Aires, ya que se considera que gracias al “contacto de las delegadas con la gran urbe” éstas “pueden constatar que campo y ciudad no son dos medios antagónicos, sino que el uno y el otro se deben mutuo y necesario apoyo” (INTA, 1965, p. Prefacio). Además de contar con el apoyo y el incentivo de la OEA, en los informes de las Convenciones se agradece la colaboración de distintas instituciones de gobierno (Municipalidad de Buenos Aires, Secretaría de Estado de Promoción y Asistencia de la Comuni-

dad, Secretaría de Estado de Salud Pública), organizaciones no gubernamentales (AFAR, Asociación de Cooperativas Argentinas, Federación Agraria Argentina, Liga de Madres de Familia, Federación Argentina de Cooperativas Eléctricas, entre otras) y empresas nacionales y extranjeras (Coca-Cola, General Motors Argentina, John Deere, Molinos Río de La Plata, Casa Harrods, General Electric Argentina, Shell, Nestlé, etc.).

A cada una de las convenciones se le asigna uno o varios temas que son discutidos y trabajados en charlas, paneles y mesas redondas de las que forman parte las socias. Estos temas son previamente estudiados y discutidos por las socias en las reuniones de sus CHR, para luego poder intercambiar ideas en la Convención y a su regreso llevar “soluciones concretas para los problemas que impiden o puedan impedir una acción más vigorosa en la marcha de los Clubes” (INTA, 1961a, p. 3). Como parte del programa de los encuentros se realizan salidas en grupo que incluyen paseos turísticos, visitas a empresas y a edificios de gobierno, entre las que se destacan las reuniones en la Casa Rosada con el presidente Arturo Illia en 1965 y con el dictador Juan Carlos Onganía en 1967.

En algunas convenciones también se preparan concursos de demostraciones que tienen por objetivo “desarrollar en las socias condiciones para transmitir a otros conocimientos útiles a la vida del hogar y la finca” (INTA, 1967, p. 99). Las presentaciones de las delegadas abarcan una gran diversidad de temas: recetas y consejos culinarios (preparación de la leche de soja, conservación de alimentos, fabricación del bombón de cayote), saneamiento ambiental (potabilidad del agua, exceso de flúor y su eliminación), organización comunitaria e industrias domésticas (armado de un grupo de acción cooperativa, trabajo con cogollo de palmera), entre otros. También la firma Fleischmann Argentina Inc. –más conocida por su marca de productos ali-

menticios, Royal– organiza en una de las convenciones un concurso que consiste en la presentación de recetas inéditas y originales. Tanto en ése como en los concursos organizados por el INTA, las socias que realizan las mejores presentaciones se hacen acreedoras de diversos bienes aportados por las empresas que patrocinan los certámenes. Sin embargo, muchos de estos “premios” son en realidad insumos que las mujeres deberán utilizar para desempeñar de una mejor manera el rol que se espera que cumplan: cocinas a gas (SIAM), garrafas (ESSO), juegos de cubiertos, aspiradoras y bolsos con productos Royal. En este sentido, los premios –con unas pocas excepciones ligadas al esparcimiento, como un tocadiscos a transistores marca Winco– sirven para reforzar las obligaciones que se les asignan a las mujeres rurales.

Las socias que asisten a las convenciones son designadas por sus propios clubes, aunque no queda claro el proceso de elección de los CHR que pueden enviar delegadas. Este proceso es necesario debido a que rápidamente el número de Clubes supera con amplitud el total de socias asistentes a las Convenciones Nacionales, que ronda entre las 100 y 120. Las presentaciones que realizan las delegadas en cada convención, agrupadas en delegaciones por Centro Regional, dan cuenta de la capacidad de organización y el nivel de coordinación alcanzado por estas mujeres. Además de detallar la cantidad de clubes y el número de socias que representan, en estos discursos se dan a conocer los proyectos individuales, grupales y comunitarios, realizados de manera independiente o en colaboración con otras instituciones de gestión pública o privada; otras actividades recreativas organizadas para la comunidad, como bailes, exposiciones y ferias; y los medios utilizados para darse a conocer, como la producción de pequeños segmentos para un canal de televisión local (INTA, 1965).

La presentación de las delegaciones nos permite observar algunas de las diferencias en el funcionamiento del Programa en los distintos Centros Regionales, sobre todo respecto a la articulación entre los CHR y las Agencias de Extensión de una misma región. En este sentido, se destaca el aporte de la socia Otilia H. de Decker, del Club Hogar Rural Madreselva, de El Colorado (Formosa), quien presenta la delegación del Centro Regional Chaqueño en la Cuarta Convención Nacional de 1965. En su exposición la socia da a conocer las comisiones ejecutivas que se forman con delegadas de todos los Clubes que dependen de una AEA determinada, y en algunos casos son integradas también por delegados de los Clubes 4-A y de los Consejos de Productores, las otras ramas de extensión del INTA. A través de estas comisiones se planean las actividades de los clubes, se estudian los problemas de la comunidad y se coordina el trabajo con otras entidades, organizaciones o instituciones del medio local o la provincia. Además, con el aporte de todos los CHR se forma un fondo común destinado a fomentar proyectos, becas de intercambio local y regional, y realización de actividades socio-culturales (INTA, 1965, p. 16).

A partir de los datos otorgados por estas presentaciones también podemos comprender la disparidad entre los Centros Regionales con respecto a la cantidad de CHR y de socias de los que son responsables. Como se puede ver en la **Tabla 3**, la distribución de CHR a lo largo y a lo ancho del territorio nacional en 1967 se corresponde con la importancia a nivel productivo y económico de cada región, en un período de recuperación del agro pampeano gracias a las innovaciones tecnológicas (provisión de maquinarias e implementos agrícolas) y de una marcada heterogeneidad en el resto del país (Barsky y Gelman, 2009). En este sentido, el Centro Regional Pampeano se destaca muy

Tabla 3. Cantidad de Clubes Hogar Rural y socias por Centro Regional en 1967

Centro Regional	CHR	Socias
Pampeano (Buenos Aires y La Pampa)	163	2.872
Cordobés-Puntano	84	1.550
Noroeste (Catamarca, Jujuy, La Rioja, Salta, Santiago del Estero y Tucumán)	41	905
Andino (Mendoza y San Juan)	35	700
Entrerriano	35	500
Mesopotámico (Corrientes y Misiones)	35	430
Santafesino	32	521
Chaqueño (Chaco y Formosa)	18	280
Rionegrense (Río Negro y Neuquén)	16	295
Patagónico (Chubut y Santa Cruz)	3	35

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de INTA, 1967, pp. 19-34.

por encima de los demás, duplicando la cantidad de Clubes del Centro Regional Cordobés-Puntano y al menos cuadruplicando a los demás. La concentración de esfuerzos en este espacio en particular no es novedosa: desde fines del siglo XIX “las propuestas sobre la familia rural y los planes de capacitación agrícola” habían sido enfocados por los sectores dirigentes en la región pampeana, debido al lugar fundamental que ocupaba en el desarrollo socioeconómico argentino y en su integración al mercado mundial (Gutiérrez, 2007b, p. 35). En la Séptima Convención Nacional de 1973 las delegaciones ya no representan a los Centros Regionales porque éstos han sido suprimidos y sus funciones han sido absorbidas por las Estaciones Experimentales Regionales Agropecuarias (Gárgano, 2017a, p. 57). A pesar de que el territorio supervisado por el Centro Regional Pampeano pasa a estar en manos de

cuatro estaciones distintas, tres de ellas siguen estando entre las cinco que más Clubes y más socias poseen (**Tabla 4**), con excepción de la pequeña Estación Cooperativa de Experimentación y Extensión Agropecuaria (ECEEA) de Hilario Ascasubi (provincia de Buenos Aires).

Tabla 4. Cantidad de Clubes Hogar Rural y socias por EERA/ECEEA en 1973

EERA/ECEEA	CHR	Socias
Pergamino (noroeste de Buenos Aires)	226	4.500
Marcos Juárez (Córdoba, San Luis y parte de Santa Fe)	136	s/d
Anguil (La Pampa y sudoeste de Buenos Aires)	74	1.204
Paraná (Entre Ríos)	69	1.131
Balcarce (sudeste de Buenos Aires)	60	1.423
Mendoza (Mendoza y San Juan)	56	1.200
Rafaela (Santa Fe y parte de Córdoba)	55	744
Corrientes (Corrientes y Misiones)	45	653
Famaillá (Catamarca, La Rioja, Santiago del Estero y Tucumán)	30	510
Alto Valle del Río Negro	21	280
Hilario Asacasubi (sur de Buenos Aires)	16	300
Presidencia Roque Sáenz Peña (Chaco y Formosa)	16	438
Salta (Salta y Jujuy)	16	373
San Carlos de Bariloche	7	150

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de INTA, 1973, pp. 19–31.

En los informes de las Convenciones Nacionales se repite continuamente el rol que le corresponde a los CHR de acuerdo con los objetivos del INTA –medios para lograr el mejoramiento del nivel de vida familiar y comunitario–, y se sostiene que las mujeres han compren-

dido la importancia de agruparse para analizar y resolver problemas de sus familias y sus comunidades. Una década después de la Primera Convención la participación de las socias, tanto a nivel local y regional como nacional, es calificada como intensa (INTA, 1970b, Prefacio); en estas reuniones las mujeres discuten “los aspectos relacionados con el papel que les corresponde desempeñar en sus familias, en sus clubes y en sus comunidades” (INTA, 1970b, Introducción), en un contexto marcado por el recorte de las libertades por parte del gobierno de facto, una creciente actividad política y movilización social, y un aumento de la participación femenina en el mercado de trabajo remunerado. De todas formas, si bien se valora la participación pública de las mujeres y su desempeño en los debates, al dirigirse hacia ellas las autoridades del INTA reafirman nociones preconcebidas acerca de sus características, sus personalidades y el papel que les corresponde en el impulso al desarrollo de la Nación.

En la apertura de la Segunda Convención Nacional, uno de sus primeros actos públicos como presidente del INTA, el ingeniero agrónomo René Delpech reafirma la doble función (a la que se suma el trabajo productivo que realizan, muchas veces invisibilizado) que deben cumplir las mujeres rurales: en el hogar, trabajando por su mejoramiento para que alcance la plenitud del progreso humano, y en la comunidad, promoviendo iniciativas que tiendan a “acrecentar los esfuerzos aunados de las personas de la zona en procura del bien común” (INTA, 1961a, p. 6). Por otra parte, Delpech agradece a las socias por asistir a la Convención “dejando sus hogares y sus deberes”, estableciendo un orden de prioridades en el que las actividades del Programa son importantes pero la responsabilidad principal de las mujeres sigue siendo atender a sus hogares y sus familias. De esta manera expresa por primera vez una

idea que será reiterada por otras autoridades del INTA, como Gastón Pedro Bordelois, presidente del Instituto entre 1963 y 1970.

En su discurso de inauguración a la Quinta Convención Nacional (1967), Bordelois valora el accionar de las mujeres al haber “consentido en *delegar la responsabilidad* de la conducción de su hogar, para darse generosamente a colaborar en una acción de promoción comunitaria como la que representa esta Convención” y les agradece por sacrificar “una parte del tiempo habitualmente consagrado a la atención de las tareas domésticas” para formar parte de los clubes (INTA, 1967, p. 11). En una misma línea se expresa en la Sexta Convención (1970) la doctora Estela S. Menchaca,²² vicepresidenta del INTA, quien felicita a las mujeres por el trabajo que vienen realizando y al mismo tiempo refuerza el ideal de domesticidad y el rol que deben cumplir en las familias rurales. En este sentido afirma que “la sola presencia de ustedes aquí, *abandonando* por unos días a sus familias y a su hogar, a sus esposos e hijos, pone de relieve el *espíritu de sacrificio* que las anima” (INTA, 1970b, p. 25).

²²Graduada de la Facultad de Ciencias Veterinarias de la Universidad de Buenos Aires en 1942, la doctora Menchaca llega a ocupar la Vicepresidencia del INTA en la segunda mitad de la década de los '60. En 1970 ejerce de hecho la Presidencia del Instituto por seis meses, tras la salida del ingeniero agrónomo Gastón Bordelois el 2 de febrero de ese año. Sin embargo, no es designada formalmente como Presidenta por el solo hecho de ser mujer, y el cargo finalmente es ocupado por el ingeniero agrónomo Ernesto Lanusse (primo hermano del general Alejandro Agustín Lanusse, quien ejercería la presidencia de facto del país entre 1971 y 1973) desde el 6 de agosto de 1970. Este “techo de cristal” (un obstáculo que limita las carreras profesionales de las mujeres, sin necesidad de que existan leyes o reglas explícitas) no era una novedad para Menchaca: tras graduarse se había presentado a concurso en la Municipalidad de Buenos Aires, pero el puesto al que aspiraba no se le otorgó por ser mujer, a pesar de ser la primera en la selección. Decidida a luchar por ese puesto, hizo un juicio y lo ganó, “pero los colegas no se lo perdonaron nunca: la destinaron al Mercado de Concentración de Pescados, que funcionaba de noche y en el barrio de Barracas, donde trabajó por nueve años” (Barberis, 2010, p. 10).

Por su parte, Piangiarelli de Vicién –la Asesora Nacional de Clubes del Hogar Rural– sostiene una idea similar a lo largo de los años: la misión fundamental de las mujeres es la maternidad, “ama[n] el sacrificio y le[s] gusta darse a los que la[s] rodean sin medir esfuerzo” (INTA, 1961a, p. 38); los problemas que les corresponde resolver “por su misión específica [son] la atención del hogar, la maternidad, la educación de sus hijos” (INTA, 1967, p. 113); pueden participar activamente en la comunidad “sin descuidar su función primera con sus maridos, hijos, y miembros de sus familias” (INTA, 1970b, p. 32). Sin embargo, Piangiarelli de Vicién también reconoce el aporte de los CHR y valora positivamente las herramientas que éstos otorgan a las socias para desenvolverse por fuera del ámbito familiar.

De acuerdo con la Asesora Nacional el crecimiento de los proyectos llevados a cabo y su mayor envergadura implican que las socias vayan “ensanchando el marco de sus decisiones a través del trabajo en común, de su propia promoción, de su preparación cultural dentro del hogar, y del llamado a intervenir activamente en el progreso de la comunidad” (INTA, 1967, p. 9). Gracias a la preparación recibida en los CHR las mujeres han podido “hacer realidad la esencia del desarrollo, que radica en la libertad y capacidad [...] de tomar decisiones que llevan a satisfacer las necesidades propias, del hogar y de su comunidad”. Curiosamente, Piangiarelli de Vicién parece no reparar en el hecho de que el país se encuentra bajo un gobierno de facto; en todo caso, considera que esto no obstaculiza la “libertad y capacidad” de tomar decisiones de las mujeres rurales. Según la Asesora Nacional, el paso de los años y el reconocimiento de diferentes experiencias en todo el país permiten afirmar el lugar destacado que ocupan las mujeres en el proceso de desarrollo gracias al nivel alcanzado “en lo

intelectual, en lo económico y en lo social, como miembro[s] activo[s] de la comunidad”. En este sentido, sostiene que

La mujer rural se ha logrado mediante su actuación en el Club, poniendo de relieve su capacidad, su valoración y su talento. A través de este quehacer puso de manifiesto que no es un mero espectador, sino un participante activo en el proceso de desarrollo nacional, capaz de tomar decisiones y llevar a cabo proyectos que hacen al avance tecnológico y cultural del país (INTA, 1970b, p. 29).

Estos temas son discutidos por las propias delegadas en las actividades organizadas por el INTA durante los encuentros. En los primeros años las charlas brindadas a las socias se centran principalmente en cuestiones ligadas al presupuesto papel de las mujeres en el hogar, su rol como “centro afectivo de la vida familiar”, la maternidad y la educación de los hijos e hijas. Estas ponencias reproducen en general las ideas que el INTA tiene acerca de la familia, el hogar, y el rol que les “corresponde” a las mujeres rurales. En este sentido, si bien se destaca la importancia que tienen como ejes del hogar para impulsar el desarrollo y mejorar el nivel de vida en el campo, al mismo tiempo se plantea la necesidad de una estricta división de género entre las tareas productivas y reproductivas. La aspiración de muchas mujeres –sobre todo en las grandes ciudades, pero “por contagio” también en el campo– de ser esposas y madres a una edad joven y al mismo tiempo desarrollar una profesión es considerada poco realista, limitando las posibilidades de las mujeres: necesitan aprender nociones de economía doméstica para resolver los problemas creados por la vida moderna, y no es lo más acertado pretender que aporten dinero a la casa mediante el trabajo fuera del hogar o la atención de pequeñas industrias (INTA, 1961a, p. 9).

Las tareas rutinarias que demanda la vida familiar “no pueden delegarse” y “siempre o la mayoría de las veces recaen como una obligación exclusiva de la madre o de las hijas”. Si bien se reconoce esto como un problema, la solución propuesta no incluye la redistribución de esas tareas entre los otros miembros de las familias (es decir, los varones), sino que consiste en la incorporación de la ciencia y la tecnología mediante “máquinas e implementos que simplifican, perfeccionan y hacen mucho más eficiente su realización” (INTA, 1961a, p. 9). La posibilidad de acceder a estas tecnologías no se cuestiona, así como tampoco se reflexiona acerca de las condiciones de vida en el agro y sus particularidades regionales, lo que nos puede dar un indicio del tipo de familias a las que se dirige esta propuesta.

En su demostración, la profesora de economía doméstica Amanda C. R. de Ramella se encarga de exhibir algunos aparatos (un termostato, una máquina de tejer y una estufa parabólica, entre otros) y enumerar sus bondades: permiten “simplificar, conseguir perfeccionamiento, mayor ahorro de energía, ahorro de tiempo”. También elogia al gas y la electricidad, los elementos que permiten que los aparatos funcionen. Esta charla y la demostración que le sigue se inscriben en el proceso de tecnificación del espacio doméstico que busca racionalizar las tareas reproductivas sin poner en cuestión la división sexual del trabajo (Pérez, 2011). En este sentido, el papel de las mujeres sigue siendo preponderante: deben “armonizar y combinar todo lo que con su acción de madre pueden hacer, porque reconocen que en el hogar rural [...] se va forjando la juventud, sana e incontaminada, esperanza del país, para que la patria cumpla sus grandes destinos” (INTA, 1961a, p. 10).

Otras ponencias se refieren a distintos temas con la misma tónica, reproduciendo una estructuración de género con un claro orden je-

rárquico, en el que las mujeres aparecen subordinadas a los varones. En estas charlas se puede constatar la fuerte influencia de los postulados de la Iglesia Católica en la orientación de la extensión del INTA.²³ La exposición del matrimonio compuesto por la señora Fanny Palacios de Olivera²⁴ y el doctor Jorge Olivera comienza efectivamente con una escena bíblica, afirmando que

[...] la esposa es en realidad la colaboradora del hombre y puesta en el mundo después que Adán, para colaborar y ayudar. Dios la creó con esa idea de que no era bueno que el hombre estuviese solo y le hacía falta una compañera. Muchas veces tanto en la ciudad como en el campo la mujer usurpa el papel que le corresponde al hombre. Gravísimo error [...] (INTA, 1961a, p. 12).

Si bien sostienen que los varones deben participar en la educación de los hijos, se refieren a esta participación como una “ayuda” que debe consistir en colaborar “en el baño del niño, cambiarlo alguna vez, dormirlo, etc.” (INTA, 1961a, p. 15). Por otra parte, la especialista en relaciones familiares Jorgelina Ruibal afirma que “pasarse la tarde leyendo una revista” o demorarse “conversando con una vecina” puede ocasionar el incumplimiento de las tareas domésticas por parte de las mujeres, resultando en una acumulación del trabajo y en la falta de orden en el hogar, mientras que la doctora Modesta D. de Calabrese

²³Cecilia Gárgano (2017a) traza un paralelo entre el caso del INTA y el peso de la religión en la extensión rural estadounidense, donde la instrucción de las conductas y las pautas de socialización del cristianismo acompañan permanentemente el trabajo con mujeres y jóvenes rurales. En cuanto al INTA, las influencias del catolicismo continúan permeando sus espacios y comunicaciones hasta la actualidad.

²⁴Sobrina del abogado y legislador socialista Alfredo Palacios.

afirma que todas las mujeres son “mamás en potencia”, y que pocas parejas al momento de unirse piensan en “formar el clima adecuado al niño que *naturalmente* debe nacer, por la *condición intrínseca* de la mujer y la finalidad del matrimonio” (INTA, 1961a, p. 33).

Por otra parte, las asistentes a la Convención forman parte de mesas de trabajo en las que se discuten cuestiones relativas al funcionamiento de los clubes, sus deberes, su acción en la comunidad, la conquista de nuevas socias, la creación de nuevos grupos y la realización de proyectos a nivel individual y grupal. En las conclusiones de una de estas mesas se hace referencia a la “doble misión” que tienen las mujeres (trabajar para mejorar sus hogares y sus comunidades), aunque se establece una clara jerarquía entre ambos espacios. Perseguir la elevación de la comunidad propia “no es motivo para desatender su hogar, su esposo y sus hijos; ordenando sus energías y tiempo puede dedicar horas a las actividades comunitarias” (INTA, 1965, p. 29).

Tras la llegada a la Presidencia de la Nación en octubre de 1963, de Arturo Illia, quien designa a Walter Kugler como Secretario de Agricultura y Ganadería y a Gastón Bordelois como Presidente del INTA, se empieza a trabajar con las delegadas en dos temas específicos, orientados al desarrollo de las comunidades y al mejoramiento de la vida en el campo: la electrificación y el saneamiento básico rural. El trabajo en estas áreas se ve reflejado en los informes de las Convenciones Nacionales de CHR: en la Cuarta edición (1965) se realiza un panel con especialistas, socias y una asesora de Hogar Rural, en el que se plantea la importancia de la electrificación en el campo y las ventajas que ofrece a la población a nivel social y cultural. Dos socias de clubes bonaerenses (Felisa Oyarzum, del CHR La Familia, de Lobos, y Elba Moriones, del CHR Siempre Unidas, de Bolívar) presentan proyectos que ya están siendo desarro-

llados en su zona con participación de sus clubes, mientras que el ingeniero Antonio Sancho, supervisor en extensión del INTA, se refiere a la “organización cooperativa como recurso económico de eficacia para poder concretar la electrificación rural” (INTA, 1965, p. 38).

En la Quinta Convención (1967), luego de evaluar el grado de aceptación de los clubes con respecto a estos temas, se busca iniciar a las socias en el liderazgo para la promoción de acciones que permitan desarrollar nuevos proyectos de electrificación y saneamiento en distintos rincones del país. Estas aspiraciones del INTA parecen dar cuenta del éxito de los clubes (al menos parte de ellos) como espacios de acumulación de poder territorial y de la consolidación de los liderazgos de algunas socias en sus comunidades, ya que se les encomienda la tarea de coordinar acciones con otros organismos (a nivel provincial y municipal) para llevar adelante estos proyectos. Al mismo tiempo, en el marco de estas iniciativas se brindan charlas técnicas a las mujeres, cuyos contenidos contrastan con la caracterización de sus deberes en años anteriores por parte del INTA. Es posible que este giro responda a una realidad rural cambiante, o a una demanda de mayor complejidad por parte de las socias (o a ambas). Lo cierto es que los proyectos de saneamiento y electrificación se sostienen en el tiempo a pesar de los cambios políticos e institucionales (comienzan bajo el gobierno democrático de Illia y continúan en la dictadura de Onganía).

En uno de los paneles, conformado por cuatro ingenieros agrónomos de la Dirección de Saneamiento Ambiental de la Secretaría de Salud Pública de la Nación y la Oficina Sanitaria Panamericana,²⁵ se dan

²⁵En la actualidad denominada Organización Panamericana de la Salud, es la agencia especializada en salud del Sistema Interamericano encabezado por la OEA y funciona

explicaciones respecto del saneamiento de la vivienda, la evacuación de excretas, el tratamiento de la basura y la disponibilidad y potabilidad del agua –además de su peligrosidad, producto de su potencial actuación como agente transmisor de enfermedades–. Según el ingeniero agrónomo Luis E. Loffi, el objetivo de este proyecto es que los CHR se transformen en centros difusores de buenas prácticas, “adquiriendo la magnitud de institución comunitaria que se proyecte a la comunidad a la que pertenece, o a la que pertenecen sus integrantes” (INTA, 1967, p. 56). Luego de las exposiciones se presenta una guía de discusión a las socias para debatir este tema.

Las delegadas llegan a la conclusión de que, como amas de casa, deben crear conciencia entre sus familiares y dar el ejemplo en la comunidad difundiendo conocimientos y buenas prácticas sanitarias. Por otra parte, consideran que no ha existido una acción coordinada y sistemática por parte de los organismos gubernamentales (no se especifica a cuáles se hace referencia), “cualquiera sea su nivel”. Más allá de la tarea permanente del INTA y los clubes es necesaria “una mayor atención por parte de los poderes públicos hacia los problemas de la comunidad, y el aporte activo de ésta a la solución de sus problemas, colaborando en la construcción de obras de saneamiento” (INTA, 1967, pp. 101–102). En parte debido a estas conclusiones, a fines de 1967 se firma un convenio entre el INTA y el Departamento de Saneamiento Ambiental de la Secretaría de Salud Pública para poner en marcha un Plan de Saneamiento Básico Rural que se ocupe de la provisión de agua, el mejoramiento de las viviendas y la salud ocupacional agrícola. Las técnicas de los CHR (así como los y las técnicas de

como la oficina regional para las Américas de la Organización Mundial de la Salud.

los Clubes 4-A) son capacitadas por la Secretaría de Salud Pública en el marco de este Plan para asistir en “la realización de diversas tareas concretas en el campo del saneamiento” (INTA, 1970d, p. 1).

En la Quinta Convención (1967) también se realiza un panel sobre electrificación rural en el que se tratan distintos subtemas relativos a esta cuestión, como la financiación de un plan de electrificación, la función de la organización cooperativa, la electricidad aplicada a las actividades agrícolas y en el confort del hogar. Las principales razones por las cuales se promueve la electrificación están en sintonía con los objetivos del Programa Hogar Rural. No se trata de una innovación tecnológica más entre otras, sino de “un agente acelerador del *desarrollo*, un factor dinámico de la economía, ligado a los cambios de la productividad” (INTA, 1967, p. 69). Entre los beneficios que reporta el servicio eléctrico permanente se cuentan un aumento en las comodidades del hogar y el rendimiento de las labores domésticas, pero también un aumento de los ingresos, en tanto permite mejorar la calidad de la producción y facilita la conservación y manejo de los productos. Al mismo tiempo, estos beneficios se traducen en un aumento del valor de las propiedades electrificadas, lo que contribuiría al afincamiento de los productores y sus familias en el campo, evitando así los éxodos a las grandes urbes, cuyo ritmo aún no se desacelera (Holubica, 1988; Recchini de Lattes y Lattes, 1969, 1975).

El panel incluye una exposición acerca de la electricidad en el confort hogareño por parte del señor Guillermo Tetzlaff, técnico de General Electric Argentina. En línea con el proceso de tecnificación del espacio doméstico ya mencionado en este capítulo (Pérez, 2011), Tetzlaff se refiere a los artefactos eléctricos como herramientas de confort, “servidores silenciosos y eficientes que prestan una verda-

dera ayuda” y que han llegado a cambiar el estilo y el ritmo de las tareas hogareñas, permitiendo reducir la mano de obra necesaria para la atención de las diversas funciones que se cumplen en la casa (INTA, 1967, p. 76). Estos artefactos “permiten al ama de casa *multiplicar su acción* y organizar su tiempo en una forma tan eficaz como no lo podría hacer aún con numerosa servidumbre”. Nuevamente, se pone de manifiesto el papel de las mujeres como administradoras del hogar, y se orienta la búsqueda de una mayor eficiencia hacia la adquisición de electrodomésticos, evitando la distribución de las tareas domésticas entre los otros miembros del grupo familiar y, al mismo tiempo, dando por sentadas las posibilidades reales de acceso a los artefactos eléctricos. Con respecto a la carencia de asesoramiento respecto del rendimiento, la calidad y la eficiencia de los electrodomésticos que existe en las zonas rurales, se propone la promoción de cursos por parte de los CHR, una mayor disponibilidad de información acerca del uso de artefactos y la prevención de accidentes, y la elaboración de un orden de prioridad para la adquisición de aparatos eléctricos.

Tres años más tarde, al momento de la Sexta Convención (1970), se informa sobre los resultados de las experiencias llevadas a cabo “pasando de lo posible a lo real” gracias a la acción de las socias y los clubes (INTA, 1970b, p. 11). De acuerdo con las delegadas el tema de la electrificación rural ha sido tratado en casi todos los clubes y la recepción ha sido ampliamente positiva; es probable que este éxito se deba a una demanda ya existente que a la demostración de las bondades de los electrodomésticos. Gracias a esta aceptación ha sido posible la formación de cooperativas, el tendido de líneas troncales, la promoción de la electricidad como medio para alcanzar el desarrollo y la realización de cursos para socias acerca de estos temas.

También se han realizado acciones en el marco del Plan de Saneamiento Básico Rural, que incluyen hacer analizar muestras de agua, construir filtros, proteger fuentes de agua y perforar a profundidad, instalar cañería de distribución, desinsectar la vivienda, construir y mejorar letrinas e instalar baños. Las socias presentes coinciden en que este Plan es indispensable y debe continuarse sin escatimar esfuerzos, pero reclaman una política crediticia más favorable, trámites más ágiles y más oportunidades de capacitación. De acuerdo con el informe de la Sexta Convención, el desarrollo de estos dos programas permite concluir que los CHR cumplen una de las funciones para las que fueron pensados: actuar “como factores de arraigo de la familia al medio rural, como estímulo de elevadas aspiraciones, y como puntos de apoyo en los que se cimenta el progreso agropecuario” (INTA, 1970b, p. 11). Los liderazgos femeninos (otro interés del Programa) también parecen estar consolidados, a juzgar por el éxito inicial de estos proyectos.

Más allá de la preocupación por el bienestar de las familias rurales y el constante impulso al desarrollo, hasta principios de la década de los '70 las referencias a la situación sociopolítica del país son escasas. Esto resulta llamativo, ya que la primera etapa del Programa (1958-1974) está caracterizada por la poca estabilidad institucional, la proscripción de la fuerza política mayoritaria, la alternancia entre gobiernos democráticos y militares, y una progresiva radicalización de las formas de hacer política. La única autoridad del INTA que se expresa en este sentido frente a las asistentes, aunque de manera lateral, es Piangiarelli de Vicién. En su discurso de apertura de la Cuarta Convención Nacional de 1965 acepta el deseo de las mujeres rurales de “estar presente[s] en todas las manifestaciones sociales, políticas y culturales del momento actual”, pero sostiene que “es necesario fijar

posiciones definitivas y claras, para no arrastrar hacia el caos la organización familiar y lo bueno que la tradición nos ha legado” (INTA, 1965, p. 9). Cinco años más tarde la Asesora Nacional del Hogar Rural afirma que es necesario

[...] inducir a los hombres a que sigan el ejemplo de estas valerosas mujeres que quieren una patria unida, para que la palabra desarrollo, no pase de ser un mero deseo, y se convierta en una luminosa realidad. Para que sepamos seguir trabajando pacífica y eficientemente, aun en condiciones adversas como nos ha ocurrido en estos días difíciles para la Nación,²⁶ en que providencialmente vivimos, a la que tanto amamos, y cuyos problemas deseáramos ver definitivamente superados (INTA, 1970b, p. 79).

De todas formas, en ningún momento se hace referencia a acontecimientos específicos, y el impacto de la coyuntura política en el desarrollo del Programa no se ve reflejado en los informes publicados por el INTA. Como mencionamos anteriormente, en 1965 en el marco de la Cuarta Convención Nacional las socias son recibidas en la Casa Rosada por el presidente Arturo Illia, electo democráticamente –aunque el principal partido político estaba proscrito y su líder, el general Juan Domingo Perón, aun se encontraba en el exilio– en 1963. Las delegadas que asisten a la Quinta Convención Nacional en 1967 también visitan la Casa de Gobierno, pero quien las agasaja es el general Juan Carlos On-

²⁶Diez días antes del comienzo de la Sexta Convención Nacional de Hogar Rural se da a conocer públicamente la organización armada revolucionaria Montoneros, con el secuestro y posterior asesinato del ex presidente de facto Pedro Eugenio Aramburu. Esta acción provoca una crisis en el debilitado gobierno de facto del general Juan Carlos Onganía, que se ve obligado a renunciar el 8 de junio de 1970, el mismo día en el que comienza la Convención.

ganía, presidente de facto y artífice del golpe de Estado conocido como “Revolución Argentina”, que un año antes había derrocado a Illia. En el informe de la Convención no se hace referencia alguna al golpe de estado ni se especifica que se trata de un gobierno militar, y la visita es presentada de manera muy similar a aquella realizada dos años antes.

Sin embargo, el regreso de la democracia, el fin de la proscripción del peronismo y su eventual vuelta al poder en 1973 configuran un escenario en el cual el INTA sufre numerosos cambios que afectan a todas sus áreas, incluido el Servicio de Extensión. Según Gárgano, “el Instituto no permaneció ajeno al alto grado de movilización social y política que atravesaba al país. [...] existieron cuestionamientos a su rol tradicional, que buscaron poner en cuestión para quién y cómo debía producir conocimientos y tecnología agropecuaria” (2017a, pp. 166–167). El informe de la Séptima Convención Nacional de Hogar Rural (INTA, 1973) celebrada en noviembre de ese año refleja algunos de estos cambios, que no obstante generan dentro del organismo tensiones análogas a las que se suceden a nivel político y socioeconómico en todo el país.

El sector agropecuario es considerado un engranaje clave dentro del proyecto reformista del tercer gobierno peronista, que se encuentra ante la obligación de conformar nuevos equipos en los diferentes organismos estatales, entre los que se encuentra el INTA. El perfil de los funcionarios elegidos conjuga su adscripción al peronismo con una formación profesional especializada en el área, y en algunos casos se trata de personas que han hecho carrera profesional dentro del instituto (Gárgano, 2017a, p. 68). La renovación alcanza cargos de gran importancia como la Presidencia, la Vicepresidencia y la Dirección Nacional de Extensión, pero no es total, ya que la

Comisión Directiva está integrada por representantes de las entidades corporativas rurales que no son designados por el Poder Ejecutivo. Debido a las diferencias políticas, las reuniones de Comisión se caracterizan por la fricción entre los nuevos y viejos dirigentes y por “la construcción de una retórica que acompaña a esta nueva gestión”, un discurso “anclado en un clima de época general y en las orientaciones planteadas para el sector científico en particular” (Gárgano, 2017a, pp. 72-73). Este discurso se hace presente en más de una ocasión en el informe de la Séptima Convención Nacional.

Además de señalar las ya conocidas virtudes de los CHR –contribuyen a superar el nivel de vida familiar y comunitario, las mujeres adquieren conciencia de la importancia de agruparse para resolver problemas– en el prefacio del informe se sostiene que a los esfuerzos por aumentar la producción “se debe agregar la importante misión de la formación social y cultural de la familia a los fines de lograr la Argentina pujante y liberada para ocupar el lugar histórico que por derecho le corresponde” (INTA, 1973, p. 3). Las conclusiones de los paneles y las mesas redondas, en las que las delegadas participan de manera activa, confirman que los clubes

[...] actúan decididamente en el arraigo de la familia al medio rural como estímulo de elevadas aspiraciones y como punto de apoyo para que el Acta del Compromiso del Estado y los productores para una política concertada de expansión agropecuaria y forestal asegure *la reconstrucción y la liberación nacional*, así como, *la revolución en paz*, que fervientemente desea *el pueblo argentino* que conducirá a la gran expansión agropecuaria para asegurar la grandeza nacional (INTA, 1973, p. 5).

La nueva retórica aparece en el discurso del médico veterinario Horacio D. Figueiras,²⁷ quien ocupa la Vicepresidencia del INTA. En su exposición Figueiras recupera una serie de tópicos peronistas para dirigirse a las delegadas: la “comunidad organizada” como objetivo primordial para evitar las acciones individuales y egoístas y para alcanzar la libertad del pueblo y de la nación; la mujer como núcleo aglutinador del hogar, la versión mínima de la comunidad organizada; la inquietud acerca de la agremiación de los trabajadores rurales. También retoma algunos conceptos fundamentales expresados por Perón con respecto a la relación del hombre con la naturaleza para delinear las futuras guías de trabajo.

Con respecto al rol de las mujeres en la sociedad, las delegadas reciben un discurso por parte de la diputada peronista Virginia Sanguinetti,²⁸ quien reflexiona acerca de lo que debe significar para las mujeres su participación en la vida ciudadana con un enfoque de tipo histórico, pero también referido a la situación actual del país. El lugar de enunciación que la diputada reivindica para sí misma es el peronismo, pero si bien se distancia del feminismo y le realiza diversas críticas, algunas de sus observaciones resuenan en las proclamas feministas actuales, casi medio siglo más tarde.

²⁷Horacio Figueiras, cuadro activo profesional de la organización peronista Trasvasamiento, asume la Presidencia del INTA en noviembre de 1973 tras la renuncia de Marcelo Bordas. El propio Figueiras renuncia a su cargo poco más de un año más tarde, tras la disolución de la organización política a la que pertenecía (Gárgano, 2017a).

²⁸Militante de la agrupación peronista Guardia de Hierro, ligada a la organización Trasvasamiento y surgida en la década de los '60 durante la prescripción del peronismo. Sanguinetti es electa diputada en las elecciones de marzo de 1973, en las que se celebra el retorno a la democracia tras siete años de gobiernos dictatoriales.

La diputada Sanguinetti comienza su reflexión poniendo en duda un argumento que borra la presencia de las mujeres en la sociedad a lo largo de la historia. En este sentido, sostiene que las paredes de las casas aíslan y separan a las mujeres del resto de la sociedad, y que mientras que los varones producen bienes socialmente visibles, la supuesta ausencia de las mujeres de la sociedad se debe a la invisibilidad social de los bienes que ellas producen en la esfera doméstica. Para reforzar su argumento, la diputada reivindica al trabajo doméstico como tal y discute la falta de remuneración del mismo, poniendo de manifiesto su carácter de actividad económica y su función social, en contraste con lo expresado por el INTA desde los inicios del Programa:

[...] si la mujer en su casa no se dedicase al cuidado de sus hijos, si la mujer no se dedicara al cuidado de los ancianos, ni se lavara la ropa y no preparara la comida y no atendiera a las necesidades del hogar, eso lo tendría que realizar un trabajador (INTA, 1973, p. 73).

De acuerdo con Sanguinetti, es necesario darse cuenta “de la importancia que tiene la participación de la mujer, aún de la mujer que *trabaja como ama de casa*. Tan importante es esto que, en realidad, la mujer es el cimiento económico y social invisible de la sociedad” (INTA, 1973, p. 73). Por otra parte, caracteriza a la entrada de las mujeres en la esfera pública y el mercado laboral como un avance, pero al mismo tiempo critica a los movimientos feministas por haber luchado por esta posibilidad sin tener en cuenta el costo que podía implicar: la doble jornada laboral, que convierte al trabajo doméstico en “una obligación [más que] algo que ella voluntariamente lo hace como un aporte a su familia y a la comunidad” (INTA, 1973, p. 74). Esta afirmación contrasta con las continuas apelaciones del Programa a las muje-

res para que actúen con entrega y abnegación en beneficio de su esposo, sus hijos y su comunidad sin esperar ningún tipo de retribución.²⁹

También se refiere a las mujeres el Secretario de Estado de Agricultura y Ganadería, el ingeniero agrónomo Horacio Giberti, quien había sido Presidente del INTA entre 1958 y 1961.³⁰ Al abordar un tema que constituye una eterna preocupación para los planteles dirigentes como el éxodo rural femenino, Giberti señala ciertos matices que diferencian a su planteo de los anteriores. Sostiene que cuando la vida en el campo no se debe a una elección sino a “una forzosa forma de vivir”, el grupo familiar está atado a la producción y “menos posibilidades tiene la mujer de realizarse como ser humano”:

Allí, un medio que no es propicio la aísla, la rechaza, la oculta. Se vuelve verdaderamente difícil la auténtica liberación femenina. De ahí entonces que el éxodo frecuente de la juventud del campo hacia las ciudades sea mucho más frecuente en la rama femenina, debido a ese rechazo del medio que le es hostil, cuando debiera serle favorable (INTA, 1973, p. 33).

Pensar en las mujeres para abordar la cuestión del éxodo no es una novedad, pero en este caso no aparecen como las “culpables” de la migración de sus familias, sino como jóvenes que son víctimas de un medio que no las favorece y las obliga a buscar oportunidades en otros ámbitos. En este sentido, la solución a este y otros problemas se invierte. En lugar de impulsar el desarrollo individual para alcanzar el desarrollo comunitario y luego el de todo el país, el círculo virtuoso

²⁹Ver análisis del folleto “¿Está usted enterada?” (INTA, 1970a) en el Capítulo 2.

³⁰Ver <https://inta.gob.ar/documentos/presidentes-del-inta-desde-su-creacion>.

debería funcionar al revés. De acuerdo con Giberti, no debería ser necesario elevar el nivel de bienestar de la familia rural para que, como consecuencia de ello, el país alcance su desarrollo, sino que

[...] la solución de fondo, en realidad, debe buscarse en el marco de la recuperación y de la *liberación nacional*; en el *rescate de la toma de decisiones del país para el país*. Este rescate de la toma de decisiones para el país es un rescate de la toma de decisiones para el hombre, para el género humano (INTA, 1973, p. 33).³¹

Por otra parte, en sintonía con la nueva retórica mencionada anteriormente, el Secretario de Agricultura alerta contra una falsa liberación femenina, posiblemente ligada a la “revolución sexual” de los años 60 y a las reivindicaciones de los movimientos feministas de la época.³² En este sentido afirma que “pasa de aquella vieja frase de la máquina de procreo, a ser una máquina de la sociedad de consumo” y que “usar el sexo como estímulo para el consumo, divorciándolo del amor, que es su base esencial” no constituyen una señal de progreso (INTA, 1973, p. 35). Por último, con respecto a la misión de los clubes, sostiene que deben dedicarse a la elevación cultural para aportar

[...] al gran proceso común para la recuperación y liberación nacional que constituyen nuestra revolución en paz, hecha, como decía días atrás nuestro Ministro de Economía, “con la tinta de las leyes y no con la sangre de los hombres”, porque así lo permite y así lo quiere el pueblo argentino (INTA, 1973, p. 36).

³¹En este sentido, la “liberación nacional” y la “liberación femenina” mencionadas anteriormente por Giberti aparecen ligadas en una relación causal: sin la primera, la segunda no puede alcanzarse.

³²Sobre estos temas, ver Cano, 1982; Calvera, 1990; Ergas, 1993; Nari, 1996; Felitti, 2000, 2006.

Lamentablemente, esta “revolución en paz” no sería más que un efímero deseo. Tras la muerte de Perón y la escalada creciente de violencia política, en octubre de 1974 Giberti deja la Secretaría de Agricultura y Ganadería, acompañando la renuncia del Ministro de Economía José Gelbard. Sin el respaldo del secretario, los funcionarios que se habían hecho cargo del INTA tras la vuelta de la democracia se ven obligados a renunciar dos meses más tarde. En lo que respecta a extensión rural los intentos de renovar parcialmente los enfoques por parte de este grupo no habían sido exitosos. El Programa de Promoción de Servicios Familiares y Comunitarios Rurales, presentado a comienzos de 1974, planteaba la necesidad de no limitar la asistencia al apoyo tecnológico, reforzando la importancia de la promoción social integral de la familia rural –argumentos que estaban en sintonía con lo expresado por las asesoras del Hogar Rural-. Sin embargo, las tensiones al interior del Consejo Directivo del INTA no permitieron obtener los apoyos necesarios y, al igual que otras iniciativas de la Secretaría de Agricultura y Ganadería, el Programa nunca se hizo realidad.

Tras el recambio de autoridades, un decreto presidencial de María Estela Martínez de Perón dispone la intervención del Instituto en mayo de 1975. Menos de un año más tarde, tras el golpe de estado del 24 de marzo de 1976, las Fuerzas Armadas decretan una nueva intervención en el INTA.³³ A partir de este momento el trabajo de extensión deja de estar ligado a las problemáticas de la comunidad y a la producción familiar, para enfocarse en la transferencia de tecnología a un nuevo

³³Para más información acerca de la intervención militar del INTA durante la última dictadura, se puede visitar el sitio <http://laintervencion.inta.gob.ar/> desarrollado como parte de un proyecto de investigación dirigido por la historiadora Cecilia Gárgano.

público: los técnicos del sector privado. Los productores fuertemente capitalizados pasan a ser la prioridad del trabajo de extensión, al mismo tiempo que se deja de lado la inserción en las comunidades y se pierde el contacto con una parte importante de la población rural.

De acuerdo con un extensionista, en este período el trabajo con la familia rural decae y pierde su línea conductora, y se separa de hecho el trabajo con el productor rural y con su familia, lo que hasta ese momento era el ideal del extensionismo del INTA (Gárgano, 2017b, p. 14). En este contexto, las actividades del Programa Hogar Rural impulsadas desde el INTA se ven interrumpidas en 1974. El trabajo continúa en algunos clubes de manera independiente, pero el mensaje recibido desde el Instituto es distinto; una ex asesora de Hogar Rural manifiesta que se abandona el servicio de trabajo social por sobre todas las cosas (Gárgano, 2017a, p. 206). Las actividades por parte del INTA se retoman unos años más tarde tras una reunión entre las socias y los extensionistas en marzo de 1978 (INTA, 1981), pero el propio organismo disminuye gradualmente su influencia y descentraliza el control del Programa hasta su finalización a principios de la década de los '90.

| REFLEXIONES FINALES |

El Programa Clubes del Hogar Rural nace en 1958, haciéndose eco de iniciativas similares llevadas adelante desde el Estado (como la enseñanza del Hogar Agrícola del MAN) y desde la sociedad civil (por ejemplo, AFAR y los cursos de la FAA), bajo los dictados de la sociología rural norteamericana y el pensamiento “cepalino” desarrollista, que aumenta su influencia en los años posteriores al derrocamiento de Perón. Su objetivo principal consiste en capacitar a las mujeres rurales y generar un espacio de encuentro entre ellas, con el propósito de contribuir al desarrollo económico, social y cultural del agro, y elevar el nivel de vida de los grupos familiares y de las comunidades en las que se establecen.

En este libro intentamos comprender desde una perspectiva de género las políticas agrarias argentinas en la segunda mitad del siglo XX. Con este objetivo, focalizamos el análisis en el INTA y sus iniciativas de extensión rural, especialmente aquellas ligadas a lo social, entre las que se encuentra el Programa Hogar Rural. A través del análisis de sus antecedentes e influencias, sus fundamentos, sus objetivos y su metodología de trabajo, podemos conocer las concepciones acerca de las familias rurales y las expectativas sobre las mujeres expresadas por una agencia estatal como el INTA, en el diseño de una política llevada adelante en un contexto marcado por la profundización de las migraciones rural-urbanas y el aumento de la participación femenina en el mercado de trabajo.

A partir del estudio sistemático de las fuentes institucionales disponibles y desde una perspectiva de género –que constituye el principal aporte de esta investigación– de la primera etapa de desarrollo del Programa (entre 1958 y 1974), podemos constatar nuestra hipótesis inicial acerca de la doble potencialidad que posee esta política. Por un lado, los CHR son pensados como un instrumento estatal para operar sobre el arraigo de las familias rurales, de forma similar a sus antecesores (Hogar Agrícola, AFAR, etc.), de acuerdo con la percepción de las mujeres como factor clave del éxodo. Por otro lado, constituyen una herramienta de promoción de liderazgos entre las mujeres participantes, al constituir las como referentes en sus comunidades y contribuir a la realización de proyectos con impacto real en sus regiones de origen.

Si bien ambos componentes aparecen como objetivos en el diseño de la política, el primero de ellos tiene un peso mayor –como vimos en los capítulos 2 y 3–, en tanto la finalidad subyacente del Programa es contrarrestar los flujos migratorios. Sin embargo, en el accionar concreto la promoción de liderazgos alcanza resultados más tangibles: mientras que el éxodo se profundiza durante las décadas de los ‘60 y ‘70, las mujeres rurales que forman parte de los clubes adquieren un rol preponderante en sus comunidades, en especial las delegadas que ven proyectada su participación en espacios públicos.

En un primer momento, los proyectos desarrollados por las socias tienen un alcance limitado y se circunscriben a su formación individual, además de estar alineados con aquellas tareas concebidas como “femeninas” en el ámbito rural. En este sentido, se realizan trabajos en áreas como preparación y conservación de alimentos, corte y confección, horticultura y primeros auxilios. Esta limitación del universo de lo posible para las mujeres rurales también se registra en las

charlas y paneles de las Convenciones Nacionales de Clubes del Hogar Rural, una serie de encuentros organizados por el INTA –analizados en el capítulo 4– con el propósito de generar espacios de sociabilidad, aprendizaje e intercambio de conocimientos entre las socias de todo el país. Sobre todo en las primeras convenciones, las charlas brindadas a las socias abarcan cuestiones ligadas al ideal de mujer doméstica y “centro afectivo de la vida familiar”, aspectos de la maternidad y la educación de los hijos e hijas. En estas ponencias se postula una estructuración de género con una rígida división entre tareas productivas y reproductivas, que contrasta con la lábil frontera que separa a estas actividades en las diversas realidades del agro argentino. Desde la perspectiva de quienes exponen en las convenciones, las tareas reproductivas son las que “corresponden” a las mujeres rurales, quienes deben contribuir al desarrollo económico cumpliendo su misión como ejes del hogar para garantizar el arraigo de las familias al campo. Si bien estas concepciones no son nuevas, en este período surgen como respuesta a la creciente aspiración de “muchas mujeres [que] quieren ser esposas a una edad joven y ser a la vez madres, y continuar al mismo tiempo ejerciendo o ampliando una profesión” (INTA, 1961a, p. 8). Estos anhelos son considerados poco realistas por los oradores invitados a las convenciones, quienes insisten en la necesidad de que las mujeres aprendan nociones de economía doméstica, obliterando al trabajo remunerado fuera del ámbito familiar como una alternativa. Es posible que esto se deba a la percepción del trabajo extradoméstico como un factor que contribuiría al éxodo en lugar de desalentarlo, y que pondría en discusión la división del trabajo imperante.

Sin embargo, con el paso del tiempo es posible notar cambios en la perspectiva del INTA, probablemente a causa de las crecientes y

renovadas demandas de las socias, el contexto social global –las transformaciones propuestas en el ámbito urbano para sus congéneres– y la continuidad de las migraciones. En cuanto a los proyectos, su escala se amplía y empiezan a dirigirse a las comunidades: desde los CHR las socias impulsan planes de saneamiento y electrificación rural, llevan adelante campañas de vacunación, construyen refugios peatonales y arreglan caminos, asisten en barrios de emergencia y propician la construcción y el mejoramiento de viviendas, entre otras actividades. La complejidad de estos proyectos y la articulación con otras instituciones y organizaciones públicas y privadas (sobre todo en el caso del saneamiento y la electrificación) demuestran el grado de liderazgo alcanzado por las mujeres en sus comunidades y su capacidad de intervención pública, así como el impulso y apoyo por parte del mismo INTA a estos proyectos.

En este sentido, en el transcurso del Programa se genera paulatinamente una tensión entre el “modelo” de mujeres rurales propuesto por el Instituto, asimilable al “ideal de mujer doméstica” imperante desde principios del siglo XX (Nari, 2004, p. 71), y las mujeres que conforman los clubes. Mientras asisten a las reuniones y convenciones, desarrollan proyectos y se constituyen en referentes de sus localidades, demuestran no ser destinatarias pasivas de esta política social y se convierten en “agentes” del bienestar, frente a la mirada del INTA. Hacia principios de la década de los ’70 se afirma que en las reuniones sostenidas a nivel local, regional y nacional las socias ponen en discusión el papel que les corresponde desempeñar en sus familias y en sus comunidades (INTA, 1970b, Introducción). Es probable que en estos debates –y en las prácticas– se superen los límites de los roles propuestos por los contenidos del Programa en los primeros años, considerando el liderazgo alcan-

zando por algunas socias a nivel local. El interés de las participantes activas de los clubes por adquirir nuevas responsabilidades que excedan el ámbito doméstico es recogido por las técnicas del Instituto, quienes acompañan el pedido de las socias por una expansión de los horizontes del Programa. Son estas profesionales quienes, al mismo tiempo, reclaman por la participación real de las mujeres en los distintos niveles de los Consejos Asesores del INTA, en el Seminario de Extensión en Hogar Rural celebrado en noviembre de 1971.³⁴

Un concepto que atraviesa permanentemente el recorrido de este Programa, en sintonía con el clima de ideas de la época en la que se lleva a cabo, es el de “desarrollo”. Inspirándose en el decreto-ley de creación del INTA, el desarrollo es mencionado continuamente como el objetivo final del Programa y de la extensión rural en general. De acuerdo con el organismo, las mujeres deben cumplir un rol esencial para convertir en realidad el desarrollo en diferentes ámbitos: familiar, comunitario, rural y, por último –y más importante–, nacional. Sin embargo, su desarrollo personal es ignorado –al igual que la construcción de su identidad como productoras– o apenas mencionado como un primer paso necesario para luego servir mejor a otros. En este sentido, no se impulsa a las mujeres a pensarse a sí mismas como relevantes –o como individuos independientes–, sino que se valorizan sus actividades siempre que contribuyan a cumplir con otros objetivos: los de la familia, de la comunidad, de la nación. Su trabajo en pos del desarrollo

³⁴No contamos con evidencia de que este reclamo haya sido escuchado, aunque lo más probable es que no se haya alcanzado la representación pedida. El acceso a puestos de poder y toma de decisiones por parte de las mujeres no ha sido fácil en el INTA: su actual presidenta, Susana Mirassou, designada el 20 de enero de 2020 (decreto 93/20), es la primera mujer en ocupar ese cargo.

queda integrado a las nociones de altruismo y entrega que se suponen características de “lo femenino”, por lo que sus identidades de género se construyen ligadas a unos destinos “biológicamente” determinados, desde la perspectiva que construye este programa del INTA.

La misma lógica instrumental se verifica en las concepciones acerca de la relación entre las mujeres y las migraciones rural-urbanas. En continuidad con las expresiones de la primera mitad del siglo XX, se las considera al mismo tiempo como la causa principal del éxodo y como la herramienta para garantizar el arraigo familiar en el campo. En este sentido, si bien se entiende que el alcance de esta política es limitado, se espera que tenga un efecto disuasivo sobre las migraciones. Sin embargo, consideramos que el Programa no contempla cuestiones estructurales de la población rural que tienen una mayor incidencia sobre sus movimientos, como la pobreza, la falta de oportunidades laborales, el aislamiento, las difíciles condiciones de transporte y comunicación, y las carencias en función de otros elementos del bienestar social –educación, infraestructura, sociabilidad, etc.–. Estos problemas entrarán en consideración durante la década de los '80, cuando la profundización de las tendencias migratorias y la pauperización de algunos sectores de la población rural obligan al INTA a modificar su estrategia de extensión. Los Clubes del Hogar Rural y 4-A son gradualmente abandonados y reemplazados por distintos programas segmentados por nivel de producción y no por género de la población. La pobreza en zonas rurales y periurbanas es abordada por uno de estos nuevos programas, ProHuerta, orientado al desarrollo de huertas y granjas para promover la autoproducción de alimentos frescos en aquella población que no se los pueda procurar de otro modo. De esta manera se potencia uno de los componentes históricos de los progra-

mas de extensión dirigidos a las mujeres rurales —la producción para autoconsumo y/o venta de los excedentes—, y se elimina el resto de las actividades que caracterizaban a las políticas sociales anteriores.

Si bien el INTA se desliga del Programa Hogar Rural a mediados de la década de los '70, el arraigo es tan fuerte en algunas zonas que los clubes continúan funcionando, aun sin recibir ningún tipo de sustento económico. La actividad se prolonga incluso hasta el siglo XXI; Nelly Cancelleri, ex Asesora del Hogar Rural y Supervisora de Extensión en el Centro Regional Pampeano, afirma en 2004 que 14 años después del cierre de la AEA de Pergamino algunos CHR siguen funcionando en la zona, y que “casualmente por estos días se reúnen para decidir que la próxima Jornada Nacional de Hogar Rural se realiza en Pergamino” (Torres, 2004, p. 31). También se registra la pervivencia de grupos de mujeres en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires,³⁵ en Catamarca³⁶ y en Chubut,³⁷ un indicio más del impacto duradero del Programa. Es posible que esta continuidad se deba a los resultados positivos alcanzados o a la consolidación de los liderazgos femeninos promovidos por el Programa, lo que explicaría la subsistencia de los clubes aun décadas después de que el INTA haya decidido reorientar sus recursos (económicos y humanos) hacia otras políticas.

³⁵En 2006 se celebró el vigésimo aniversario del Club del Hogar Rural de la localidad de Puán (<https://www.lanueva.com/nota/2006-12-5-9-0-0-el-hogar-rural-de-puan-cumplio-20-anos-de-vida>).

³⁶El club San Antonio, ubicado en la localidad del mismo nombre, celebró 48 años de vida en 2017 (<https://www.elancasti.com.ar/info-gral/2017/6/18/orgullo-club-hogar-rural-cumpli-aos-vida-338447.html>).

³⁷El club Las Golondrinas, de la localidad de 28 de Julio, cumplió medio siglo de vida, también en 2017 (<https://www.elchubut.com.ar/nota/2017-9-14-17-7-8-los-50-anos-del-club-hogar-rural-las-golondrinas>).

No obstante, de la misma manera que sobreviven algunos clubes, también persisten muchos de los problemas que habían motivado su creación. De acuerdo con el estudio acerca de la situación socio-productiva y educativa de las mujeres rurales jóvenes de la Argentina (Alegre et al., 2015) expuesto en la introducción, casi seis décadas más tarde del inicio del Programa Hogar Rural las dificultades de la vida en el campo para las mujeres son similares a las de mediados del siglo XX. La falta de opciones laborales o de estudio que surge de la comparación de los censos de 2001 y 2010 (sobre todo, en regiones como el NOA y el NEA) presenta un panorama de futuro desalentador y, al combinarse con la asociación del espacio urbano con una mejor calidad de vida, promueve la migración a las ciudades como única alternativa.

Ante este escenario, una solución propuesta por el estudio es similar a la de los clubes: para arraigar a las familias en el campo y lograr el desarrollo de las comunidades rurales es necesario fomentar la participación en organizaciones y proyectos comunitarios, que provean un horizonte real de crecimiento familiar y local. De acuerdo con las autoras “en algunos casos se puede observar un proceso de crecimiento que induce a las mujeres a una toma de conciencia de la necesidad de mayor protagonismo y de disputar espacios de poder dentro de las mismas organizaciones” (Alegre, Brawerman y Lizárraga, 2015, p. 225), un camino que sigue estando lleno de dificultades para las mujeres rurales. De todas formas, se admite que esta participación no lleva necesariamente al cuestionamiento de las relaciones inequitativas en el interior de las familias ni de la posición subordinada de las mujeres en la comunidad. Por otra parte, el título del estudio (“Las nuevas generaciones de mujeres rurales como promotoras del cambio”) re-

vela que, más allá de las intenciones, todavía en el siglo XXI se sigue pensando en las mujeres rurales y sus posibilidades de desarrollo en función de algo/alguien más (la familia, la comunidad, el campo, la nación, etc.), algo que deja en segundo plano cuestiones como su desarrollo personal, sus identidades y sus propias ideas de arraigo.

En suma, este análisis integral de la etapa inicial del Programa Hogar Rural desde una perspectiva de género nos permite dar cuenta de las desigualdades existentes en el campo argentino, en sus comunidades y al interior de las familias que lo habitan. En un contexto signado por la inestabilidad política, económica y social, podemos ver cómo estas desigualdades influyen en el diseño de la política, cuya formulación no busca combatirlas o modificarlas, sino reproducirlas para operar sobre el arraigo de las familias rurales, de acuerdo con la percepción de las mujeres como factor clave del éxodo hacia las ciudades. Sin embargo, es sabido que la implementación de las políticas no siempre (o casi nunca, mejor dicho) responde íntegramente a los postulados de su formulación.

En este sentido, consideramos que, si bien la formación de los CHR –junto con las otras políticas agrarias implementadas en este período– no logra frenar la migración rural-urbana, su principal éxito reside en la integración de las mujeres a la actividad social en los clubes y la consolidación de liderazgos femeninos en las comunidades rurales. La gestión del bienestar que emprenden –impulsadas por esta política, pero excediéndola– las convierte en agentes del desarrollo de sus localidades. Si evaluamos este protagonismo alcanzado, podemos concluir que el Programa Hogar Rural consigue morigerar, al menos en parte y para algunas mujeres, las múltiples desigualdades que atraviesan sus vidas en el mundo rural.

Fuentes

- Anuch, M. (1964). *Estudio de la situación de los hogares rurales de siete comunidades de la provincia de Entre Ríos para un más adecuado planeamiento de extensión*. Paraná.
- Anuch, M. (1981). *Breve reseña histórica de la extensión rural en Argentina con énfasis en el área social*. Buenos Aires: INTA.
- Berry, I. P., Di Bucci, M. J., Iácono, A., P. de Rigoni, N., Rossi, E., y Valdemoros, M. I. (1964). *Curso Nacional de Investigación Social en Economía del Hogar en Extensión Agrícola. Características de la vivienda rural en Ibarra. Estudio descriptivo*. Bolívar: INTA.
- De Baca, M. A. (1966). *Análisis de la situación actual del estado de las familias residentes en el partido de Pergamino, Buenos Aires*. Buenos Aires: INTA.
- Feagin de Kallander, G. (1962). *Promoción de un programa de Economía Doméstica en Extensión*. Buenos Aires: INTA.
- Hidalgo de Ávila, E. A. (1974). *Los Médanos. Estudio de una comunidad*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (s/f). *Guía de proyectos para mejorar el hogar rural*. INTA.
- INTA. (1958). *¿Sabe usted qué se hace en los Clubes del Hogar Rural?* Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1960). *Seminario de Economía Doméstica en Extensión Agrícola*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1961a). *2^{da} Convención de Clubes Hogar Rural*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1961b). *Coordinación de actividades en el trabajo de Economía Doméstica y Asistencia Técnica al Productor*. Buenos Aires: INTA.

- INTA. (1961c). *La importancia de las hortalizas y frutas en la alimentación*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1962). *Plan de formación de Clubes Hogar Rural*. INTA.
- INTA. (1963a). *Coma más pescado*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1963b). *El arroz en la alimentación*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1965). 4^{ta} Convención Nacional de Clubes Hogar Rural. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1966). 1° Seminario Nacional de Investigación en Hogar Rural. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1967). 5^{ta} Convención Nacional de Clubes Hogar Rural. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1969). *Qué es eso... de Clubes 4A*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1970a). *¿Está usted enterada?*. INTA.
- INTA. (1970b). 6^{ta} Convención Nacional de Clubes Hogar Rural. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1970c). Club Hogar Rural. Estatuto y reglamento. INTA.
- INTA. (1970d). *Plan Nacional Saneamiento Básico Rural - Provisión de agua potable*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1972). Seminario de Extensión en Hogar Rural. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1973). 7^{ma} Convención Nacional de Clubes Hogar Rural. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1980). 1^{ra} Jornada Nacional de Clubes Hogar Rural. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1981). AAHR (Asociación Argentina Hogar Rural). Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1989). VIII°, IX° y X° Jornadas Argentinas Hogar Rural. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (1996). *Historia documental. 40 Aniversario*. Buenos Aires: INTA.
- INTA. (2006). *50 Años. INTA, medio siglo al servicio del campo argentino*. Buenos Aires: INTA.

- MAN. (1942a). *Anales de Enseñanza Agrícola, Año IV, Volumen IV, N° 1*. Buenos Aires.
- MAN. (1942b). *Anales de Enseñanza Agrícola, Año IV, Volumen IV, N° 2*. Buenos Aires.
- Piangiarelli de Vicién, E. (1972a). *Acción de los Clubes del Hogar Rural en la República Argentina*. Buenos Aires: INTA.
- Piangiarelli de Vicién, E. (1972b). Programa de Extensión en Hogar Rural. Filosofía, desarrollo, logros. Buenos Aires: INTA.
- Reichart, N. (1962). *Objetivos del INTA en relación con el mejoramiento de la comunidad rural*. Buenos Aires: INTA.
- Reichart, N. (1971). *Filosofía de Extensión rural*. Buenos Aires: INTA.

Bibliografía general

- Albornoz, M. (2015). Cambio tecnológico y cultura institucional: el caso del INTA. *Revista CTS*, 10(29), 41-64.
- Alegre, S., Brawerman, J. y Lizárraga, P. (2015). Las nuevas generaciones de mujeres rurales como promotoras del cambio. Buenos Aires: Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación, Unidad para el Cambio Rural.
- Alemany, C. (2002). Los cambios de la extensión del INTA y su relación con los paradigmas del desarrollo. XI Jornadas Nacionales de Extensión Rural y III Jornadas de Extensión del MERCOSUR, 1-24. Santa Fe.
- Alonso, G. y Tiscornia, L. M. (2013). *Estudio sobre género en instituciones nacionales de extensión rural. El INTA y la Subsecretaría de Agricultura Familiar*.
- Altamirano, C. (1998). *Desarrollo y desarrollistas*. Prismas, (2), 75-94.
- Barberis, S. (2010). Las mujeres en la veterinaria argentina. *Infovet*. Publicación mensual de la Facultad de Ciencias Veterinarias, UBA, 8-11. Recuperado de <http://www.fvet.uba.ar/fcvanterior/publicaciones/infovet/Infovet112.pdf>

- Barrientos, M. (2008). La Extensión Agropecuaria en la República Argentina durante el siglo XX. *Revista FAVE - Ciencias Agrarias*, 7(1-2), 137-151.
- Barsky, O. y Gelman, J. (2009). *Historia del agro argentino. Desde la Conquista hasta comienzos del siglo XXI*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Caldo, P. (2009). *Mujeres cocineras. Hacia una historia sociocultural de la cocina argentina a fines del siglo XIX y primera mitad del XX*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Caldo, P. (2013). Recetas, ecónomas, marcas y publicidades: la educación de las mujeres cocineras de la sociedad de consumo (Argentina, 1920-1945). *Arenal*, 20(1), 159-190. Recuperado de <http://revistaseug.ugr.es/index.php/arenal/article/view/1404/1577>
- Calvera, L. (1990). *Mujeres y feminismo en la Argentina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Cano, I. (1982). El movimiento feminista argentino en la década del '70. *Todo es Historia*, (183).
- Carranza, J. P. y Alderete, M. V. (2014). La brecha de ingresos por género en Argentina: descomposición de la discriminación contra trabajadores independientes y trabajadores asalariados. *Revista de Economía Laboral* (11), 65-99.
- Cosse, I. (2008). Familia, sexualidad y género en los años 60. Pensar los cambios desde la Argentina: desafíos y problemas de investigación. *Temas y debates*, (16), 131-149.
- Cosse, I. (2014). Marcas de origen: clase media, modernización y autoritarismo. En *Mafalda: historia social y política* (pp. 33-81). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- de Arce, A. (2009). *Las mujeres en el campo argentino, 1930-1955*. Bernal: UNQ.
- de Arce, A. (2016). *Mujeres, familia y trabajo. Chacra, caña y algodón en la Argentina (1930-1960)*. Bernal: UNQ.
- de Arce, A. (2017). Conocimiento e intervención social: las ingenieras agrónomas en las políticas de extensión rural (Argentina, 1910-1970). XVIII Congreso internacional de AHILA. Valencia.

- de Arce, A. y Salomón, A. (2018). Promover el bienestar rural. Los extensionistas del INTA en el terreno (1956-1980). *Travesía*, 20(2), 179-201.
- DPE. (s/f). Migraciones internas en la Provincia de Buenos Aires. La Plata.
- Ergas, Y. (1993). El sujeto mujer: el feminismo de los años sesenta-ochenta. En G. Duby y M. Perrot (Eds.), *Historia de las mujeres en Occidente. El siglo XX* (pp. 593-620). Madrid: Taurus.
- Felitti, K. (2000). El placer de elegir. Anticoncepción y liberación sexual en la década del sesenta. En F. Gil Lozano, M. G. Ini, y V. S. Pita (eds.), *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX. Tomo 2* (pp. 154-171). Buenos Aires: Taurus.
- Felitti, K. (2006). En defensa de la libertad sexual: discursos y acciones de feministas y homosexuales en los '70. *Temas de mujeres* 2(2), 47-69.
- Gárgano, C. (2017a). Ciencia, tecnología y dictadura. Producción de conocimiento e intervención militar en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (1973-1983). Universidad de Buenos Aires.
- Gárgano, C. (2017b). *Rupturas y continuidades de la extensión rural en Argentina (1973-1983)*. *Quinto Sol*, 21(2), 1-23.
- Gutiérrez, T. V. (2007a). “Actuar sobre la mujer de campo, empleando a la mujer misma como educadora”. Una visión histórica del discurso ruralista, Argentina, 1920-1945. En Noemí María Girbal-Blacha y S. R. de Mendonça (Eds.), *Cuestiones agrarias en Argentina y Brasil. Conflictos sociales, educación y medio ambiente* (pp. 183-202).
- Gutiérrez, T. V. (2007b). Educación, agro y sociedad. Bernal: UNQ.
- Gutiérrez, T. V. (2014). Estado, agro y hogar. Políticas públicas hacia las mujeres rurales, Buenos Aires (Argentina), 1958-1991. *Secuencia* (88), 219-248.
- Hartmann, H. I. (1981). The Family as the Locus of Gender, Class, and Political Struggle: The Example of Housework. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 6(3) 366-394.
- Holubica, S. (1988). Estudio de las migraciones en la Argentina. Buenos Aires.

- INDEC y MTEySS. (2014). Indicadores más relevantes de la inserción de mujeres y los varones en el mercado de trabajo. Recuperado de http://trabajo.gov.ar/downloads/igualdad/140703_brochure.pdf
- Ivickas Magallán, M. (2017). El Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (1956-1966). *Realidad Económica* (310), 87-114.
- Jelin, E. (2010). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires: FCE.
- Lázaro, S. B. (2012). El desarrollismo y el problema agrario durante las décadas de 1950 y 1960. *Secuencia* (84), 127-160.
- León, C. y Losada, F. (2002). Ciencia y Tecnología agropecuarias antes de la creación del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios* (16), 35-90.
- Lobato, M. Z. (2007). *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*. Buenos Aires: Edhasa.
- Lobato, M. Z. (2009). Trabajo, cultura y poder. Dilemas historiográficos y estudios de género en la Argentina. En M. L. Femenías, M. Lobato, M. F. Lorenzo, L. Malosetti Costa y D. Paladino (eds.), *Historia con mujeres, mujeres con historia. Teorías, historiografía y metodologías* (pp. 17-45). Buenos Aires: UBA.
- Losada, F. (2003). La institucionalización de la Extensión Rural con la creación del INTA (1957). *Documentos del CIEA* (1), 27-35.
- Losada, F. (2005). Los orígenes del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). *Análisis del período 1956-1961*. *Realidad Económica*, (210) 21-40.
- Manzano, V. (2007). Ella se va de casa: fugas de chicas, “Dolce Vita” y drama social en la Buenos Aires de los tempranos 1960. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, 20. San Miguel de Tucumán: Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán.
- Moscatelli, M. y Tomino, G. (2006). Aproximación a la transmisión de saberes en la historia del INTA Santa Fe. *Revista de la Escuela de Ciencias de la Educación* (1), 185-202.

- Nari, M. (1996). “Abrir los ojos, abrir la cabeza”: el feminismo en la Argentina de los años 70. *Feminaria*, IX (17/18), 15-21.
- Nari, M. (2004). *Políticas de maternidad y maternalismo político*. Buenos Aires, 1890-1940. Buenos Aires: Biblos.
- Otero, J. y Selis, D. (2016). La Revista “Extensión en las Américas”. Influencia de los EEUU en los servicios de extensión rural latinoamericanos. *Extensão Rural*, 23(1), 42-57.
- Paz, J. (2019). La brecha salarial por género en Argentina: análisis acerca de la segmentación laboral. *Sociedade e Cultura*, 22(1), 157-178.
- Pellegrini, P. A. (2014). Argentina: evolución del presupuesto y del personal del INTA (1958-2010). *Realidad Económica*, (285), 99-122.
- Pérez, I. (2011). Un “Sistema Luminoso” para el ama de casa. Avatares del discurso de la racionalización del espacio y el trabajo doméstico en Argentina, 1930-1960. Páginas. *Revista Digital de la Escuela de Historia*. Universidad Nacional de Rosario, 3(5), 119-137.
- Reboratti, C. (2007). Los mundos rurales. En S. Torrado (ed.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia social del siglo XX*, T. II (pp. 85-108). Buenos Aires: Cultura Nación / Edhasa.
- Recchini de Lattes, Z. y Lattes, A. (1969). *Migraciones en la Argentina. Estudio de las migraciones internas e internacionales basado en datos censales, 1869-1960*. Buenos Aires: Editorial del Instituto.
- Recchini de Lattes, Z. y Lattes, A. (1975). *La población de Argentina*. Buenos Aires: CICRED.
- Reichart, N. (1982). Organización del Servicio de Extensión Agropecuaria del INTA en su etapa inicial y período de consolidación. *Jornadas Nacionales sobre la Tecnificación en el Desarrollo del Sector Agropecuario*. Buenos Aires.
- Reichart, N. (1994). *El modelo “Extensión Rural” en el proceso de transferencia de tecnología*. En *La innovación tecnológica agropecuaria. Aspectos metodológicos*

- de la transferencia de tecnología* (pp. 342-365). Buenos Aires: Hemisferio Sur.
- Rothman, A. M. (1967). *Migración interna en la República Argentina. En Estudios de la población argentina. Algunos aspectos demográficos de la población argentina* (pp. 65-74). Buenos Aires: CONADE-CELADE.
 - Scott, J. W. (2008). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En *Género e historia* (pp. 48-74). México: FCE.
 - Scott, J. W. (2011). Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis? *La manzana de la discordia*, 6(1), 95-101.
 - Stølen, K. A. (2004). *La decencia de la desigualdad. Género y poder en el campo argentino*. Buenos Aires: Antropofagia.
 - Torres, G. (2004). Historias de vida: Nelly Cancelleri. *Dialoguemos*, 8(14), 29-32.

Los Clubes del Hogar Rural

Una política del INTA dirigida a las mujeres (1958-1974)

En 1958, el INTA desarrolló el Programa Hogar Rural, una política agraria pensada para capacitar a las mujeres, propiciar el encuentro entre ellas y elevar así el nivel de vida de familias y comunidades. Su principal éxito fue integrar mujeres a la actividad social en los Clubes del Hogar Rural y consolidar liderazgos femeninos locales. Desde los clubes, las socias discuten y diseñan desde planes de saneamiento y electrificación rural hasta campañas de vacunación, pasando por refugios peatonales, caminos y viviendas. Esta política revela las concepciones y expectativas del INTA sobre la mujer y la familia en un contexto histórico marcado por la profundización de las migraciones rural-urbanas y la creciente participación femenina en el mercado de trabajo. La mujer rural es vista como un agente esencial protagonista para el bienestar y el desarrollo familiar, local y nacional. Su desarrollo personal, sin embargo, es ignorado en esta política, observa Mecozzi, autor de esta investigación en perspectiva de género.